



*La única ilusión
es creer que es magia*

El Acto Final



F. CAROD

El acto final

F. CAROD

Copyright © 2018 F. Carod

Todos los derechos reservados.

En memoria de Lía.

1

Debía ser de noche. No había ventanas en la habitación pero durante el día se alcanzaba a ver el reflejo de una luz por debajo de la puerta. A esa hora, Ana normalmente comenzaba a quedarse dormida, pero ese día no tenía sueño, parecía que el té no había funcionado. Llevaba seis años cautiva pero eso ella no lo sabía. Había perdido la cuenta desde el quinto mes del primer año. Sus piernas temblaron al levantarse pero tenía que apresurarse. No podía esperar a que regresara su captor. Se tambaleó hasta la puerta y la abrió con un rechinido. Cerró los ojos y tragó saliva, rezando para que no la hubieran escuchado.

Su rutina había sido la misma durante mucho tiempo. El hombre de la capucha entraba a la habitación con una charola con pan y sopa. No hablaba, Ana nunca lo había escuchado decir una palabra, se preguntaba inclusive si el hombre era mudo. Con señas le pedía que se levantara y caminara en la misma habitación antes de forzarla a tomar un té que la hacía dormir. Ana no entendía para qué. Él nunca la había tocado, excepto el día que la llevó a esa habitación, el día del terremoto. Ana tenía diecinueve años en ese entonces. Ese día, la sacó de los escombros, y por supuesto, Ana asumió que la estaba ayudando, y se dejó llevar. Había mucho caos en la ciudad. Pero en lugar de llevarla al hospital, la drogó y la encerró en esa pequeña y oscura habitación y desde entonces no había salido.

Ana se había cansado de rogarle que la dejara ir, y de preguntarle sus motivos, pero no se había dado por vencida aún. Algún día lograría escapar. Se había imaginado la salida todos los días. Pensaba que al abrir la puerta en donde estaba, saldría a otra habitación, y la puerta a la calle estaría enseguida, pero no era así. Ahora que finalmente asomaba la cabeza por la puerta de la habitación, se encontró con dos pasillos largos y angostos como si estuviera en el sótano de una catedral.

Miró hacia ambos lados, poniendo toda su atención en su sentido del oído y de la vista. Podía ver su propio aliento por la baja temperatura. Los ruidos parecían provenir del drenaje pero no escuchaba voces. Eso no era garantía, el sujeto no hablaba, pero no escuchaba sus pasos tampoco. Hasta donde ella sabía, no había nadie en ese sótano con ella. Comenzó a caminar lentamente, desconfiando de su decisión al tomar el pasillo izquierdo. Era difícil

distinguir hacia donde se dirigía, por la falta de luz, pero la oscuridad la hizo sentirse protegida. En las sombras era más fácil ocultarse.

El pasillo parecía eterno, a pesar de querer mantener la calma, sus piernas comenzaron a caminar cada vez más rápido, la salida debía estar cerca, estaba segura de ello. No veía luz porque afuera era de noche, pero la salida estaría ahí, al final. En su mente se anidó la idea de que alguien la perseguía, y volteaba constantemente hacia atrás, para desmentir los necios pensamientos.

Con gran decepción llegó al final del pasillo. En lugar de encontrar la salida, se encontró en medio de otra intersección. Tres caminos se abrían frente a ella, y cada uno se veía exactamente igual.

Un golpeo la hizo detenerse. Parecía que algo había golpeado una de las tuberías. *Pudo ser una rata*, pensó, forzándose a continuar. Pero al forzar la vista en el pasillo, distinguió la silueta de un hombre. Ana se paralizó de pies a cabeza. Sus temidos pensamientos se materializaron y en medio de la paranoia y angustia, se perdió por un momento. No supo como hicieron sus pies para reaccionar, pero ya estaba corriendo por su vida, mientras la silueta se acercaba bruscamente hacia ella.

El Gran Teatro Nacional había cambiado su nombre por cuarta ocasión, y no había otro igual en México. Se asimilaba a un estilo europeo: elegante y sólido, de una gran magnitud y perfección absoluta. Esa noche, las dos mil trescientas noventa y cinco butacas estaban ocupadas. Pocas veces se había visto tal audiencia desde su inauguración. No había persona en la ciudad que no hubiera escuchado del show del mago Saitám, o el Sahir Saitám, como él se hacía llamar. El acto de la resurrección había salido en todos los periódicos con titulares que repetían palabras como “impresionante, asombroso, perturbador y extraordinario.”

El Sahir Saitám vestía su peculiar atuendo, pantalones negros ajustados y una camisa negra con los tres botones de arriba desabrochados, mostrando el tatuaje de su pecho: *veni, vidi, vici*, la famosa frase de Julio César: vine, vi y vencí.

Las luces se apagaron, y el murmullo del público se convirtió en gritos de ánimo, mezclados con aplausos y risas nerviosas de mujeres que se derretían en la presencia del gran mago. De pronto, una voz silenció al público:

“Damas y caballeros, están por presenciar una serie de actos

inigualables, así que déjense llevar y sorprender por la magia, del... GRAAAN... SAAAAHIR!

Los aplausos irrumpieron en la audiencia y los tambores retumbaban en las paredes del auditorio. Luces blancas, azules y rojas revolotearon en el escenario, circulando alrededor del Sahir Saitám.

El mago se descubrió el rostro arrojando la capa a un lado del escenario, haciendo volar quince cohetes hacia el lado derecho de las butacas. En cuatro segundos, los cohetes estallaron tirando confeti rojo y blanco sobre el público sentado de ese lado.

Mientras los espectadores aplaudían, se iluminó el ahora vacío escenario, y el Sahir Saitám apareció en el centro del auditorio. La gente aplaudió aún más fuerte, mientras el mago desfilaba al escenario.

Una vez arriba, el mago miró a la audiencia, y fijó su mirada en un caballero sentado en la primera fila. Su cabello era blanco y tenía en la boca un cigarro del que salía una gran nube de humo mientras él aplaudía entusiasta.

–Caballero, –el mago se acercó a la orilla del escenario y se sentó en cuclillas frente a él. –¿Le gustaría participar en el primer acto? No se preocupe, no tendrá que apagar su cigarrillo.

El caballero sonrió orgulloso de haber sido elegido, levantándose al instante. El mago lo llevó hacia el centro del escenario.

–¿Cuál es su nombre?

–Alfredo.

El contraste entre ambos resaltaba las cualidades del Sahir Saitám. Mientras que el mago tenía un cuerpo atlético, y se movía de forma ágil, el caballero que había pasado al frente era robusto con un cuello que no separaba la cabeza de su cuerpo y entre sus canas, habían grietas que acentuaban su edad avanzada.

–Alfredo, quiero que tome aquél palo que está sobre la caja y se lo muestre al público.

Alfredo lo hizo.

–¿Tiene fuego?

Alfredo se tocó los bolsillos. –Me temo que no.

–Oh. Bueno, no se preocupe. –El mago chasqueó sus dedos y al abrir la mano, mostró una flama sobre su palma.

Alfredo exhaló fascinado junto con la audiencia. El mago encendió el palo que sostenía su voluntario, y el fuego desapareció de sus manos.

El mago tomó el palo de las manos de Alfredo y caminó hacia la orilla derecha del escenario.

–Dele una bocanada al cigarrillo y sopla el humo hacia la llama, en esta dirección, por favor. –El mago señaló hacia el suelo, al final del escenario.

Alfredo siguió las instrucciones y con su soplo se encendieron seis antorchas en la orilla del escenario.

–Ahora de este lado...

Alfredo siguió al mago a la parte izquierda del escenario.

–Dele otra bocanada a su cigarrillo y encienda las antorchas de este lado.

El truco se repitió y las seis antorchas del lado izquierdo del escenario se encendieron.

–Excelente, ahora por acá. –El mago se paró en el centro del escenario. –De cinco pasos para atrás y sopla en mi dirección por favor.

Alfredo lo miró vacilante pero siguió las instrucciones. Dio cinco pasos hacia atrás y soplo el humo en dirección al mago.

Un círculo de fuego se encendió alrededor del mago y las llamas escondieron al Sahir Saitám. Pasaron tres minutos y el mago aún no salía del círculo, como todos lo esperaban. Alfredo rio nervioso, y lanzó una mirada al público sin saber si debía permanecer ahí parado o regresar a su asiento.

Un murmullo se hizo entre el público y dos minutos después algunos espectadores curiosos se levantaron de sus asientos para saber lo que estaba pasando. Otros nerviosos comenzaron a pensar que algo había salido mal y el mago corría peligro.

Las llamas comenzaron a apagarse lentamente, y en el círculo donde había estado parado el mago un momento antes, quedaban solo cenizas.

El cigarro se deslizó por los dedos de Alfredo, y miró a su alrededor buscando al mago.

–Alfredo.

La voz lo hizo brincar. Parecía venir del mismo escenario pero el mago no estaba a la vista.

–Alfredo. –Repitió el mago en un tono de voz tranquilo. El auditorio quedó en completo silencio.

–Sí... sí. –Balbuceó aún buscándolo.

–Contaré hasta tres y al llegar a tres, quiero que tomes la llave que está en tu bolsillo y abras el candado de la caja de la que tomaste el palo hace un momento.

Alfredo metió la mano a su bolsillo derecho, y con asombro sacó una llave.

Caminó boquiabierto hasta la caja y abrió el candado, y después lo quitó. La caja se abrió desde adentro, y el Sahir Saitám salió con un brinco hacia el escenario.

Durante el intermedio, más de treinta personas bombardearon a Alfredo con preguntas. Todos querían conocer la forma en la que el mago había realizado tal hazaña, y se decepcionaron cuando Alfredo les respondió que desconocía todo el asunto. Él había quedado tan perplejo como ellos. El show del Sahir Saitám no había decepcionado a ninguno de los asistentes, y la mejor parte aún estaba por llegar.

Al regresar del intermedio, una luz blanca alumbró el escenario. Había una mesa rectangular en el centro, cubierta por una manta negra que se arrastraba hasta el piso.

–Para el último acto, mi asistente le pedirá a dos personas del público que saquen un número y una letra de un tazón, para elegir el asiento de nuestro afortunado protagonista. –El mago ahora portaba una espada larga en la cintura. En la espada estaba grabada la misma leyenda del tatuaje que tenía en el pecho.

Se escucharon risas nerviosas y murmullos incómodos entre el público, mientras el asistente recorría las filas.

El asistente se detuvo en la octava fila y le ofreció a un señor el primer tazón. El señor apartó la mirada del recipiente mientras sus dedos encontraban el papel ganador en la parte de abajo. Sacó el pequeño trozo de papel y se lo ofreció al asistente. En vez de tomarlo, el asistente le acercó el micrófono a los labios.

El señor leyó el número en voz alta. –Ciento treinta y siete.

Las luces iluminaron el lado de los asientos que se acercaban a ese número.

El asistente caminó acercándose a ese lado, con las luces siguiéndolo. Se detuvo frente a una señora de edad avanzada y le ofreció el segundo tazón.

La señora se quitó el guante blanco de la mano derecha, y con una sonrisa tímida, sacó un papel del segundo tazón.

–Fila T. –Anunció la señora con una voz temblorosa.

Las luces se detuvieron en una joven de cabello castaño claro, con facciones finas y un rostro sonrojado. Miró a su acompañante deseando que él tomara su lugar, pero él le sonreía orgulloso, animándola a subir al escenario. Las personas de alrededor aplaudieron y se levantaron para dejarla pasar.

El Sahir Saitám sonrió desde el escenario, dos luces lo iluminaban a él y otras dos a la joven elegida de la audiencia.

–¡Entre novecientas personas del público, es usted la afortunada! ¡Venga por favor! ¡No sea tímida!

La joven caminó deprisa hacia el escenario y subió los escalones con la ayuda del mago.

–¿Cuál es tu nombre?

–Bárbara, –la joven se aclaró la garganta, –perdón, estoy muy nerviosa, –se disculpó, sonrojándose aún más. –Bárbara Rojo.

Bárbara era de tez morena y ojos claros, del mismo color que los ojos del mago, de un azul casi transparente.

–Bárbara, no tienes nada de que preocuparte. Solo morirás y resucitarás.

El público y la joven rieron en respuesta. El mago le guiñó un ojo.

–Damas y caballeros, con ustedes, el acto final... ¡La resurrección! – exclamó el Sahir Saitám.

El mago condujo a la joven al centro del escenario y le pidió que se recostara en la mesa, una vez que ella lo hizo, ató sus piernas y torso con una cinta. El corazón de Bárbara latía tan rápido como el sudor se formaba en su frente. El mago le pidió que tomara dos respiraciones profundas para relajarse, normalmente no eran tan nerviosos los que pasaban al escenario. La única vez que había visto a una participante así de nerviosa, las cosas salieron muy mal. Pero no podía cambiar de voluntaria, debía de continuar con el acto. Tomó una nota mental proceder con extrema precaución.

El Sahir Saitám cubrió a Bárbara con la manta negra y se dirigió al público. Las luces, ahora tenues de un amarillo que asimilaba un ambiente de antorchas, lo siguieron al frente del escenario, obscureciendo por completo la mesa en la que la joven estaba recostada. Mientras tanto, el asistente giró la mesa desde abajo del escenario, haciendo a Bárbara quedar boca abajo. Una vez que estaba fuera de la vista del público, la desató y le dio instrucciones.

–¿Qué es realmente morir? –preguntó el mago a la audiencia, recorriendo tranquilamente el escenario. Su tono de voz había bajado, y ahora hablaba de una manera apagada. –Existe la muerte natural, como cuando envejecemos. Y existe la muerte violenta. Un evento o un individuo acaba con tu vida. –El mago continuó hablando mientras avanzaba hacia las butacas. –A mí me gusta pensar en la muerte de un modo más... espiritual. La separación del cuerpo y del alma. –El mago se detuvo en el centro del auditorio y recorrió con la mirada a las personas que estaban en las filas cercanas. –Pero yo les pregunto.

¿Qué pasaría si el alma también muere? –el mago hizo una pausa en la que reinó el silencio en el auditorio.

Un minuto después sonrió, rompiendo el lúgubre momento, y dio unos pasos lentos, en dirección al escenario. –O si por el contrario... –apresuró su paso, –¡el cuerpo no tuviera que morir!

Las luces volvieron a revolotear sobre el escenario mientras el mago trotaba hacia la mesa del centro, con una expresión ahora muy entusiasta. Bárbara se veía pálida y tenía los ojos cerrados. Sus hombros estaban desnudos, pero la manta la cubría desde el pecho hasta las rodillas.

–Solo recuerda querida. No debes abrir los ojos. –El mago dio la instrucción pero en lugar de mirar a la joven, miraba a la audiencia.

El Sahir Saitám desenvainó su espada y rodeó la mesa, deteniéndose detrás de ella, mirando de frente a la audiencia. Alzó la espada con ambas manos hacia atrás de su cabeza. Miró al público y le sonrió maliciosamente a los espectadores, –llegó la hora de comprobar la respuesta, –al regresar la mirada a la joven, bajó los brazos hundiéndola espada en su abdomen, partiendo la mesa en dos.

Las luces se quedaron fijas en el mago y la espada cubierta de sangre. El público gimió exaltado, y después el auditorio volvió a quedar en completo silencio. El mago dejó la espada en el piso, y le mostró sus palmas al público. Dándoles un momento para asimilar lo que verían a continuación.

Las luces se apagaron durante treinta segundos. Al encenderse, las luces giraron hacia el pasillo, a un costado de las butacas de en medio. Ahí estaba Bárbara de pie al final de la fila en donde había estado sentada antes de ser llamada al escenario.

El público estalló en aplausos. Fila por fila se levantaron de sus asientos para hacerle una ovación de pie al gran mago.

2

Matías se levantó a las siete de la mañana. Se puso un saco y caminó por la calle Cinco de Mayo hasta el puesto de periódicos. La dulcería de Celaya y los demás locales seguían cerrados. *Lástima*, pensó. Había desarrollado una adicción por las palanquetas de cacahuete y las alegrías, y ahora se iría sin comerlos por última vez. Pagó dieciocho centavos y buscó alguna novedad en las páginas del periódico pero no encontró nada de interés. Si alguien hubiera hablado, seguro el tema estaría en la primera plana. Asintió para sí mismo y respiró tranquilizándose. Al regresar, sabía que era la hora. Había llegado el momento de despedirse. Se sentía la nostalgia en cada rincón del ahora vacío camerino. No tenía caso guardar la utilería, todo eso terminaría en algún basurero o en las manos de otro mago. Miró las cajas con candados, llaves, charolas con objetos pegados a ellas, y abrió la pequeña puerta que daba al camino oculto. La cerró pero no se molestó en echarle llave, daba lo mismo. Recorrió las mesas de trabajo con sus dedos y recogió un antiguo folleto del espectáculo:

*“Están todos cordialmente invitados al baile de las máscaras en el Teatro Imperial,
¡No se lo pueden perder!
Al término del baile se presentará por primera vez el GRAN SAHIR
para asombrarlos con sus increíbles trucos de magia.”*

Se rio recordando cuando aún se hacía llamar de esa forma. Tal vez debía haberse quedado así. El Sahir Saitám le había traído mala suerte. Miró el lugar con nostalgia. Ese camerino había sido testigo de más de lo que él se atrevería a admitir, hasta las mismas paredes desearían poder olvidar lo que presenciaron, pero no tenía arrepentimientos, y aún así, lo que estaba a punto de hacer, no lo haría cualquiera. Quedaban pocos héroes en el mundo, y todavía menos hombres de acción. Pero él estaba decidido a triunfar, aún si tenía que entrar al propio infierno y arriesgarlo todo para al final salir a la luz. Era la única manera en la que podría vivir en paz, sino su pasado lo acosaría para siempre. Matías soltó el folleto. El Sahir escaparía como si se tratara de

un truco más, pero Matías tenía que sumergirse en el conflicto.

El país había sufrido de cambios constantes debido a la inestabilidad económica, y los cuarteles de policía estaban sufriendo las consecuencias de tantos cambios. Mientras que unos años atrás la policía solo atendía la limpieza y orden de las calles, con constantes respuestas a los problemas de embriaguez y hambre, que incitaban al robo, pleitos y asesinatos, ahora comenzaban a ser comunes las medidas preventivas contra crímenes cada vez mayores.

–¿Qué nuevas Álvaro? – Joaquín preguntó.

Álvaro estaba leyendo El Monitor Republicano. –Nada interesante, la misma historia de siempre, los malditos liberales despotricando contra la iglesia. –Aventó el periódico al cesto de basura y miró a su compañero. –Don Agustín festejará esta noche los tres años de su restaurante.

–¿Ya tres años? –, sacudió la cabeza. –Y pensar que cuando llegó era un campesino cualquiera.

–Vamos, ¿no?

–Sí, ya está hecho. –Joaquín se frotó las manos.

–¿Ustedes qué dicen? ¿Teodoro? ¿Gustavo? –Álvaro se refirió a los otros policías.

Gustavo se tocó la barbilla pensándolo.

–¿No te dejan ir o qué? –arremetió Álvaro.

–Pos es que tengo compromiso. Ya le prometí a la Lupe que la llevaba a cenar. –Contestó Gustavo apenado. –La voy a llevar ahí al local junto a la pulquería.

–Mandilón aguafiestas es lo que eres, –reprimió Joaquín, –¿Teodoro?

La puerta de la estación se abrió y Álvaro y Joaquín se enderezaron. Carmen Huerta entró al cuartel y se limpió las botas en la entrada.

–¡Bah! Eres tú. Pensamos que era alguien importante. –Álvaro dijo en tono burlón, siguiéndola con la mirada. –¿No está esperando tu esposo la comida? –preguntó con exagerado interés. –¡Oh espera! ¡Olvidaba que no tienes marido! –Sus carcajadas hicieron eco en la oficina y los demás policías rieron con él. Todos menos Teodoro, quien le hizo un ademán a Carmen para que lo ignorara.

–Tú tendrás esposo antes que yo, Álvaro. –Respondió Carmen sin dejar de

caminar hacia la sala de interrogatorio.

Carmen se movía con seguridad. Sus rasgos eran toscos y aún así femeninos. Sus cejas eran pronunciadas y sus mejillas llenas. No era particularmente atractiva, pero tenía una fuerte personalidad y carácter que había desarrollado desde niña. Carmen nunca se dejó intimidar por los hombres, aún cuando había sido educada para servir y acompañar al hombre y a su familia. Su determinación la había hecho llegar hasta donde pocas mujeres habían llegado y su asertividad al hablar y tomar decisiones sorprendía hasta a los más astutos.

Teodoro, su compañero asignado, se levantó para acompañarla a la sala de interrogación.

–Joaquín y Gustavo ya lo interrogaron. Dicen que no tiene nada importante que decir, es lo mismo que con los otros magos. Solo está buscando publicidad. –Le entregó unas hojas con la información que tenían del sujeto.

Carmen miró al hombre a través del espejo y deseó no haberse presentado a trabajar ese día. Había perdido toda la mañana en una pista falsa, y ahora venía otra. Pero la orden del jefe Urrutia había sido interrogarlo, así que eso iba a hacer, independientemente de que esa fuera la responsabilidad de la Guarda Mayor, ellos eran quienes tenían la autoridad de realizar las consignaciones.

–¿Por qué lo estamos interrogando aquí? ¿por qué no lo han llevado ante la Guarda Mayor? –preguntó Carmen.

Teodoro suspiró. –La Guarda Mayor fue clara en asuntos que se refieren a este mago en particular. No quieren recibir detenidos por este tema. –Teodoro sacudió la cabeza. –El jefe pidió que se interrogara para no dejar pasar el asunto porque el tipo está muy insistente pero es pura formalidad. A menos de que exista fuerte evidencia como para presentar un caso, todos estaremos perdiendo el tiempo con este.

–Entonces, ¿lo dejarán en libertad?

Teodoro encogió los hombros, –o lo arrestarán si se pone pesado.

Matías llevaba horas en la fría silla de metal. Desde el espejo parecería que estaba atado a ella, por lo rígido que estaba su cuerpo. Sus manos descansaban en la mesa, unidas por las esposas que lo habían aprehendido esa mañana. No podía sonreír en un lugar como ese, y aún así, la orilla de sus labios se alzó discretamente.

–Matías Ramsés.

El rostro de Matías se alzó al instante para descubrir la cara detrás de esa voz. Carmen reconoció la sorpresa en su mirada, pero no se incomodó. Ya estaba acostumbrada a las expresiones paralizadas de la gente, ambos hombres y mujeres, al ver a una mujer uniformada. Sin embargo, la mirada de Matías no era desaprobatoria, era si acaso curiosa.

Carmen miró las hojas que tenía en las manos. La primera hoja estaba en blanco. Cambió la hoja pero tampoco habían notas en las demás. Al parecer sus compañeros no habían encontrado nada que valiera la pena anotar. Suspiró y se sentó frente a él.

–Te entregaste esta mañana. ¿Por qué? ¿estás desesperado por atención?

Carmen no era de estarse con rodeos, iba directo al punto. A Matías le gustó eso. Desde que se había entregado, había hablado con tres policías que lo habían tratado como una broma, la actitud de la mujer le hacía pensar que por fin alguien pensaba tomarlo en serio. Solo esperaba que alguien la tomara a ella en serio si es que decidía creerle.

Matías suspiró, listo para contar por cuarta vez lo que lo había llevado a la estación. –He trabajado para el Sahir Saitám por más de diez años, y creo que es momento de revelar sus secretos.

Carmen lo miró sin parpadear. Esperó a que Matías dijera algo más pero no parecía tener la intención de hacerlo. –¿No es mala suerte para un mago revelar sus trucos?

–Ya lo creo. –Respondió Matías.

La policía exhaló y se recargó en su asiento cruzando los brazos. –Entonces, ¿cuál es el gran secreto del mago Sahir?

–Saitám. –Matías la corrigió. –Sahir significa mago. Saitám es como se hace llamar.

–Muy bien, ¿cuál es el gran secreto de este mago Saitám?

Matías se inclinó hacia ella. –¿Alguna vez ha ido al show del Sahir Saitám?

–Me temo que no he tenido el tiempo.

Matías apretó los labios, –es una pena. Se ha perdido de un gran espectáculo.

–¿Va a confesar un delito o viene a venderme boletos para un show, señor Ramsés? –presionó, en un tono condescendiente.

Matías sonrió y se hizo para atrás. –Aunque todo el espectáculo es maravilloso, el acto final ha dejado a miles de personas con la boca abierta, en completo asombro.

La policía miró su reloj de bolsillo y después dirigió la mirada al espejo, sabiendo que Teodoro la veía desde el otro lado.

–La resurrección.

–La resurrección. –Repitió ella, lista para salir por la puerta, como lo habían hecho los primeros tres policías que lo interrogaron. –Usted no es el primero que viene a confesar un supuesto crimen, solo para darle promoción a un idiota sin talento que no puede hacer nada con su vida más que crear ilusiones falsas a ingenuos que se dejan impresionar fácilmente. –La policía se levantó y recargó sus manos en el respaldo de la silla.

–No estamos hablando de un delito menor, señorita. ¿Está segura de que quiere actuar como esos idiotas y dejar pasar la oportunidad que la puede llevar a ser oficial? –Dijo Matías poniéndose serio, sin dejarse intimidar por ella.

Se dibujó una sonrisa en los labios de Carmen. –Esos idiotas pueden darle una paliza. –Carmen no estaba realmente ofendida por el comentario. Después de todo ella lo pensaba todos los días.

Matías miró las manos de la policía, intentando decidir si se estaba recargando, o pensaba utilizar la silla como arma. –Ciento sesenta y seis supuestos crímenes.

La policía entrecerró los ojos, y se sentó nuevamente. –¿De qué se trata esto realmente?

–El Sahir no resucita a la gente.

–No me diga, –interrumpió riendo, como si se tratara de un chiste. –¿No es realmente magia?

Matías asintió concediéndole el comentario. –El truco está en tener a dos personas iguales. –Matías alzó los hombros, –una muere, y otra vive.

–Hace réplicas de la gente. ¿Es ese el delito que viene a confesar? –La policía soltó una risa sarcástica, pero en sus ojos se veía que su curiosidad había despertado.

–No, –A Matías le causó gracia la deducción, rio sacudiendo la cabeza. –No, no hace réplicas. Encuentra a dos personas iguales.

Carmen arrugó las cejas, fingiendo interés. –¿Cómo hace eso?

–No es tan difícil, seguro ha visto a mucho gemelos, ¿no? –Ahora Matías estaba siendo condescendiente.

–No han habido reportes de desapariciones, nadie ha perdido a sus gemelos recientemente y supongo que los familiares serían los primeros en sospechar, ¿no cree?

—A menos de que la desaparición no sea reciente. El Sahir Saitám los tiene cautivos durante un tiempo.

—Ahora está hablando de raptos, señor Ramsés. —Carmen se enderezó. —¿Ahí están las personas ahora?

—No. —Matías frunció el ceño. —Ya están muertos obviamente. Se utilizaron para los trucos, ¿recuerda?

La policía miró hacia el espejo de manera más seria. Matías solo vio su propio reflejo pero sabía que la policía estaba dando un mensaje. Se preguntó si habían entendido y estaban dando la orden de buscar al mago.

—Hábleme claro señor Matías, ¿qué viene a confesar realmente?

—Creí que lo había entendido, —Matías suspiró frustrado. —El Sahir asesina a una persona cada vez que hace el acto de resurrección.

Carmen lo miró escépticamente, —¿cuántas personas?

—El truco lo lleva haciendo ocho años, veinte presentaciones por año, haga la cuenta. Además soy el más cercano al Sahir, conozco sus secretos.

La policía se mantuvo en silencio durante unos segundos, considerando las palabras del asistente del mago.

—¿Cómo lo conoció? Hábleme de este mago.

Matías se acomodó en su asiento. —Todo empezó hace diez años, un veinte de enero, en la pulquería de atrás de mi casa. Nuestra introducción fue algo extraña, —Matías se rio recordando, —pero todo es extraño cuando se trata del Sahir...

—¿Sabe cuál es el último sentido que se pierde al morir? —Me preguntó un señor sentado a un lado mío en la barra.

Miré a mi alrededor, dudando si la pregunta iba dirigida hacia mí. —No lo sé. —Le respondí al extraño.

—El oído. Comienzas a perder la vista, después el olfato pero sigues escuchando todo lo que pasa a tu alrededor. Hasta que ¡bum! Se desconecta.

El hombre tenía una apariencia extravagante. Le ofrecí una cortés sonrisa mientras pensaba que tal vez ese hombre ya había bebido demasiado.

—El Gran Sahir. —Me dijo el extraño extendiendo una mano.

Sus palabras, su atuendo, todo era una clara señal de locura, y al mismo tiempo me tenía intrigado. Estreché su mano.

—

¿Le gustan los trucos de magia?

–¿Perdón?

–Le pregunté si le gustan los trucos de magia...

–Mmmm, claro. Supongo.

Esa noche conversamos y a la mañana siguiente lo acompañé a la casa en donde preparaba sus trucos.

–¿No tenía un empleo al que llegar? ¿o algo mejor que hacer? –preguntó la policía, escéptica a la veracidad de la historia.

–Verá, –Matías suspiró. –Yo nunca he sido de andar en pulquerías. La razón por la que esa tarde fui a beber, fue porque acababa de perder mi empleo en el hospital de San Andrés.

–¿Es usted médico?

–Lo era, sí.

–¿Qué pasó entonces?

–El Sahir me ofreció uno.

–¿Un qué?

–Un empleo. –Matías sonrió. –Siempre me gustó la magia. ¿A qué niño no le gusta? Las ilusiones, el show, las luces, –Matías sacudió la cabeza. –Pero tenía que ser serio, ¿no?, convertirme en un profesional y hacer a mi familia orgullosa.

–Algunos le llamamos madurar. –La policía respondió. –¿Por qué perdió su empleo?

–Tuve una disputa con el personal. –Matías sacudió la cabeza como si los recuerdos aún lo molestaran. –Las condiciones eran deplorables, el aire que se respiraba olía a una mezcla de los medicamentos, los enfermos y los cadáveres que se pudrían; la misma estructura del hospital tenía que rehacerse... lo dije un par de veces y nadie me escuchó hasta que finalmente alcé la voz.

–Está bien, ¿qué pasó después con su nuevo amigo?

–Comencé a ayudarlo en el show, en ese entonces se hacía llamar el Gran Sahir. –Matías alzó la mirada ausente, sumergido en los recuerdos, –el show del Gran Sahir. Sabe, él era muy astuto. Su primera actuación la hizo en la casa de un famoso reportero. –Matías cerró los ojos, y los abrió un momento después, –lo siento, no puedo recordar su nombre. El caso es que invitó a personas importantes, sin pago alguno por supuesto, y les prometió que quedarían sorprendidos... Y así fue. La velada fue un éxito y la noticia salió en el periódico. Para cuando anunció que se presentaría al público, la gente ya estaba curiosa y dispuesta a pagar. –Miró a Carmen regresando al

interrogatorio. –Al principio yo no sabía nada sobre los trucos. Me dedicaba a cargar cajas de un lugar a otro, crear distracciones, etcétera. Nada que tuviera que ver con la magia. Hasta hace unos años, cuando comenzó el show del Sahir Saitám. Para este show, los trucos eran mucho más complicados, y el Sahir no podía hacerlos él solo.

–Carmen alzó una ceja inconforme. –¿por qué hasta ahora viene a confesar?

–El Sahir cometió un error. –Matías alzó un hombro. –Mató a la persona incorrecta. –Matías pensó en sus siguientes palabras, en ese momento se estaría condenando o facilitando su libertad. –Todo parecía igual, como cualquier otro show, y todo pasó muy rápido. La joven que había pasado al escenario estaba demasiado nerviosa, se desmayó en pleno truco. El Sahir la miró pensando que era la mujer que había anestesiado y se apresuró a colocarla en la mesa. Pensó que había sido un descuido de su asistente.

–Un descuido de usted.

–Exacto.

–Y entonces continuó con el truco. Para cuando se dio cuenta de que la otra mujer yacía en el suelo, fue muy tarde. La espada atravesó su abdomen partiendo la mesa en dos. –Matías tragó saliva, sintiendo lo que había sentido en ese momento. –El Sahir es bueno improvisando, siempre lo ha sido, pero esa expresión, ese sentir no se podía ocultar. Fue como si la espada lo hubiera atravesado a él mismo. –Matías habló con la mirada ausente –Miró hacia las butacas, mientras el público permanecía en silencio absoluto. Se oscureció el escenario y el Sahir cambió de lugar a la joven. Para cuando se encendieron las luces, ella estaba sentada en una silla, con el cuerpo completo lógicamente, pero aún inconsciente. Por supuesto, el público no sabía que no se trataba de la misma joven. El Sahir anunció al público que la joven se había desmayado y pidió que el acompañante se acercara a la parte de atrás del escenario. El público murmuró y algunos rieron, ahora que sabían que no la había cortado realmente en dos.

–¿Qué hizo el acompañante?

–El Sahir le hizo creer que la mujer había sufrido un infarto. Yo como médico corroboré la información. La mujer fue enterrada al día siguiente. –Matías pasó sus manos sobre su cara, evidentemente angustiado. –A pesar de que el Sahir tomó medidas de precaución, sé que está desesperado, es solo cuestión de tiempo que todo se le venga abajo.

Carmen frunció el ceño. –La mujer no estaba realmente muerta, ¿o sí?

Matías la miró confundido.

–Acaba de decir que la mujer fue enterrada al día siguiente. A la que debieron utilizar en el truco. Pero esa mujer no estaba muerta.

–Ahora lo está.

Carmen asintió. –Si todo se le viene abajo al mago, como usted dice, entonces también se le vendrá abajo a usted. No olvide que si esto es cierto, significa que usted es cómplice.

–Por la misma razón soy el único que podría aclarar muchas cosas que sin mi ayuda atormentarían a la policía durante años de intentar resolverlas. –Matías respondió calmado. –Además piense en todas esas víctimas que se quedarían sin justicia. Conozco a su clase, sé que usted no lo permitiría. –Matías le guiñó un ojo.

–Respóndame algo. ¿Por qué confesar? ¿por qué no huyó cuando sucedió?

Matías consideró la pregunta durante un momento. –Confesar un secreto es como liberar el aire cuando has estado aguantando la respiración por mucho tiempo. Cuando se comienzan a acumular, te ahogas. Usted debe saber bien de lo que estoy hablando.

–No podría imaginármelo señor Ramsés. Es mi trabajo hacer exactamente lo opuesto. Yo no sufro de falta de aire, yo asfixio a sujetos como usted.

Matías apretó los labios ocultando una sonrisa. Asintió brevemente. –Entiendo. Pensé que buscaba comprenderme.

Carmen alzó las cejas y exhaló. –Continúe.

–Olvide la respiración. Imagine que carga con una maleta a la que le va arrojando piedras. Cada piedra es un secreto, y con cada secreto, sus hombros se vuelven pesados, su espalda se encorva, y al final, mientras más tiempo pasa, más difícil es soltarla y ordenarla, porque resultaría imposible acomodar todo lo que tiene dentro. –Matías suspiró, –ya he recogido ciento sesenta y seis piedras para ser exacto.

La policía miró brevemente el espejo y regresó la mirada al asistente. La mirada satisfizo a Matías.

–Será mejor que tenga pruebas. –Lo amenazó y se levantó bruscamente, azotando la puerta al salir.

Matías sonrió para sus adentros. La aceptación de los hechos era la primera parte, la negociación de su libertad sería lo siguiente.

–No le creerás lo que está diciendo, ¿o sí? –Teodoro miró a Carmen incrédulo. –¡Carmen! Está hablando del Sahir Saitám, ¡el mago más famoso de México!

–No te tomé por un aficionado. –Carmen alzó una ceja, mientras caminaba a la oficina.

Teodoro suspiró. –Si tomas el caso serás la burla de todos. No, –Teodoro corrigió, –seremos la burla de todos. Soy tu compañero me llevarías entre las patas. ¿Segura quieres arriesgarlo todo por un enfermo mental?

Carmen se detuvo a la mitad del pasillo. –Muy bien, si miente seremos la burla de todos. Pero, ¿qué pasa si está diciendo la verdad? ¿qué pasa si el mago es un asesino en serie?

–Dudo mucho que lo sea. Tú también lo dudarías si lo hubieras visto. ¡El sujeto es realmente asombroso! Cualquiera persona que esté celosa vendrá a hablar mierda de él, ¡tú lo sabes porque ya ha pasado!

–No acabamos de escuchar el testimonio de una persona celosa, –Carmen señaló hacia la sala de interrogación, –ese que está ahí sentado es su asistente.

Teodoro alzó la vista al techo, –entonces, ¿qué piensas hacer?

–Pienso hablar con el jefe.

3

El jefe de la estación, José Urrutia era un señor de cuarenta y siete años, muy responsable y sin sentido del humor. Era muy objetivo y asertivo, y aunque tomaba en cuenta a los demás, no se dejaba llevar por la opinión de otros a la hora de tomar decisiones. Era un señor frío pero se había ganado el respeto de todos sus subordinados.

Cuando Carmen apareció, seis años atrás, el jefe le negó la oportunidad de laborar en la fuerza policiaca por principios y leyes. Sin embargo, Carmen demostró ser de utilidad, al encontrar a varios criminales que eran buscados por la policía en ese entonces. El jefe la aceptó, aunque ofreciéndole la mitad del salario, y desde entonces la respetaba como a cualquier otro miembro del personal.

–Jefe. –Carmen tocó a la puerta.

–Adelante. –El jefe estaba parado frente a la ventana, con sus manos detrás de su espalda.

–Interrogué al señor Matías Ramsés.

El jefe alzó las cejas. –Era una pérdida de tiempo pero tenía que hacerse.

–De hecho, tal vez no fue una completa pérdida de tiempo, señor. El señor Ramsés aportó información que de comprobarse, sería de mucho valor.

El jefe soltó una carcajada, –¿de valor? ¿qué es lo que ha aportado exactamente?

–El mago Sahir puede estar cometiendo una serie de crímenes, señor.

–¿Mata palomas en su espectáculo? –el jefe sacudió la cabeza, –no es un crimen, Carmen.

–Estamos hablando de asesinatos, no de palomas, de personas, señor.

El jefe la miró seriamente. Echó una última mirada a la calle y caminó hacia su silla. Una vez que se acomodó, le hizo una señal a Carmen para que tomara asiento también.

–¿Qué sabe del mago Sahir?

–Poco, señor, –confesó. –Solo lo que leo en los periódicos y lo que me acaba de contar su asistente.

–¿Sabe que es conocido internacionalmente?

–Sí.

–¿Qué cree que pasará si lo acusamos de un crimen sin contar con

evidencia?

–Con todo respeto, no podemos asegurar su inocencia-

El jefe la interrumpió. –El que sea inocente o no, no es el punto. El punto es que se pueda comprobar. El testimonio del señor que tiene ahí dentro, no vale de nada. A menos de que consiga evidencia importante, evidencia que el mago no pueda refutar, entonces tomaremos cartas en el asunto. Mientras tanto, nos quedaremos al margen de la situación.

–Déjeme conseguir la evidencia entonces, déjeme ir al teatro y buscar al mago.

–¡De ninguna manera! –La mesa se sacudió con el puño del señor Urrutia. – Nadie hablará con el mago ni se le tratará como a un sospechoso. ¿Está claro?

–Sí, señor. –Carmen asintió.

–Eso es todo, Carmen.

Carmen se levantó, –con permiso, jefe.

Teodoro estaba recargado afuera de la oficina del jefe con las manos en las bolsas de su pantalón. Se enderezó al ver a Carmen.

–Te dije que... Espera, ¿a dónde vas? –Siguió a Carmen, que se dirigía con prisa hacia la calle.

–Al teatro.

–Estás bromeando. –Al ver que Carmen hablaba en serio, Teodoro se ajustó el cuello de la camisa, –¿escuchaste al jefe? A mi me pareció bastante claro, te matará si se entera de que estás haciendo esto.

–No tienes que venir. Esto es extraoficial.

Teodoro sacudió la cabeza frustrado pero la siguió de todas maneras.

La entrada al teatro estaba cerrada, pero Carmen encontró la puerta de servicio que daba hacia abajo del teatro y tomó un pasador para abrirla. Teodoro actuó casual, saludando a las personas que caminaban por la calle. Finalmente Carmen logró abrir la puerta. Teodoro la siguió a los túneles que estaban debajo del teatro.

Los pasillos eran largos y había un fuerte olor a drenaje que tenía a Teodoro escondiendo la nariz en la camisa. Caminaron durante diez minutos antes de encontrar la puerta del camerino del mago.

–El Sahir Saitám es un mago profesional, lleva años haciendo sus presentaciones. ¿No crees que alguien ya se habría dado cuenta si estuviera asesinando gente a diestra y siniestra? –Teodoro admiró el camerino del mago,

sintiéndose orgulloso de estar ahí, a pesar de que estaba rompiendo las reglas y arriesgando su trabajo. –Piénsalo.

Carmen alzó la tapa de la coladera. –No sé Teodoro, creo que Matías está diciendo la verdad.

–¿Qué estás haciendo? –Teodoro se acercó al verla y detuvo la tapa. Para su sorpresa, Carmen se sentó en el suelo y bajó las piernas para entrar al drenaje. –No te vas a...

Carmen encendió su linterna y brincó por el hueco.

–¡Carmen! ¡Eso es una locura! –Teodoro miró hacia ambos lados, para asegurarse de que nadie los viera.

–Si Matías está diciendo la verdad, significa que aquí hay un escondite. Tenemos que encontrarlo.

–Está bien, pero solo piénsalo, Carmen. Te están dando la oportunidad, ¿cuántas mujeres podrían decir lo mismo?

–¿Ya empezamos con el machismo, Teodoro?

–Tú sabes que yo no pienso así.

–Sí, sí, lo sé. –La voz de Carmen se alejaba.

–Pero, ¿de verdad quieres echar todo a perder por una corazonada? –Teodoro cambió la tapa de mano para asomar la cabeza. Al hacerlo, vio una luz que provenía de la linterna de Carmen pero no veía lo que la linterna alumbraba. Probablemente una pared, o nada importante. –Sabes que Álvaro no piensa como yo y él está esperando a que cometas un error para restregárselo al jefe en la cara.

–Lo que esté esperando ese imbécil me tiene sin cuidado.

Teodoro se rió. –A veces pienso que estás enamorada de él. –Esperó sonriendo la avalancha de malas palabras que soltaría Carmen por su comentario pero en su lugar encontró un silencio absoluto. –¿Carmen? –preguntó asomándose aún más. Ya no lograba ver la luz de la linterna que su compañera llevaba.

–¡Maldición! –murmuró mientras quitaba la tapa por completo para seguir a Carmen.

Teodoro había dejado su linterna en el cuartel. Tanteó las paredes con sus manos mientras caminaba por un pasadizo. –¿Carmen? –Teodoro sacó su arma, pero la apuntó hacia el suelo, no quería hacer algo precipitado y dispararle a su compañera. Sus dedos tocaron una pared frente a él, y al dar la vuelta, pudo ver una sombra y la luz de una linterna. Debía ser de ella. Teodoro se relajó y regresó el arma a su funda.

Al llegar a la luz, vio la habitación que inspeccionaba Carmen. Se agachó para cruzar la pequeña puerta, parecía una habitación secreta. No había más que una cama y una puerta de tamaño normal en la otra pared.

Carmen abrió la puerta. Daba a dos pasillos largos, túneles, como por los que habían entrado.

Teodoro adivinó los pensamientos de Carmen. –El mago pudo haber dormido aquí, esto no prueba nada.

–Claro, un mago famoso que duerme en los escombros de un teatro.

–Es apasionado de su arte, –Teodoro encogió los hombros.

Carmen negó con la cabeza. –Esta es la habitación de la que habló Matías. Aquí los mantenía cautivos.

Un ruido afuera los hizo voltear. Teodoro sacó su arma nuevamente.

–Dame tu linterna. –Le dijo a Carmen en voz baja.

–No, ¿en dónde está la tuya?

–La olvidé. –Teodoro alzó la mano para tomar la linterna. –Carmen. – Teodoro presionó.

–¿Cómo llegaste hasta acá?

–Tanteando las paredes, solo dámela.

El ruido sonó otra vez pero esta vez arriba de ellos. Parecía que había alguien caminando en el teatro y las pisadas hacían eco en donde ellos estaban.

–Entonces tantea al sospechoso. –Carmen respondió, ya regresando a la pequeña puerta por donde había entrado a la habitación.

Al salir a la calle, encontraron a un señor mayor encendiendo un cigarro, recargado en las puertas del teatro.

–Disculpe, estamos buscando al Sahir Saitám.

–Ustedes y todo México.

–¿Disculpe?

El anciano sacudió una mano en el aire. –Desde que canceló las últimas funciones todo el mundo lo está buscando. Parece que usó sus propios trucos para esfumarse.

Carmen miró a Teodoro, si el mago había cancelado sus funciones era porque ya se estaba dando a la fuga.

–No lo sabemos. –Teodoro rompió el silencio al llegar a la estación.

Carmen lo miró incrédula pero no dijo una palabra, solo sacudió la cabeza

en respuesta.

Teodoro suspiró y decidió cambiar el tema. –¿Vas al restaurante esta noche?

–No, ya es demasiado verle la cara a Álvaro en la estación. Me rehúso a verlo en un horario que no sea de trabajo.

–¿Tienes un mejor plan?

Carmen se quedó en silencio. Después respondió. –Quedarme en casa.

–Podrías ir a caminar por la alameda. Despejar tu cabeza de todo el asunto.

Carmen asintió mientras guardaba sus cosas en su morral. Teodoro sintió que le estaba evitando la mirada.

–Carmen... ¿no estarás pensando en ir a buscar al mago! –Teodoro exhaló, mientras recorría sus manos por su cabello y su cara en frustración. –¿Qué harás si lo encuentras?

–No pienso detenerlo. Solo le haré unas preguntas. Si es que logro encontrarlo, claro.

Teodoro suspiró. –Iré contigo.

–No. No es necesario. Ve y diviértete con los demás.

El turno había terminado y el jefe Urrutia había sido el primero en salir esa tarde. Lo habían visto apresurado y de mal humor, así que nadie se había atrevido a preguntarle por la estadía de Matías Ramsés.

–Déjenlo ahí amarrado. –Ordenó Álvaro. –Ya mañana el jefe dirá.

Carmen los miró salir, Teodoro fue el último. Ella se quedó recargada en la pared del interrogatorio, preguntándose si realmente valía la pena ir contra las decisiones de su jefe, y poner en riesgo todo lo que había logrado hasta ese momento. Ella creía en la justicia.

Miró a Matías ahí sentado, y se preguntó si el tipo era realmente un farsante como los demás que habían llegado a denunciar a otros famosos. No se podía quedar con la duda, algo le decía que esta denuncia no era como las otras, algo estaba pasando en ese espectáculo, ¿por qué otra razón habría desaparecido el mago?. Carmen asintió, segura de lo que iba a hacer. De cualquier forma arriesgaba su posición todos los días y en cada momento. Cualquier acción que tomaba era observada por una sociedad ansiosa de verla equivocarse. Una sociedad lista para demostrarle que ella no pertenecía a ese lugar, que no tenía la capacidad de hacerlo. Un cromosoma había definido sus limitaciones ante el mundo.

–Que bueno que regresó. Este asiento me parece muy incómodo. –Matías

sabía que era Carmen desde antes de mirar hacia la puerta.

–Háblame del mago. –Carmen abrió el cuaderno, lista para tomar nota.

Matías se recargó en su asiento intentando encontrar una posición más cómoda. Había estado ahí todo el día y sus labios secos deseaban intensamente beber un poco de agua, pero no quería que sus necesidades afectaran su capacidad de persuasión.

–El Sahir Saitám no es un hombre cualquiera. Físicamente tal vez, es alto, más o menos de mi estatura. Tiene ojos claros y un tono de piel pálido. Se ejercita, así que es de cuerpo atlético. Usa una barba completa, y su cabello es de color negro. En el pecho tiene un tatuaje.

–¿De qué es el tatuaje?

–Veni, vidi, vici.

Carmen lo anotó asintiendo.

–En cuanto a su personalidad... el Sahir Saitám es más inteligente que el hombre promedio. Es un hombre astuto y siempre tiene un as bajo la manga.

–¿En dónde cree que esté el ahora?

Matías sopló. –Aún le quedan dos funciones, debe estar en el teatro.

–El mago no está ahí. Las funciones fueron canceladas.

Matías alzó las cejas, sorprendido. –Qué interesante. –Acarició su barbilla, pensando. –Entonces debe haber ido a la estación de ferrocarriles.

–¿Conoce a sus familiares o amigos? ¿Hacia donde se pudo haber dirigido?

–No, al Sahir le gusta moverse solo. Incluso me atrevo a decir que soy lo más cercano que tiene a un amigo.

–Y lo está traicionando.

El comentario no lo incomodó. –Estoy cuidando de mis intereses personales, por supuesto. Un hombre debe ser prioridad en su vida, si se pone en riesgo su seguridad entonces no tiene nada que ofrecerse a si mismo ni a nadie.

–De acuerdo. ¿A dónde cree usted que se dirige?

Matías lo pensó en silencio. –Hablaba constantemente de ese ferrocarril que llega al puerto de Veracruz, supongo que se dirigiría hacia allá.

–¿Qué hay en Veracruz?

–No lo dijo. Me imagino que una mujer. –Matías sonrió y después encogió un hombro. –¿Quién sabe? puede ser solo la aventura de montar a ese gigante de hierro que recorre ciudades.

4

Carmen caminó hacia su casa sin darse prisa. La noche estaba fría y el cielo despejado. El ruido de las copas y carcajadas de hombres embriagados la hizo voltear hacia el restaurante de la calle de enfrente, a esa hora ya estaría cerrado si no fuera por su ambiente de celebración del tercer aniversario. Algunos caballos estaban atados al barandal de afuera, impidiéndole ver hacia dentro. Carmen imaginó a Teodoro con los demás, disfrutando y pasando un rato agradable. No recordaba la última vez que ella había pasado un rato así.

La fachada del teatro parecía más intimidante ahora. Había visto el teatro de noche antes, pero no con las calles oscuras y desiertas. El silencio, que normalmente encontraba confortante, le parecía incómodo ahora.

No seas cobarde. Se dijo a sí misma, antes de forzar su entrada por segunda vez al teatro.

Encendió su linterna y recorrió los túneles del teatro. Llegó al final del segundo túnel cuando encontró una intersección de tres caminos. Pensaba en lo fácil que sería para alguien perderse ahí abajo, cuando su pie se enredó en algo suave.

Carmen dirigió la lámpara hacia sus zapatos y encontró un pañuelo blanco. Lo recogió y lo analizó bajo la luz de su linterna. En la esquina del pañuelo estaba bordado el nombre de Ana con letras rosas. Miró a su alrededor, buscando algún otro objeto pero no había nada más. Carmen cerró los ojos imaginándose lo que había pasado.

Siento mucho que te haya pasado esto Ana. Dijo con un nudo en la garganta al imaginarse el terror que debió haber sentido cuando el mago la cortó en dos frente a la audiencia.

A pesar de estar fresca la noche, Carmen se desabrochó la chaqueta al llegar a su vecindario. El terreno que había pertenecido a la iglesia unos años atrás, había sido repartido entre varios acaudalados. Uno de ellos había hecho cuartos y ahora los rentaba a zapateros, sastres, relojeros, un panadero y otros que se habían beneficiado de los empleos en las nuevas fábricas. Todos ellos tenían familias numerosas. Carmen era la oveja negra del vecindario. Una mujer sola e independiente, que no reconocía su lugar en el mundo.

Hizo a un lado la ropa que colgaba del tendedero, y se dirigió a su cuarto.

Dejó la chaqueta junto a la puerta y se desabrochó la camisa, mirando hacia la ventana que daba a la calle. Era cerca de media noche y aún quedaba por pasar el último tranvía. Esperó frente a la ventana, hasta que escuchó el pisar de los caballos que se acercaban. Miró el transporte preguntándose hacia donde irían esas personas. Se imaginaba sus casas modernas con cocinas separadas de los comedores, con un jardín y un baño propio. Tal vez otros también habitaban viviendas que habrían sido alguna vez mansiones y se habían convertido en vecindarios. Le gustaba observarlos desde la oscuridad de su cuarto. Le gustaba poder ver sin ser vista.

Se puso una bata y se recostó en su cama mirando hacia el techo. Al cerrar los ojos, alguien tocó a la puerta.

–No había podido dejarte esto antes. –La señora Inés estaba en la puerta con un plato en las manos. Arroz y frijoles.

Carmen le ofreció una sonrisa y llevó el plato a la pequeña mesa. Tomó unos centavos y se los entregó a la señora Inés.

La señora le tomó la mano y se la cerró sin recibir el dinero. –Ya me lo habías pagado la semana pasada, ¿recuerdas?

–Entonces tómelo para la siguiente.

–Son doce centavos de arroz y cinco del frijol.

La señora Inés se movió incómoda mirando hacia atrás. –Lo veremos mañana, ¿está bien? Anda ve, que no has de haber comido nada.

Carmen suspiró y asintió. Miró a la señora Inés subir al segundo piso y meterse a su cuarto. Carmen cerró la puerta y sacudió la cabeza. La señora Inés era la señora más dulce que había conocido. Carmen le pagaba cada semana para que le hiciera de comer, aún sabiendo que a su hijo Juan no le parecía que ayudara a Carmen de ninguna manera. A sus ojos, Carmen era una mala influencia y la quería fuera de la vecindad. No fuera a contagiarle su espíritu rebelde a su esposa y hermanas, que no vivían más que para servirle a él. A pesar de su evidente machismo, su madre, la señora Inés, siempre había frecuentado a Carmen, asegurándose de que tuviera ropa limpia y algo que comer. Carmen le agradecía sus atenciones, aunque la única manera de demostrar su gratitud era hacerse de la vista gorda cuando el imbécil de Juan golpeaba a su esposa.

A la mañana siguiente, Carmen llegó al cuartel más temprano que de costumbre. Quería estar ahí cuando el jefe decidiera lo que iba a hacer con Matías Ramsés.

Al llegar al cuartel se sorprendió de ver a los demás policías. Ninguno llegaba a esa hora normalmente.

–Estás en problemas. –Álvaro le sonrió con las botas encima del pequeño escritorio de madera.

Carmen se apresuró a la sala de interrogatorio y suspiró aliviada al ver que Matías seguía ahí.

–A mi oficina. –La voz del señor Urrutia sonaba del mismo tono que el día anterior. El nuevo día no le había traído un nuevo humor.

Carmen lo siguió en silencio.

–¿Sigues detrás de esto?

–Señor, con todo respeto, esto es importante.

–¡No me importa lo que consideres importante! ¡Me importa el futuro de esta estación! Te pedí que olvidaras al mago, te pedí que te hicieras a un lado, y me encuentro con que estuviste husmeando en el teatro. ¡Es inaudito! ¿Tienes alguna prueba que incrimine al mago?

–No, señor.

–¿Nada? –El jefe se puso rojo. –No tienes nada, y ¿aún así te atreves a actuar contra mis órdenes?

El señor Urrutia recargó un brazo en la ventana mientras Carmen permanecía en silencio.

–¿Sabe lo que le pasó a García? ¿El del otro cuartel?

Las mejillas de Carmen se enrojecieron. Pedro García había sido descubierto haciendo tratos con la banda Los Carreños que le habían ofrecido tres mil pesos por volar la casa del Coronel Jefe de la Inspección de Policía.

–Lo golpearon hasta su último aliento. –El señor Urrutia miró a Carmen. –Así pasa con la traición aquí, allá y en todos lados. No se desvíe de mis órdenes, no por una corazonada, o una creencia suya. No sin pruebas o evidencia que la respalden.

Carmen asintió y salió de la oficina. Se dirigió a paso veloz a la sala de interrogación. En lugar de sentarse, recargó los puños de las manos en la mesa y se inclinó hacia Matías. Teodoro entró detrás de ella y se paró a un lado con los brazos cruzados. Matías lo miró entretenido.

–Nadie encuentra al mago. Es como si nunca hubiera existido.

–Hacen bonita pareja. –Dijo Matías mirándolos a ambos.

Teodoro entrecerró los ojos de manera amenazante. Matías rio y miró a Carmen.

Carmen ignoró el comentario. –Si quieres hacer cualquier especie de trato, será mejor que nos convenza lo que vas a decir o te fundirás tú solo en la cárcel.

–El Sahir Saitám no es un tonto, no dejaría evidencia así nada más en su camerino. Pero sí hay alguien que pueden ir a visitar.

Matías se puso pensativo. –María. María Toledo. Vive en la calle Plateros, cerca del café la Concordia. Ella fue una de las participantes del show. –Matías les describió la casa en donde podrían encontrarla.

Carmen y Teodoro intercambiaron una mirada y salieron de la habitación.

El carruaje los dejó en la calle San José el Real, desde ahí caminaron a la calle Plateros en donde encontraron la casa fácilmente.

Teodoro se asomó por la ventana mientras Carmen tocaba a la puerta. – Parece que no hay nadie.

Carmen tocó la puerta nuevamente, esta vez con más fuerza. –¡Policía! Queremos hacerle unas preguntas.

–¡Ya voy! –gritó una mujer desde el interior de la casa.

–Buenos días, estamos buscando a María Toledo. –Carmen intentó sonreírle a la niña que la mujer tenía en sus brazos pero su sonrisa fue un simple apretón de labios.

–Sí, soy yo.

–Señorita María, si nos permite pasar, queremos hacerle unas preguntas.

La mujer sacudió la cabeza atónita, pero abrió la puerta completamente para dejarlos pasar. La niña sintió los nervios de la mujer y apretó su cara contra el hombro de su mamá, ocultándose de los policías.

Carmen contempló la casa. Era pequeña pero no tenía nada que ver con los cuartos de los vecindarios. La mujer pertenecía a una clase acomodada. Tenía que serlo, sino no se habría dado el lujo de asistir a un show que costaba lo que el mago Sahir cobraba.

–¿Les puedo ofrecer algo de tomar? –La mujer miró hacia la cocina, – ¿quieren que les muestre la casa?

Teodoro sonrió ante el nerviosismo de la joven.

–No es necesario. –Carmen se sentó en el sofá.

Teodoro se sentó junto a ella y la mujer se mantuvo de pie, moviéndose en una manera que el ritmo tranquilizara a la niña.

Carmen abrió su libreta y tomó su pluma. –¿Usted fue al espectáculo del Sahir Saitám?

María bajó las cejas, confundida por la pregunta. –Sí... Fui hace unas semanas.

–Y usted fue llamada para participar en uno de los actos, ¿es cierto?

Teodoro miró a Carmen e hizo un pequeño movimiento con la cabeza. Carmen comprendió que estaba siendo muy inquisitiva y asintió, era obvio que la mujer ya estaba nerviosa, no quería que sufriera un ataque de nervios por su culpa.

–Un señor sacó el número de mi asiento y una señora sacó la fila, yo no tuve nada que ver. –María cambió a la niña de brazo.

–¿Es usted hija única?

–Sí.

Teodoro alzó las cejas, como si hubiera esperado esa respuesta. Carmen lo ignoró, y leyó las preguntas que había anotado en su libreta.

–Bueno, tenía una hermana, pero ella murió en el terremoto hace unos años.

–Esta hermana... –Carmen la miró, –¿era gemela suya?

María la miró confundida y tartamudeó al responder. –S.. sí, sí. ¿Cómo lo supo?

Carmen volteó hacia Teodoro, con una mirada de *te lo dije*. –Odio tener que preguntarle esto pero, ¿recuperaron el cuerpo?

–No. El cuerpo de Ana, junto con el de muchas otras personas quedó sepultado bajo los escombros.

Carmen hizo una pausa al escuchar el nombre. Lo más probable era que el pañuelo que tenía en el bolsillo, fuera de su hermana. –Entiendo. Dígame, durante el show. ¿Usted habló con el mago sin que el público los escuchara?

–No, realmente no hablé con él a solas ni nada. No sé como hizo el acto, solo sé que un momento yo estaba acostada y al siguiente momento el asistente me indicaba la salida por un túnel con poca luz.

–Carmen se levantó de su asiento. –Le agradezco por su cooperación.

–Espere, ¿estoy en problemas?

–No, nada de eso. –Le aseguró Teodoro.

–Ha sido de mucha ayuda, gracias. –Carmen asintió y salió por la puerta.

Una vez que salieron de la casa, Carmen caminó deprisa pero Teodoro la detuvo del brazo. –Pensemos bien esto.

Carmen lo miró. –Bien. –Miró hacia la calle durante un instante y regresó la mirada a su compañero. –Ya lo pensé. –Dijo y continuó caminando.

–¡Oye!

–¿Qué es lo que tanto te asusta? –Carmen se detuvo exasperada. Ante la mirada fría de Teodoro continuó. –El jefe quiere evidencia, ¿no? ¿quieres quedar bien con él? Esta es tu oportunidad.

–Carmen, me conoces muy bien. Yo no tengo esa inquietud que tú tienes por ser mejor que los demás, subir de puesto y hacer una gran diferencia en el mundo. –Teodoro desvió la mirada, aún irritado. –Yo estoy bien en donde estoy. No me arriesgo. ¿Para qué lo haría?

Carmen bajó la mirada. –Entonces déjame hacerlo sola. Entiendo tu opinión, la respeto, pero no la comparto. No miraré hacia un lado mientras ese hombre camina libremente por las calles, no después de lo que ha hecho. Y esto, –Carmen señaló hacia la casa de María. –Esto es prueba de un asesinato. Uno de cientos.

Teodoro sacudió la cabeza. –María tenía una hermana. Eso no prueba nada.

–Anoche regresé al teatro.

–¿Por qué hiciste eso? Te pudo haber pasado-

Carmen le mostró el pañuelo. –Encontré esto.

Teodoro miró el bordado y por una fracción de segundo, su expresión se tornó severa.

–Lo que dijo Matías es verdad. –Continuó Carmen.

Teodoro le regresó el pañuelo, descartando una vez más la evidencia. –Tal vez Matías la conoce. Tal vez los dos estén implicados en esta mentira. Ese pañuelo, puede ser de cualquier persona, el que su hermana se llame igual puede ser una mera coincidencia.

–Entonces es más fácil creer que hay un complot contra el mago, a ver los hechos que te pongo en las narices.

–Escucha, si Matías miente es un impostor, si dice la verdad es cómplice de un asesino. De cualquier forma el tipo no es de fiar.

–Estoy de acuerdo.

Teodoro exhaló. –Bien, tal vez el mago esté implicado en algo, pero esto no es suficiente evidencia.

–Lo sé. Pero la conseguiré.

Carmen entró al cuartel sin prestar atención a los policías que estaban en turno.

–Será mejor que te apresures dulzura. Esta noche ejecutan a tu amigo. – Exclamó Álvaro desde su escritorio.

–¿De qué hablas? ¿Quién te dijo eso?

Teodoro miró a Álvaro decidiendo si se trataba de una broma.

–El jefe ya se hartó de este sujeto. Francamente es una lástima. Nos tiene muy entretenidos todo el asunto de verte perseguir al ratón. –Álvaro miró a los otros dos. Ellos sonrieron en respuesta.

–¿El jefe dio la orden? ¿cuándo? –Carmen ignoró a los otros dos y se acercó a Álvaro.

–Hace un momento. –Álvaro se levantó de su asiento. –Hazte un favor y ya deja en paz a ese mago. Hasta a mí me da lástima verte persiguiendo fantasmas.

–Carmen. –Teodoro la detuvo del brazo antes de que entrara a gritar a la oficina del jefe.

–El jefe no sabe lo que descubrimos hoy.

–No será suficiente. –Insistió Teodoro. Al ver que Carmen no cedía, suspiró. –Perderás tu trabajo por esto.

Carmen sacudió la cabeza y cerró los puños. Después dio media vuelta y regresó al cuarto donde estaba Matías.

–¿Quiénes son los demás? ¿En dónde viven?

Matías soltó una pequeña risa. Ya no se veía del mismo humor de antes. Su ropa estaba arrugada y su brazo doblado en una incómoda posición encima de la mesa. –Me encantaría seguir ayudando, pero ¿qué recibo yo a cambio?

–Lo que recibes es seguir respirando. –Carmen se inclinó hacia él de manera brusca.

–Vine al cuartel sabiendo el riesgo. Pero para que yo le de toda la información, debo tener una garantía de que me dará libertad. Llevo muchas horas en esta silla y si le soy muy honesto no me siento muy cómodo. No he bebido agua ni probado bocado alguno.

Carmen deliberó por un momento. –¿Qué otra información nos puedes dar? Además de los hermanos de las víctimas.

Matías se lamió los labios, –dicen que un hueso dice más que mil palabras. Si me da mi libertad, yo le puedo decir exactamente en donde están enterrados los cuerpos de las víctimas. Además les diré la fecha y la forma en la que cada uno fue raptado. Eso debería ser suficiente para que vayan detrás del mago y yo quede fuera del conflicto.

Carmen miró a Teodoro. Un momento después suspiró y miró a Matías. –De acuerdo. –Después miró a Teodoro. –Consigue agua y trae un mollete o algo que pueda comer. Es hora de hacer un trato.

5

El jefe Urrutia caminaba de un lado a otro con las mejillas rojas y la frente arrugada. Carmen desviaba la mirada por segundos hasta que un pequeño gruñido la hacía mirarlo de nuevo.

Carmen había sido clara; habló con tal seguridad que no cabía duda de que obtendría la evidencia y si no se hacía nada al respecto saldría en todos los periódicos. Había amenazado al señor Urrutia de una manera diplomática, y al mismo tiempo le convencía de que estaría haciendo lo correcto e inspiraría a mucha gente con el ejemplo.

Carmen llevaba diez minutos mirándolo caminar de un lado a otro, esperando su respuesta. Teodoro estaba sentado a su lado, el jefe lo había mandado llamar después de escuchar a Carmen, y Teodoro temía que los corrieran a ambos. Cada dos minutos sacudía la cabeza y le echaba una mirada culposa a Carmen.

–Está bien. Haz el trato. –Decidió el jefe Urrutia después de veinte minutos.

Teodoro exhaló y lo miró en tono de súplica. –Señor, si me permite, no quisimos-

Carmen le dio una patada discreta a Teodoro. –Gracias jefe, haré el escrito para que lo pueda firmar.

Teodoro alzó las cejas comprendiendo la situación. Esperaba ser despedido y en lugar de eso, el jefe había accedido a los términos de Carmen. Se aclaró la garganta poniéndose de pie, aún con la mirada confusa.

–¿Teodoro? –Carmen lo presionó desde la puerta.

–Con... Con permiso. –Teodoro le asintió al señor Urrutia y salió detrás de Carmen.

El señor Urrutia sacudió la cabeza y se sentó frente a su escritorio juntando las manos.

–¿Te ayudo a empacar mamacita? –Álvaro le sonrió a Carmen al salir de la oficina del jefe.

–No, aún no me dan una nueva oficina, pero pronto Álvaro. Yo te aviso cuando necesite un cargador. –Carmen dijo sin mirar en su dirección, apresurándose a su escritorio.

Álvaro miró a Teodoro confundido. –¿Seguirán con el caso?

Teodoro sacudió la cabeza con una pequeña sonrisa. –Sí. Investigaremos al mago. –Después se dirigió a Carmen, sacudiendo la cabeza nuevamente y recordando el riesgo que acababa de correr frente al señor Urrutia, –vaya que tienes pantalones.

Por la periferia de su ojo, Carmen pudo ver a Álvaro saliendo furioso del cuartel. En lugar de indignarse, sonrió para sus adentros. Álvaro era fácil de provocar, pero esta vez el enfado le duraría varios días.

Carmen redactó un acuerdo en donde le garantizaba a Matías Ramsés su libertad y protección, a cambio de la información detallada sobre los asesinatos cometidos por el mago, incluyendo la ubicación de los cuerpos. El señor Urrutia no tardó en firmarla.

–Por ahora te podrás quedar en uno de los departamentos de la colonia Juárez, y en unos meses te asignaremos un lugar permanente en otra ciudad. Para entonces ya se habrá enfriado el asunto y no correrás peligro directo. – Carmen dejó los papeles en la mesa.

–Me parece perfecto. –Matías sonrió mirando el documento firmado por el jefe. –¿Tiene en donde anotar? –Matías alzó las cejas, listo para darle la información que lo sacaría de ese lugar.

Carmen sacudió la pequeña libreta.

Matías se rio, –va a necesitar más hojas.

Durante las siguientes cuatro horas, Matías le dio información de las demás víctimas. Las primeras veinte habían sido raptadas en 1856, y las había tenido cautivas en un salón que rentaba el mago a espaldas de su casa de campo en San Ángel. Las víctimas no habían tenido contacto entre ellas, cada una había sido alimentada en su propia celda, y medicadas durante toda su estancia, en algunos casos durante meses y en otros habían pasado años antes de que fueran llevadas al show.

Algunos habían sido fáciles de raptar, aseguró Matías, como el caso del accidente de la fábrica textil, en donde habían desaparecido Pablo Joaquín Pérez, y Juan Reinos de las Casas. Sus familiares los habían dado por muertos después de la explosión de la fábrica. Otros casos habían sido más complicados como los de Ana Luisa Gómez, Jesús Mirabuena, Alfonso Vazconcelos, Miguel Pardo, Roberto Cinamón, Adolfo Ruíz, y Sofía Ledezma, quienes habían sido vistos después de su presunta muerte, pero el mago había

tomado precauciones e inclusive había dejado expuesto el cadáver de uno de ellos sin involucrarlo en el show, queriendo que fuera encontrado.

A partir de ese año, cada que se desocupaba una celda se tomaba otra vida. Una vez que el mago se instaló en el teatro, dejó de utilizar el salón y construyó los pequeños cuartos debajo del escenario, en los túneles del teatro. Los cuerpos habían sido enterrados en un terreno baldío en Chimalistac, a unos minutos de la casa del mago en San Ángel.

Carmen escuchó los detalles sin ocultar su repulsión por Matías y al mago, preparada para encontrar al culpable y hacer justicia. No estaba convencida de dejar en libertad al asistente, pero al menos la información, de ser verídica era muy valiosa, y le daría justicia a esas familias.

–¿No se te hace extraño que sepa de memoria toda esa información? – Teodoro la miró escéptico, al salir del cuarto.

–Tú lo escuchaste, si lo tuviera por escrito en algún lado no podría llegar a ningún acuerdo. Además él era partícipe de estos delitos, sería difícil olvidarlos.

–Aún así.

–¿A qué quieres llegar?

–No, nada. No confío en él.

Carmen se detuvo y lo volteó a ver. –Según tú, el mago era inocente.

–Los dos son asesinos... Y dejarás que uno de ellos escape.

–Sí. A cambio de poder cerrar ciento sesenta y seis casos.

Teodoro desvió la mirada, –supongo.

–Además Matías estará bajo la lupa. Ese cabrón no mueve un pie sin que nosotros lo sepamos.

El señor Urrutia leyó la información que había obtenido Carmen y autorizó el procedimiento. Carmen y Teodoro irían a comprobar que los cadáveres estuvieran en la ubicación que había proporcionado Matías, y de encontrar evidencia, lo pondrían en libertad y comenzarían una búsqueda oficial para arrestar al mago Saitám.

–¡Carmen!

Carmen se detuvo en la puerta y miró a su jefe.

–Lleven el carruaje. –El señor Urrutia la miró seriamente y se dio la vuelta.

–¡Y tengan cuidado! –gritó desde el pasillo.

Carmen se sintió agradecida de que finalmente el señor Urrutia creía en la seriedad del caso. –Sí, señor.

El señor Urrutia caminó hacia el cuarto en donde estaba Matías, pensó en abrir la puerta pero cambió de opinión y lo observó desde ahí, con la espalda recta y las manos metidas en las bolsas del pantalón.

Ambos permanecieron callados durante el trayecto. Carmen suspiraba impaciente cada vez que Teodoro detenía a los caballos para asegurarse de ir en la dirección correcta.

–Habríamos llegado más rápido caminando, que contigo conduciendo esta cosa. –Dijo mirando hacia la calle.

Teodoro rio en respuesta, –hay que ser precavidos. ¿Sabes lo que nos hará el jefe si le hacemos aunque sea un rasguño? –miró hacia el frente sin perder la sonrisa, –además, ya vamos a llegar.

–¿Qué es lo que tanto te divierte? –preguntó Carmen, perpleja ante la sonrisa de su compañero. –Vamos a encontrar los cuerpos, estoy segura de eso, pero el asesino sigue en libertad. Esto no es una victoria.

Teodoro la miró de reojo y regresó la mirada al camino. –Te diré lo que me divierte. Tú.

Las cejas de Carmen se alzaron con una mezcla de sorpresa e irritación.

–No me diviertes, me asombras. –Aclaró Teodoro al ver su reacción.

Carmen carraspeó y se pasó una mano por el cabello.

Teodoro suspiró, –no intento incomodarte. Es solo que... ¿Sabes qué? No importa.

–Ya sé, –respondió Carmen en voz baja. –Lo siento, de verdad. No quise ponerte en esta situación con el señor Urrutia.

Teodoro apretó los labios en un intento de sonrisa. –Así eres tú. –Teodoro levantó un hombro.

Carmen lo observó, decidiendo si sería prudente decirle su opinión. El tacto para hablar nunca había sido una de sus cualidades y normalmente sus palabras, aunque con buena intención, terminaban hiriendo los sentimientos de alguien.

–¿Qué? –preguntó Teodoro, sintiéndose incómodo con la mirada de Carmen. –¿Tengo algo? –se pasó el brazo por el rostro, asegurándose de no tener nada pegado.

Carmen desvió la mirada pero su mente se había ido a sus primeras semanas en el cuartel. El señor Urrutia la miraba como si la estuviera evaluando todo

el tiempo, pero el jefe era su menor preocupación. Álvaro la había recibido con una sarta de insultos, completamente indignado de compartir el cuartel con una mujer, y estaba decidido a hacerla tropezar de una manera u otra. A Carmen no le sorprendían esos machos, había lidiado con decenas de ellos a lo largo de su vida, pero le irritaba particularmente cuando Álvaro se desquitaba con otra minoría: los mestizos.

Teodoro era un cobarde a los ojos de Carmen. Álvaro lo llamaba rata de panadería, güero de rancho y otros insultos, a veces le decía que se regresara a España aunque Teodoro nunca había estado ahí. A Carmen no le importaba que Teodoro lo ignorara, ella hacía lo mismo, pero con el tiempo la relación entre Teodoro y Álvaro mejoró. Teodoro actuaba como si Álvaro nunca lo hubiera discriminado, y eso hacía que a Carmen le hirviera la sangre. ¿Acaso no tenía dignidad?

Durante meses trató a Teodoro con indiferencia. Álvaro con su machismo y falta de educación no le enojaba en lo absoluto, pero Teodoro representaba las cosas contra las que ella luchaba. Cerrar los ojos ante los oportunistas, bajar la mirada ante los abusivos, doblar las manos ante los cerdos arrogantes que se creían superiores.

—No es tan peligroso el diablo como el que lo adora.

—¿Cómo?

Carmen se preguntó si lo había dicho en voz alta o su compañero estaba desarrollando la habilidad de leer sus pensamientos. —Nada. —Sacudió la cabeza, agradecida de que Teodoro no hubiera entendido. —¿En cuánto tiempo crees que lleguemos?

Teodoro alzó un brazo y Carmen siguió el dedo que señalaba el pueblito que se abría paso entre los árboles delante de ellos.

—Ya estamos aquí.

6

La instrucción de Matías había sido clara, debían seguir el río hasta llegar al puente del púlpito. Al llegar ahí encontrarían un árbol con una cruz marcada en el tronco, y junto a ella, un sendero los llevaría al lugar donde estaban los cuerpos.

Teodoro dio una vuelta inspeccionando sus alrededores. –Tal vez hubiera sido mejor traerlo y que él mismo nos llevara. Podríamos estar caminando hacia una trampa.

Carmen frunció el ceño, entretenida. –¿Una trampa? –se llevó la mano a las cejas para cubrirse del sol, y con la otra señaló un árbol, –mira, ahí está la marca.

El sendero se hacía más angosto en la medida que avanzaban, los árboles comenzaban a cerrarse y la maleza parecía impedir el paso más adelante.

–Es lógico que esté oculto. –Dijo Carmen sin mirar a Teodoro antes de empujar las ramas para hacerse camino.

Un ruido detrás de ellos los hizo detenerse.

–Nos están siguiendo. –Dijo Carmen levantando su arma.

Permanecieron en silencio durante unos segundos, ambos con pistola en mano.

–Seguro fue un animal. –Decidió Teodoro, bajando su arma. –Sigamos.

Una vez que cruzaron la maleza se abrió frente a ellos un claro con pasto amarillento, rodeado por árboles. En el centro había una estaca enterrada con un cartel pintado con letras rojas pequeñas.

Teodoro sacó su arma y miró a Carmen antes de acercarse. Carmen miró a su alrededor, al fondo habían dos árboles separados, por donde parecía abrirse una brecha. Mientras Teodoro inspeccionaba el cartel, Carmen sacó su arma y caminó hacia ella.

Teodoro leyó el cartel con cierta incredulidad y desdén.

–Ven, tienes que ver esto, –Teodoro llamó a Carmen tanteando la tierra que estaba debajo de la estaca, pero un disparo lo hizo voltear hacia la brecha por donde se había metido Carmen.

–¡Carmen! –Teodoro corrió hacia el sonido del disparo, se abrió paso por

el sendero y ni el fuerte olor a podrido lo hizo detenerse.

–¡Carmen!

Detrás de la maleza estaba el jardín trasero de una hacienda, con dos pilares decorados con ramas entrelazadas y flores, sin duda había sido diseñada por un arquitecto francés de ideología moderna. Teodoro no se detuvo a contemplar la extravagante estructura, caminó cauteloso hacia la fuente de piedra, el olor parecía venir de esa esquina junto a los arbustos.

–¡Teo! –Carmen lo llamó con una voz débil.

Teodoro apresuró el paso y la encontró tirada detrás de la fuente. De inmediato guardó su arma y la ayudó a levantarse. Junto a ella estaba un palo de madera tirado, con una mancha de sangre en la punta.

Carmen se quitó la mano de la frente y Teodoro notó que era su sangre la que estaba en el palo.

–¿Qué fue lo que pasó?

–El mago, está aquí. –Dijo tomando su arma. –Creo que está herido, alcancé a disparar antes de quedar inconsciente.

Teodoro ya había sacado nuevamente su arma. –¿Lo viste?

–No. Llegó por atrás.

Un ruido los hizo voltear hacia la casa, en donde un niño estaba atravesando la cerca hacia el interior.

–¡Oye! ¡Detente! –Carmen exclamó, corriendo hacia él.

–Espera. –Teodoro la detuvo del brazo. –Solo espera. Es un niño.

–Él tuvo que haber visto para donde se fue. –Carmen lo miró con desesperación.

–O puede haber alguien más y nos está llevando hacia una trampa. – Respondió Teodoro sin soltarla. –No sabemos de quien es la casa, no podemos solo brincarnos detrás de él.

–¡Es la casa del mago!

–¡Eso no lo sabemos! –Teodoro sopló tranquilizándose. –Matías dijo que estaba cerca pero no especificó cual.

Carmen suspiró, odiaba perder el tiempo cuando el mago estaba a unos cuantos metros de ella, pero Teodoro tenía razón en esperar. Movi6 su brazo bruscamente, soltándose de la mano de Teodoro y quitándose el sudor de la cara.

–Son los cuerpos, ¿verdad? –dijo Teodoro refiriéndose a la fuente, haciendo

una mueca ante la peste.

Carmen asintió y le mostró la parte de atrás en donde en medio de la tierra habían fragmentos de huesos que había desenterrado antes de ser atacada.

–Hay más. –Carmen llevó a Teodoro hacia los arbustos.

Teodoro reprimió las ganas de vomitar al ver los gusanos saliendo de la nariz, boca y ojos del cadáver.

–Solo está la mitad del cuerpo.

Teodoro miró a Carmen sin poder ocultar su expresión de asco.

–Sin duda fue el mago, los partía en el espectáculo, ¿no? –Carmen miró junto al cadáver para ver si habían más. –Este es reciente.

Teodoro empujó los arbustos, buscando la otra mitad del cuerpo.

–¿Qué decía el letrero? –Preguntó Carmen.

–Una advertencia. –Teodoro sacó un pañuelo y se lo dio.

–Bueno, encontramos el lugar. El jefe sabrá a quien mandar, por ahora agarremos al desgraciado. –Carmen tomó el pañuelo y se limpió la sangre.

Teodoro la detuvo una vez más.

–Independientemente de quien sea esta casa, tiene cadáveres en su jardín, ¿de verdad crees que no voy a entrar a averiguar? –reclamó Carmen.

–Daremos la vuelta y tocaremos, ahí podrás hacer todas las preguntas que quieras sin que terminemos muertos o en el mejor de los casos, desempleados.

Carmen entrecerró los ojos analizando a su compañero. No era común ver a Teodoro fuera de sus casillas, era el tipo más paciente que conocía. Tal vez este caso sí era mucho para él. Suspiró y asintió dos veces. –Está bien. –Dio la vuelta y regresó al camino que llevaba al claro.

Una vez ahí, Teodoro siguió al sendero sin detenerse, Carmen caminaba detrás de él, pero se detuvo a leer el letrero que estaba en la estaca.

Si llegaste hasta aquí, hasta aquí llegaste.

Carmen se rió del juego de palabras. Cualquiera que leyera el letrero sin saber que se trataba de un punto de referencia para encontrar restos humanos, lo calificaría como un tonto y que se trataba de una broma, pero Teodoro y Carmen habían entendido la amenaza.

El sol descendió mientras se acercaban a la casa. Al llegar a la puerta, la temperatura había bajado y los últimos rayos iluminaban la copa de los árboles.

Carmen tocó con exagerada fuerza. Era una casa gigante, se preguntaba si la escucharían desde el tercer piso. Teodoro permaneció en silencio, vigilando.

Su mirada se detuvo en la caballeriza que estaba a un lado de la casa, nadie parecía abrir la puerta, así que decidió ir a investigar.

–Tenemos que entrar. –Murmuró Carmen al ver que la puerta estaba cerrada con llave. Dio unos pasos atrás para ver por las ventanas. No parecía haber nadie, y no se escuchaba ningún ruido en el interior.

–Vámonos. El jefe mandará a alguien. –Dijo Teodoro desde la entrada a la caballeriza. No habían caballos y no había encontrado nada sospechoso.

–¿A quién crees que va a mandar? Es nuestro caso. –Carmen preguntó. –Escucha, puedes regresar si quieres, yo no me iré de aquí sin capturarlo.

Teodoro se ajustó el pantalón pensando en alguna solución, pero la puerta de la casa se abrió en ese momento.

–¿Hola? –Carmen fue la primera en empujar la puerta, al ver que nadie había salido. –¿Buenas?

Teodoro sacó su arma y entró a la casa detrás de Carmen.

El interior parecía catedral, con altos techos decorados con figuras de bronce. Todo había sido decorado, desde los muebles hasta las paredes. Carmen redujo el paso, distrayéndose con el lujo frente a sus ojos.

Teodoro reconoció algunas de las pinturas de las paredes, su padre era un español adinerado y había visitado haciendas de ricos de niño. Aunque el diseño le parecía atractivo, estaba lejos de impresionarse como Carmen, para él fue más fácil mantener la cabeza en el caso. –Dicen que por estas casas hay fantasmas. –Intentó bromear al encontrar la casa vacía.

–Es el niño. –Carmen señaló las huellas en el piso. Habían huellas que se dirigían a la puerta y otras hacia un gran salón en donde estaba el comedor.

–¿Buenas tardes? Somos policías, –anunció Teodoro. –Solo queremos hacerles una preguntas.

–Teodoro, –Carmen le mostró un papel que estaba sobre la mesa, en donde había un escrito sobre Felipe Espinoza, un asesino que se estaba haciendo famoso por salir en la primera plana de los periódicos.

Un estallido los sorprendió, y un jarrón que estaba en una esquina detrás de Carmen, cayó al piso haciéndose pedazos. Carmen y Teodoro retrocedieron escondiéndose detrás de los muros, y apuntando hacia la puerta de donde había venido el disparo. Carmen consideró salir detrás de él, pero un segundo disparo dejó un hueco en la pared en donde ella se escondía.

Carmen abrió fuego, y le hizo una señal a Teodoro para que la cubriera. Cuando Carmen abrió la puerta, solo encontró el cuarto vacío con una ventana

abierta y un rifle tirado en el suelo.

–¡Me lleva! –gritó asomándose por la ventana.

Teodoro levantó el rifle y se asomó a la ventana junto a Carmen.

Enfurecida, Carmen salió de la casa y la rodeó para llegar a la ventana, desde ahí miró hacia los árboles y hacia la calle, sin tener la menor idea de la dirección que habría tomado.

–¡Virgencita santa!

Carmen volteó hacia la mujer que había exclamado. Una señora mayor la miraba asustada con las manos juntas como si estuviera orando, junto a ella había una canasta de frutas tirada.

–¿Vio a un niño o a un señor salir por esta ventana?

–¡No, yo no vi nada! –la señora recogió las manzanas que habían rodado. –
¿Anda atrás de un niño? –preguntó alarmada, –¿cómo vino a dar aquí?

–¿Se encuentra bien? –Teodoro ayudó a la señora a levantarse. –¿La atacó?

–No hijo, pero que bueno que llega porque esta me ve como si quiere zangolotearme. –La señora echó una mirada despectiva a Carmen.

Carmen alzó las cejas, –no habla de mí, sino del hombre que buscamos.
¿Está segura de que no vio a nadie?

La señora negó con la cabeza.

–¿Usted es de aquí? ¿Sabe de quién es la casa? –le preguntó Teodoro.

–Sí por ahí cerca vivo, y vaya uste a saber de quien es la casa, y aunque lo supiera no le digo nada. Figúrese que a Prudencio lo mataron por andar de boca suelta. ¡Ni que fueran mis tierras pa andar dando explicaciones!

y se fue deprisa, mirando temerosa por su hombro para asegurarse de que no la siguieran.

–Escuche, –Teodoro tomó un brazo de la mujer. –Hay gente peligrosa aquí, si usted sabe-

–Déjala, –lo interrumpió Carmen, –es inútil estamos perdiendo el tiempo.

Teodoro suspiró. –Bueno, solo veníamos por evidencia, ya los soldados se encargarán de aprehenderlo. No es nuestro trabajo y debemos regresar. –Al ver que Carmen no estaba convencida, continuó, –aunque quisiéramos ir detrás de él, está oscuro, estaríamos tropezando en cada árbol y nos mataría a ambos antes de alcanzarlo, él conoce la zona, nosotros no.

Carmen puso las manos detrás de la nuca y asintió.

–¿Qué estabas pensando antes? –preguntó Teodoro mientras caminaban de regreso al carruaje.

–Que lo vamos a encontrar, y lo vamos a encerrar.

–No, –Teodoro sacudió la cabeza. –Antes, cuando veníamos en camino. Estabas muy concentrada en algo, ni siquiera me escuchaste cuando te hablé.

–Ah, –Carmen sacudió una mano, –nada importante.

–Puedes decirme, –Teodoro insistió.

–Solo estaba recordando cuando nos conocimos. –Carmen se aclaró la garganta, –mis primeras semanas en la estación.

Teodoro asintió y siguió caminando. –¿Qué cambió?

–¿Hmm?

–Cuando Álvaro dejó de odiarme me empezaste a odiar tú, y después, no sé si fueron dos o tres meses, pero un día dejaste de odiarme. ¿Qué fue lo que pasó?

Carmen se tronó los nudillos. –No te odiaba.

–¡Claro que sí! –Teodoro soltó una carcajada, –Carmen, eres la persona más expresiva que conozco, créeme, sé cuando alguien no está en tu gracia.

–¿Mi gracia? –Carmen sacudió la cabeza riendo, después miró a Teodoro poniéndose seria. –Tu papá.

Teodoro se detuvo y su rostro se puso pálido. –¿Qué sabes de él?

Carmen se detuvo unos pasos delante de él pero no dio la vuelta al hablar. – Cuando te fue a ver al cuartel, yo estaba ahí.

Teodoro soltó una risa nerviosa. –¿Me estabas espionando?

–No, por supuesto que no. –Carmen dio la vuelta y lo miró a los ojos. –Me regresé porque había olvidado algo pero al verte con él hablando no quise interrumpir. Dudé, sabía que tenía que marcharme, pero... ese tipo era peor que Álvaro. –Carmen negó con la cabeza. –Lo que te dijo ese día...

Teodoro cambió su peso al otro pie, sintiéndose incómodo y avergonzado, pero no culpaba a Carmen. –Nada de eso importa.

–Claro que sí. –Carmen miró a su alrededor, como si las ramas de los duraznos o chabacanos pudieran darle las respuestas que necesitaba. –En ese momento supe que no te habías dejado intimidar por Álvaro durante todo ese tiempo, simplemente estabas acostumbrado a tratar con patanes.

La salida de Chimalistac tuvo un sabor amargo para Carmen. Más allá de la victoria de encontrar la evidencia de los asesinatos y cumplir su objetivo, se sentía más como un fracaso en atrapar al mago. Era una oportunidad, quizá la

única que tendría de acercarse en esa proximidad a él.

–Pensábamos buscarlo en la otra dirección.

–¿Cómo puedes estar tan segura de que era él? Es decir, no lo viste.

–Ya no lo sé. Fue un golpe fuerte pero un tipo como él me habría matado.

¿No lo crees?

–¿Qué estás diciendo?

Carmen rió asombrada. –Creo que me atacó el niño.

Ambos permanecieron pensativos por un largo rato, hasta que Teodoro rompió el silencio.

–¿Qué te pareció la casa? ¿Habías visto algo así?

Carmen movió la cabeza rápidamente negando, a lo que Teodoro rió en respuesta. –¿Y bien? ¿qué te pareció? No negarás que aunque sea por un segundo te imaginaste viviendo en un lugar así.

–¿Crees que eso sería mejor? –preguntó Carmen subiendo el tono, indignada.

Teodoro se sorprendió con su reacción, –¿tener agua, comida, techo, y una cama cómoda? Sí, tal vez pienso que sería mejor que el lugar en el que vives.

–Las mujeres ya la tienen difícil, pero para las ricas es peor. –Carmen miró hacia la calle, pensando en la manera en la que esas mujeres tenían aún menos posibilidades de rebelarse. Vendidas a otros hombres desde la infancia, observadas en todo momento, sumisas desde su primera respiración hasta la última. –Prefiero la austeridad siendo dueña de mí misma, a una lujosa condena perpetua sirviendo a otros.

–El señor Urrutia salió del cuartel al escucharlos llegar. Miró seriamente los rostros de Carmen y Teodoro buscando respuestas.

–Ahí están los cuerpos, los vimos. –Le dijo Carmen bajándose del carruaje.

El señor Urrutia asintió, pero estaba lejos de verse complacido. –Pónganlo libre, pues. Ahí en mi silla está el papel con la dirección, llévenlo ahí.

Carmen y Teodoro lo vieron marcharse.

–Creí que se alegraría. –Teodoro frunció el ceño.

Carmen dio la vuelta, –hay gente que defiende al mago, no me sorprendería si lo amenazaran para que se haga a un lado.

Álvaro era el único que quedaba en el cuartel. Teodoro y Carmen se sorprendieron de verlo ahí a esa hora, Álvaro los miró pasar pero ninguno

dijo una palabra.

Matías se enderezó al ver a Carmen y Teodoro entrar a la habitación. Teodoro le quitó las esposas a regañadientes. Carmen permaneció en la entrada, observándolo.

–Eres libre. Te llevaremos a un sitio seguro. –Teodoro no escondió su disgusto por Matías.

Matías le sonrió orgulloso mientras se frotaba las muñecas. Se levantó y se estiró tomándose su tiempo, a lo que Teodoro respondió con un ademán de fastidio.

–Iré por mis cosas. –Dijo Carmen y caminó hacia el fondo del cuartel.

Teodoro asintió, –yo iré por la dirección.

Carmen le echó una mirada desaprobatoria, y después a Matías.

Teodoro soltó una pequeña risa, –ahí está Álvaro, ¿crees que es tan estúpido como para intentar algo en el cuartel?

–¿No es que soy libre?

Carmen sacudió la cabeza y se fue.

Álvaro estaba recostado con los pies encima de su escritorio como acostumbraba hacer cuando el señor Urrutia no estaba.

Matías se aclaró la garganta, llamando su atención.

Álvaro bajó el periódico y alzó las cejas mirando a Matías.

–¿Qué se siente seguir órdenes de una mujer? –bromeó Matías, mirando hacia atrás para asegurarse de que no lo escucharan.

Álvaro se levantó y se paró frente a Matías con una mirada retadora. Escupió al piso y se cruzó de brazos frente a él. Álvaro era alto, sobretodo en comparación de sus compañeros que no median más de 1.60, pero Matías también.

Matías se mantuvo derecho, sin incomodarse frente al tosco y fornido policía que tenía frente a él, como si hubiera esperado esa reacción. Volteó nuevamente a ambos lados y se acercó al oído de Álvaro.

Álvaro frunció el ceño confundido, pero escuchó atento. .

–Siendo honestos, se castigan uno de trescientos casos, los delincuentes dan nombres falsos y sus registros, –Matías sopló, –bueno sus registros dan pena.

Álvaro entrecerró los ojos, por primera vez esperando a que Carmen apareciera para llevarse al criminal.

Matías recargó su peso en el otro pie, acercándose un poco más a Álvaro – Escucha. Este caso esta perdido. Lo único que esos dos encontrarán será más

caminos en lo que ellos creen que es el final del laberinto. Lo que se necesita es un hombre como tú, un hombre capaz de dar resultados. –Matías sacudió una mano, –no mujeres intentando ser heroínas que se creen iguales a nosotros. Tú y yo sabemos perfectamente cual es su lugar, –Matías lo miró a los ojos, –y cual es el tuyo.

Álvaro asintió dejándose llevar por Matías. La conversación comenzaba a hacerle sentido.

–¿Qué quieres?

–Ven a verme. Te tengo una propuesta.

–¿En dónde está Teodoro? –Carmen estaba parada detrás de ellos.

Álvaro echó una última mirada a Matías y después se dirigió a Carmen. – Sigue ahí dentro.

Carmen no había escuchado su conversación pero no le gustaba que estuvieran hablando entre ellos, a pesar de su mala relación con Álvaro, no desconfiaba de él, pero no podía decir lo mismo de Matías.

–¿Estamos listos? –preguntó Matías fingiendo inocencia.

Teodoro salió de la oficina del señor Urrutia. –Muévete. –Empujó a Matías hacia fuera, aunque no lo hizo con fuerza.

Carmen miró a Álvaro antes de salir detrás de Matías y Teodoro. Álvaro estaba pensativo, pero su expresión no le decía nada a Carmen.

–¿De qué estaban hablando?

Matías suspiró. –Solo puedo decir que me dio gusto verla ahí. Pensé por un momento que ese hombre se interpondría en la investigación o mi libertad.

Teodoro se tocó el bolso del pantalón, –espera, ya vuelvo.

Matías se subió al carruaje y desde ahí observó la luna. Carmen se subió a un lado de él y puso una mano en su pistola.

Matías la miró por la periferia de su ojo y se rió, –no vas a dispararme.

Carmen lo ignoró y mantuvo su postura firme.

–Es hermoso su brillo, ¿no crees?

Carmen miró de reojo la luna, estaba llena, y el cielo despejado, pero no le dio ninguna importancia al comentario.

–No tiene luz propia, la luna solo refleja la luz del sol. –Matías miró la palma de su mano. –Igual que algunas personas.

Carmen lo miró con indiferencia.

–Eres una mujer educada, te escucho a ti, a Teodoro, su manera de hablar no es igual a los otros. Álvaro, la gente de aquí, nadie percibe ciertas cosas, ¿no es así?. Ellos viven con un sistema, son distintos, se podría decir que, no tienen luz propia.

Carmen volteó hacia el cuartel, preguntándose lo que hacía a Teodoro tardar tanto.

–Tú eres de rancho y él de hacienda. Una india y un mestizo. –Matías seguía mirando la luna, –una guerrera y un conformista.

–¿Es que nunca dejas de hablar?

Matías se giró en el asiento, viéndola de frente. –Esto no va a terminar bien. Tú crees que estás cazando al Sahir Saitám, pero él es quien los está cazando a ustedes.

–¿Pasa algo? –Teodoro preguntó al ver la tensión entre Matías y Carmen.

Carmen negó con la cabeza. –¿Por qué tardaste tanto?

–Regresé a buscar algo pero Álvaro me entretuvo. Quería saber a dónde lo llevábamos.

Matías sonrió al escucharlo y regresó la mirada a la luna.

–¿No vienes? –Carmen vaciló en la puerta mientras Matías recorría el interior de la casa.

Teodoro cruzó los brazos y se recargó en la pared de afuera. –Aquí te espero. Prefiero estar alerta en caso de que alguien venga a buscarlo.

Carmen alzó una ceja pensando en la improbabilidad de que alguien los encontrara. –Revisaré rápido el lugar en lo que llega Joaquín.

Teodoro asintió y dio la vuelta, mirando hacia ambos lados de la calle.

–Está bien. –Matías estaba parado al centro de la estancia con una mano en su pantalón y la otra sosteniendo un candelabro. –Es suficiente por ahora.

Carmen tomó el candelabro de su mano y observó a su alrededor. Habían cuadros colgando en las paredes, aunque no les dio suficiente importancia como para alumbrarlos. A un costado había una mesa de madera con dos sillas, y un estante con objetos de cocina y algunos jarrones. Caminó hacia el fondo en donde estaba la puerta que daba al cuarto de dormir.

La madera de la puerta crujió al abrirse, haciendo eco por la pequeña casa. Carmen echó una mirada a Matías, quien seguía de pie en la estancia, ahora con las dos manos en los bolsillos del pantalón, Carmen no lograba ver su expresión en la oscuridad, apenas distinguía su silueta, pero era suficiente con saber que estaba ahí. Miró hacia afuera para asegurarse de que Teodoro estuviera en la puerta y después entró a la habitación, en donde había solo un catre y un mueble pesado de madera. El lugar era sencillo pero el espacio no se sentía cerrado como cuando ella entraba al cuarto en donde vivía. Aún en la austeridad, podía sentir la superioridad de la casa. Carmen sacudió la cabeza ahuyentando sus complejos.

–¡Ya está aquí! –exclamó Teodoro desde la entrada.

Carmen le entregó el candelabro a Matías. –Te estaremos vigilando. Por tu propia seguridad, por supuesto. –Agregó con una sonrisa falsa.

Matías le devolvió la sonrisa. –Por supuesto.

Carmen volteó hacia la puerta pero se detuvo antes de llegar a ella. –¿No te preocupa que te esté buscando el mago? Tú y yo sabemos lo que te hará si te encuentra.

Matías la miró con curiosidad. –Sí y no. –Dijo tranquilamente, –el mago está buscando a alguien pero no es a mí, y no estés tan segura de lo que el mago hará, después de todo, tiene muchos trucos bajo la manga.

Carmen asintió entretenida, –¿quién sabe? Tal vez aparezca por arte de magia en el cuartel.

–Tal vez, –Matías sonrió nuevamente, alzando las cejas.

–¿Lista? –Teodoro la presionó desde la puerta.

Carmen alzó un dedo, –espera, –regresó la mirada a Matías, –sé que me estás escondiendo algo.

–Todos tenemos secretos.

–Quizá, –Carmen asintió, –pero a ti tus secretos te condenan.

–A todos. No tienen que ir contra la ley. –Matías bajó la voz, –a veces guardar el secreto es la condena misma. Angélica estaría de acuerdo, ¿no lo crees?

Las manos de Carmen se helaron al escucharlo decir su nombre.

Joaquín golpeó la puerta haciéndola brincar. –¿Qué chingados? ¿Quieren irse a una taberna a platicar? –Teodoro estaba parado detrás de él.

–Me parece que ya se estaba yendo. –Matías le sonrió nuevamente a Carmen. –Buenas noches a todos.

Carmen salió de la casa con pasos rápidos, los hombros caídos y la mirada hacia el suelo. Teodoro echó una mirada a Matías y asintió a Joaquín en despedida, después se apresuró para alcanzar a Carmen.

–¿Qué fue lo que pasó? ¿Te amenazó? ¿Te hizo algo?

Carmen sacudió la cabeza. –Nada de eso.

–¿Entonces? –Teodoro la detuvo y se paró frente a ella. –¿Qué es?

Carmen lo miró de pies a cabeza, sabía que podía confiar en él pero no estaba lista para hablar del tema.

–Nos vemos mañana. –Carmen sopló, –tenemos que encontrar al mago.

–Carmen. –Teodoro insistió mientras ella se alejaba; pensó en ir tras ella pero la conocía bien y no era buena idea hacerlo. La miró partir hasta que se volvió una silueta más.

Carmen dio vueltas en su cama sin poder dormir. No podía entender como Matías se habría enterado de un secreto que ella nunca le había contado a nadie. Pensó en la conversación que habían tenido Álvaro y Matías, pero ni siquiera Álvaro conocía esa historia, no había forma de que se la hubiera

contado él.

A la mañana siguiente, Carmen fue la primera en llegar al cuartel. En lugar de dirigirse al área que compartía con los demás policías, se sentó en la silla en donde Matías había sido interrogado.

–¿Carmen? ¿Qué haces ahí? –El señor Urrutia la miraba desde la puerta.

Carmen se levantó, –solo trataba de pensar en donde comenzar la búsqueda del mago, señor.

–De eso quería hablarte. El inspector general se encargará de ahora en adelante. –El señor Urrutia se aclaró la garganta al ver la expresión insatisfecha de Carmen. –Ya está decidido.

Las cejas de Carmen se alzaron con sorpresa y finalmente asintió sin estar de acuerdo con la decisión. No estaba segura si el inspector tomaría en serio el caso, o dejarían simplemente que el mago se escapara por ser una figura pública. –¿Qué pasará con Matías?

El jefe alzó un hombro, –estoy seguro de que el inspector hablará con él. Vigílalo por ahora, pero ya no tengas contacto con él, a partir de ahora no tenemos nada que ver con el caso.

–Yo debería hablar con el inspector, he estado en el caso desde el principio, tengo información que-

El señor Urrutia la interrumpió, –el inspector no hablará con una mujer sobre el tema.

–Tendrá que hacerlo, yo sé lo que-

–Teodoro hablará con él. Él también ha estado en este caso desde el principio.

Carmen apretó los labios, conteniéndose. Sí, seguro Teodoro podría ponerlos al tanto, pero ella había sido la más involucrada en el tema.

–Ya hemos perdido bastante tiempo con esto, nuestra función no es investigar, nuestra función es el aseo, la seguridad y el orden.

Carmen siguió al señor Urrutia afuera del cuarto. Los demás ya habían llegado y estaban sentados comiendo pan y café. Al ver al señor Urrutia se enderezaron.

–Señor, –Teodoro se levantó de su asiento, y le entregó un sobre al señor Urrutia. –Joaquín vino hace un momento a dejarle esto.

–¿Vino? ¿No estaba vigilando a Matías? –Carmen preguntó exaltada.

El señor Urrutia miró a Carmen.

Carmen dio un paso atrás, incrédula. –Dijo que lo vigilaríamos por ahora, ¿de qué sirve que alguien más se involucre si desaparece ese sujeto? Sin Matías no tenemos nada que relacione al mago con los cuerpos. Todo lo que hemos avanzado-

–Están partidos a la mitad, –interrumpió Gustavo conteniendo la risa, –ahí está tu evidencia.

–Tal vez no hay nada que relacione al mago con los cuerpos, porque no es más que un cuento que te creíste. –Álvaro se levantó de su silla y caminó hacia Carmen, –todo esto no ha sido más que una pérdida de tiempo para todos en el cuartel. Eres un chiste.

–Álvaro. –El señor Urrutia le puso la mano en el pecho para impedir que se acercara más a ella. –Salgan a poner orden, hagan su maldito trabajo. –Dijo antes de dar la media vuelta.

Gustavo fue el primero en salir del cuartel, el señor Urrutia detuvo a Teodoro en la puerta y habló brevemente con él. Carmen no escuchó la instrucción pero vio a Teodoro asentir.

–Ya escuchaste, –Álvaro le dijo al oído mientras se ponía su chaleco, –a trabajar.

Carmen se quedó de pie en el ahora vacío cuartel. Al salir encontró el sobre que le había entregado Teodoro al señor Urrutia en el suelo. Aún estaba cerrado. Lo levantó para llevarlo a la oficina del jefe, pero al darle la vuelta encontró una firma elegante en cursiva: Sahir Saitám. Carmen salió apresurada a buscar al señor Urrutia.

Sin saber hacia donde se habría ido el jefe, decidió abrir la carta. La hoja tenía solo una frase en el centro, con la misma letra de la firma:

Lo que pase después, es en memoria de Leopoldo.

Carmen no entendió el mensaje, volteó el sobre nuevamente para asegurarse de que había leído bien la firma. Metió la hoja nuevamente al sobre y corrió hacia la casa en donde se estaba quedando Matías. Si Joaquín había llevado el mensaje, entonces el mago había ido a la casa.

Llevaba veinte minutos corriendo y estaba a solo unas cuadras de la casa, cuando escuchó su nombre desde el otro lado.

–¡Carmen! –Teodoro cruzó la calle para alcanzarla. –¿Qué haces aquí?

–Voy a ver a Matías, ¿tú qué haces aquí?

–El jefe me pidió que viera al inspector en la casa. Estuvimos hablando con

Matías.

–¿Viste a Joaquín? Creo que el mago fue a verlos anoche.

–El mago es inocente, Carmen. Lo siento. –Teodoro puso una mano sobre el hombro de Carmen.

Carmen se soltó de Teodoro. –¿De qué estás hablando?

–No has visto el periódico esta mañana, ¿verdad? Encontraron al mago. Matías mintió todo este tiempo.

Carmen lo miró boquiabierta, esperando el final del chiste. Tenía que tratarse de una broma.

–Tenemos que regresar al cuartel, avisarle a los demás sobre lo que está pasando.

–¿Qué hay en el periódico?

Teodoro sacudió la cabeza, perturbado, –el señor Urrutia está en primera plana. El mago hizo público que trató de culparlo de asesinato.

–¡Estás bromeando!

–Hay más... Lo acusan de asesinato. Al parecer hace unos años asesinó un tal Leopoldo.

–¿El señor Urrutia? –Carmen se recargó en una pared tras sentir un mareo.

–Carmen.

–Dame un momento, solo dame un momento.

Teodoro se recargó en la pared junto a ella. –No fue tu culpa, cualquiera hubiera hecho lo mismo.

–No lo creo.

–No seas tan dura contigo.

–No, no me entendiste. No creo que el mago sea inocente, no creo que Matías haya inventado todo.

–Pero eso fue lo que pasó. Carmen, escúchame. El señor Urrutia está en serios problemas, tú y yo tenemos que regresar al cuartel y avisarle a los demás.

–¿Matías?

–El inspector se encargará de él. Ya no hay nada que podamos hacer, de hecho dicen que ya hicimos suficiente.

Álvaro estaba en el cuartel cuando regresaron Teodoro y Carmen. Tenía la cara roja y estaba cubierto en sudor.

–¿Es cierto? –preguntó en una voz amenazante.

Teodoro se acercó para tranquilizarlo pero Álvaro le lanzó un golpe a la

cara haciéndolo caer detrás del escritorio. Álvaro avanzó hacia Carmen y la tomó de ambos brazos.

–¿Es cierto eso?! –exclamó sacudiéndola.

Carmen bajó los codos y golpeó el brazo de Álvaro soltándose de él. Antes de que Álvaro pudiera hacer algo, azotó su cabeza contra la de él y le dio un golpe con la pistola en la nariz.

Teodoro se levantó de inmediato poniéndose entre ellos, Álvaro con la nariz sangrando y Carmen apuntándolo con el arma.

–¡Tranquilicémonos todos! ¡Este no es el momento para eso! En cualquier momento-

Gustavo entró al cuartel azotando la puerta y gritando, –¡El jefe está muerto!

Álvaro, Carmen y Teodoro lo siguieron apresurados a la calle de atrás, en donde estaba el cuerpo del señor Urrutia. Algunos curiosos ya estaban rodeándolo, la mayoría con expresiones de pánico.

Álvaro y Carmen los hicieron a un lado para ver el cuerpo.

Tenía el pecho descubierto en donde habían dibujado el número uno con su propia sangre. Su cuello estaba abierto y la sangre había dejado una gran mancha junto a él.

Gustavo le pidió a la gente que retrocediera mientras los demás examinaban el cuerpo.

–¿Qué significa esto? –Teodoro preguntó exaltado.

Álvaro miró a ambos lados como si estuviera buscando al culpable. –
¿Cómo fue que lo encontraste? –le preguntó a Gustavo.

–Estaba caminando nada más, haciendo mi ronda, y escuché un grito. Al acercarme lo vi tirado pero solamente estaban estas personas.

Álvaro miró a su alrededor y se dirigió a las personas que se acumulaban en la calle. –¡No hay nada que ver aquí! ¡Váyanse a sus casas!

–Deja que ellos se encarguen, –Teodoro jaló a Carmen del brazo, aprovechando que Álvaro estaba distraído. –Vamos.

Carmen accedió dudosa.

Teodoro y Carmen entraron a un café. Al fondo habían unos señores jugando a las damas, y en otra mesa estaban dos señores fumando puros, las demás mesas estaban vacías.

–La carta que le mandó Joaquín, la leí. –Dijo Carmen al sentarse.

–¿Qué decía?

–Lo que pase después es en memoria de Leopoldo.

Teodoro asintió, –tiene sentido. Alguien vio el periódico y buscó venganza. Carmen se hizo para atrás y se llevó un dedo a los labios.

–¿No te parece?

–No, creo que Matías y el mago tienen algo que ver.

–¡El mago es inocente! –Teodoro se aclaró la garganta al ver que los dos caballeros que estaban fumando lo voltearon a ver. –El mago es inocente, – repitió en voz baja.

Carmen se inclinó hacia delante. –Creo que Matías sabe mucho de nosotros. Al menos sobre mí.

–¿Por qué lo dices?

–Ayer lo confronté, le dije que estaba escondiendo algo y me dijo que todos tenemos secretos. –Carmen desvió la mirada, –me habló de uno mío.

–¿Un secreto tuyo? –Teodoro preguntó confundido.

Carmen suspiró, –desde niña he tenido bien claras mis ideas y mis creencias, siempre quise hacer una diferencia en mi entorno. Me apasionaba, tal vez demasiado, por defender mi causa a capa y espada. Reunía a niñas de mi edad y hablaba sobre lo que las mujeres toleraban, y que nosotras no debíamos convertirnos en eso. Les enseñaba a pelear, a defenderse, a encontrar su valor.

Teodoro sonrió de forma compasiva.

–Pero no pasó mucho tiempo antes de darme cuenta de que mi forma de actuar no era heroica, era más bien egoísta; y no me detuve hasta que alguien finalmente salió herido.

Teodoro esperó recargado en su asiento. Su mirada era atenta pero no era la mirada compasiva tan típica de él.

–Había una mujer, Angélica. Yo tenía catorce años y ella veintinueve. Su esposo no era mexicano pero vaya que era un macho hecho y derecho. Angélica me escuchó hablar un día, y me dijo que las niñas se impresionaban fácil, me pidió que lo dejara de hacer antes de que sus padres o hermanos las escucharan. No era la primera vez que alguien me pedía que me detuviera, y no fue la primera vez que lo ignoré.

Teodoro miró hacia las otras mesas incómodo, pero después regresó la mirada a Carmen. –Perdón, continúa.

–Algo le gustó en el fondo a Angélica porque asistió a otras pláticas, hasta que un día su esposo la encontró ahí. Todas sabíamos que su esposo la golpeaba, a ella y a su hijo que tenía mi edad. El tipo le gritó y Angélica se apresuró tras él pero yo no la dejé. La tomé del brazo, diciéndole que no se

dejara, ¡que hiciera algo! –Carmen se limpió una lágrima, –Angélica me estaba diciendo que no, pero yo no la soltaba y supongo que él pensó que era él a quien ella le decía que no. Se dejó ir contra ella, creo que solo quería llevársela pero en los empujones Angélica se golpeó contra una madera y cayó al suelo inconsciente; y ya no despertó.

Teodoro estaba en silencio, imaginándose la historia.

–Hui. Todas huimos. Dejamos ahí al señor con Angélica tirada y no regresamos. Nunca más supe nada de él. Y nunca más volví a hacer reuniones o pelear por mis ideas. No sé como Matías podría conocer la historia.

–¿Crees que Matías te estaba amenazando al mencionarlo?

–Creo que es una probabilidad. Al igual que el señor Urrutia recibió un recordatorio de su pasado.

Teodoro suspiró. –Entonces tendremos que encontrar al que esté detrás de esto.

–Gracias, Teodoro. Eres un buen amigo.

Teodoro le sonrió a Carmen. –Vámonos antes de que nos cobren por haber venido a sentarnos nada más. –Bromeó.

8

La tensión era palpable en el cuartel. Eran las siete de la mañana con doce minutos, y el nuevo comandante aún no llegaba. Álvaro estaba sentando en un extremo y Carmen en el otro. Teodoro y Gustavo estaban en medio de ellos y nadie sabía nada de Joaquín. Teodoro había sido el último en verlo, dos días atrás, cuando le entregó la carta para el comandante. Gustavo había sugerido entre bromas que su ausencia tenía que ver con exceso de mezcal.

A las ocho con cuarenta entró al cuartel un hombre robusto, de mediana estatura, con bigote blanco y poco cabello. Su apariencia era casi cómica, comparándolo con el señor Urrutia, que era un hombre alto y con porte militar, siempre derecho y con la frente en alto, el nuevo comandante se paraba como si tuviera un bastón imaginario, reclinado hacia un costado.

—Señores... señora. —Recorrió a todos con la mirada. —Urrutia me habló de ustedes. Es una tragedia lo que ha pasado, pero sin pelos en la lengua, me viene bien el cambio.

—¿Viene de otro cuartel? —preguntó Carmen al ver que nadie más decía nada.

—Sí. Me tuve que traer todos mis triques a la otra calle para estar en este cuartel, la señora no está muy contenta, pero... ¿qué mas da? Me ofrecieron unos pesos más y pos, yo los tomo.

Los policías intercambiaron miradas, decepcionados ante lo que sería el nuevo jefe, pero al menos era accesible. El señor Urrutia habría sido cortante con sus respuestas.

El señor Eradio se quedó pensativo mientras los observaba. —¿Qué no eran cinco? ¿quién falta?

—Joaquín Pérez, señor. —Álvaro se levantó de su asiento. Le sacaba al menos una cabeza al comandante. —Estaba asignado a la casa del asistente del mago para vigilarlo pero desde que nos pidieron que nos hiciéramos a un lado, —le echó una mirada acusadora a Carmen, —no regresó a la estación.

—Ah sí. El famoso caso del mago. —El señor asintió con una sonrisa, como si estuviera recordando un chiste. —¿Es cierto que un charlatán les hizo creer que el Sahir Saitám era un asesino?

Álvaro sacudió la cabeza riendo. —No a todos, señor.

—Bueno ya me contarán todo después. Mi nombre es Eradio Calles, y soy su nuevo comandante. —Agachó la cabeza como en reverencia y se metió a la

oficina que antes ocupaba el señor Urrutia.

–Eso fue... interesante. –Gustavo miró a los demás pero se detuvo en Álvaro, esperando su opinión.

–No le doy ni un mes. –Álvaro dijo sin dirigirse a nadie en particular. Se levantó y salió del cuartel.

Gustavo miró a Carmen y a Teodoro y alzó los hombros. –Pensó que lo iban a hacer comandante a él.

–Voy a ver al inspector, nos vemos más tarde. –Teodoro le avisó a Carmen.

–Te acompaño. –Carmen se levantó.

–No, créeme no querrás conocerlo. Es peor que Álvaro. –Teodoro hizo una mueca exagerada de disgusto y se marchó.

Carmen pensó en seguirlo pero no tenía ningún sentido. En lugar de salir, tocó a la puerta del nuevo jefe. Al no recibir respuesta la abrió y asomó la cabeza. El señor Eradio tenía la cabeza recargada en su mano y los ojos cerrados. Carmen tocó la puerta más fuerte, haciendo al comandante enderezarse revolviendo los papeles que tenía frente a él.

–Sí, sí...

Carmen se aclaró la garganta, –¿alguna instrucción, señor?

–No. –El señor Eradio se ajustó la camisa. –Camila, ¿verdad?

–Carmen.

–Instrucción, instrucción, –repitió como si estuviera pensando en la respuesta, –sí, las rondas normales, supongo.

Carmen asintió y salió.

–¡Celina!

Carmen asomó nuevamente la cabeza sin molestarse en corregirlo.

–Ven un momento. –El comandante extendió la mano ofreciéndole el asiento.

Carmen se sentó y cruzó los brazos.

–¿Qué fue todo el tema del mago?

–El señor Matías Ramsés, el asistente del mago Saitám, se entregó la semana pasada para confesar una serie de asesinatos que se llevaron a cabo en el teatro durante las presentaciones del mago.

El señor Eradio se puso una mano en la frente. –Háblame más despacio.

Carmen suspiró. Le irritaba que pusieran a un hombre así como su superior, ella no habría elegido a Álvaro en un millón de años, pero aún él sería mejor opción que el sujeto que tenía frente a ella, quien parecía tener la inteligencia de una bellota.

–El señor Ramsés nos contó lo que el mago hacía en uno de sus trucos. Mataba a personas haciéndole creer al público que era una ilusión.

–¿Hablas de la resurrección?

Carmen asintió.

–Vi esa presentación un montón de veces, el Sahir Saitám es un gran mago, el mejor que he visto.

Carmen frunció el ceño. –No se trataba de un truco, durante ese acto, el mago realmente estaba cortando a la gente en dos.

El señor Eradio soltó una carcajada. –¿No crees que el público se habría dado cuenta de eso?

–Raptaba a gemelos de las víctimas, así era como podía hacer el truco.

–Ajá. –Eradio contuvo una sonrisa.

–¡Encontramos los cuerpos! –exclamó ahora más irritada Carmen.

–¿De verdad? –preguntó en un tono sarcástico. –¿Los cuerpos pertenecían a las víctimas? ¿los identificaron?

Carmen pensó antes de responder. –No. Pero los encontramos en Chimalistac, cerca de la casa del mago.

–Ah, entonces seguramente fue él.

Carmen sacudió la cabeza ofendida. –El mago no es inocente.

El señor Eradio se puso serio. –Como sea, ese caso ya no importa. Me dieron órdenes de vigilarte. A mí me da lo mismo si en el cuartel hay mujeres o asnos, mientras me dejen cobrar mi salario, lo demás me importa poco.

–Al menos están las cartas sobre la mesa.

El señor Eradio la vio marcharse y volvió a acomodarse sobre el escritorio, listo para tomar otra siesta.

Matías abrió la puerta complacido al ver su visita. –Sabía que vendría.

Álvaro esperó en la puerta pero Matías insistió con un gesto para que entrara.

–Será mejor que platiemos adentro.

Álvaro entró relucante, y se paró incómodo en la estancia.

Complacido, Matías caminó hacia la mesa y jaló una silla para Álvaro, después se sentó en la otra.

–¿De qué se trata la propuesta? –preguntó Álvaro mientras tomaba asiento.

–Directo al grano. Me gusta.

Álvaro se rascó la oreja, y le lanzó una mirada impaciente.

Matías hizo a un lado el periódico que estaba sobre la mesa. El titular acusaba a José Urrutia y a otro policía por asesinar a sangre fría a un joven de doce años. Álvaro lo vio y después miró a Matías.

–Es una tragedia lo que le pasó al comandante.

–Era un buen hombre. –Las palabras de Álvaro no combinaban con su rostro inexpresivo.

–Una tragedia. –Repitió Matías. –¿Supieron quién era el segundo policía?

Álvaro movió ligeramente la cabeza, alzando una ceja. Matías señaló el titular. –El señor Urrutia y otro policía... ¿saben quién es el otro?

–Eso fue hace dieciocho años, lo dice ahí abajo. Y hasta donde me concierne pudo haber sido inventado. No es un escrito oficial, cualquier persona influyente lo pudo haber mandado a imprimir.

Matías asintió con las cejas alzadas, –es tan peligroso. ¿No lo cree? Cualquiera con los contactos correctos podría definir el destino de una persona con solo un mensaje.

–¿Me vas a decir lo que estoy haciendo aquí o no?

–Acabo de hacerlo, –respondió sonriendo Matías.

Álvaro pensó en las palabras de Matías pero no lograba conectar el mensaje.

Matías se levantó de la silla y se paró detrás de Álvaro. –No te vendas corto Álvaro, tú eres el contacto, y también eres el mensaje. –Era la primera vez que Matías le hablaba de tú.

Álvaro no solía incomodarse fácilmente, pero en ese momento, sin poder explicarlo sintió que su vida corría peligro.

Se alzó la curva de los labios de Matías al notar el sudor en su frente. –Para que seas comandante, lo único que-

–Tenemos un nuevo comandante. –Interrumpió Álvaro con voz grave.

–Eradio Calles no es nadie. –Matías puso ambas manos en la mesa inclinándose hacia Álvaro. –Para que seas comandante, lo único que tienes que hacer, es entregarme a Carmen.

Álvaro apretó los labios escondiendo una sonrisa. –¿Te la envuelvo para regalo?

Matías permaneció serio y lo miró sin pestañear.

Álvaro se hizo para atrás, –¡la tuviste desde que llegaste a confesar toda esta charlatanería! ¡vino a dejarte a esta casa!

–Solo hazla renunciar. –Matías desvió la mirada, –ya ella vendrá a

buscarme sola.

Álvaro se quedó pensativo. –¿Qué pasará cuando venga a buscarte? ¿de qué te sirve a ti eso?

Matías sonrió sin responder la pregunta.

Álvaro se llevó una mano a la barbilla, pensando en las implicaciones, ni siquiera había pensado en hacerse comandante hasta ahora que había muerto el señor Urrutia. –¿Cómo sé que tú puedes hacerme comandante?

–Tienes muchas preguntas, Álvaro. Puedo entenderlo, pero piensa en lo que puedes ganar y lo que puedes perder.

Álvaro entrecerró los ojos amenazante.

–Si esto es cierto, te vuelves comandante, si todo es una farsa, te quitarás una piedra del camino... –Matías alzó las manos en forma de balanza. –Ganas mucho, no pierdes nada. –Matías se sentó cruzando una pierna. –Claro, eso es en el caso de que puedas hacerlo.

–¡Pf! –Álvaro se ajustó el chaleco. –¿Cuándo me haría comandante?

–En cuanto Carmen desaparezca. –Matías se levantó y le hizo un gesto de que esperara mientras se metía a la habitación.

Álvaro pensó en Carmen y en lo que le podría pasar. No estimaba a Carmen en absoluto pero tampoco había pensado en hacerle daño y era obvio que Matías tenía planes para ella. Miró alrededor de la casa y sus ojos se detuvieron en los cuadros de la pared. Tal vez era todo una pérdida de tiempo.

–Un adelanto, –Matías dejó caer una bolsa de monedas en el regazo de Álvaro.

Álvaro tomó la bolsa asombrado, si el hecho de convertirse en comandante no había sido lo suficientemente atractivo, una bolsa de dinero sí lo era.

–Te daré una igual el día que te nombren comandante. Tómallo como un incentivo adicional.

Álvaro sonrió complacido. –Trato hecho.

Carmen caminó sin alzar la mirada, tenía que estar haciendo la ronda, pero no podía sacarse de la cabeza el asunto del mago. Si dependiera de ella, iría a hablar con el inspector, no necesitaba involucrarse, le bastaba con conocer el plan. Solo tenía que esperar a Teodoro, él le contaría todo en cuanto llegara al cuartel.

Ansiosa por regresar, dio media vuelta chocando contra una mujer que estaba parada en la acera.

–¡Lo siento! –Carmen la tomó del codo para que no se cayera. –¿La

conozco? María Toledo, –dijo con una expresión de reconocimiento.

–Buenos días, –sonrió tímidamente la señora. –¿Encontraron lo que buscaban?

–Estamos en eso. –Carmen sacudió la cabeza. –María, ¿tienes tiempo? Me gustaría hacerte unas preguntas más, podríamos tomar algo. –Carmen señaló el café de la calle de enfrente.

–No sé, solo vine al mercado a hacer unas compras.

–No tomará mucho tiempo. Por favor.

El café estaba lleno pero encontraron una mesa vacía en el fondo. María ordenó un pan y un café con leche, pero Carmen solamente ordenó un vaso con agua.

–El día del teatro, ¿podrías decirme exactamente lo que pasó cuando pasaste al escenario?

María sacó un cigarrillo. –¿Le importa?

Carmen negó con la cabeza, más apurada por la respuesta.

María dio una bocanada a su cigarro, –les dije todo ese día. Un señor y una señora del público sacaron mi número de asiento, yo no sabía que participaría.

–¿Qué pasó cuando empezó el acto?

–El mago me ayudó a subir los escalones y me pidió que me recostara en una mesa, –María sonrió mientras soltaba el humo. –Era muy guapo.

Carmen asintió motivándola a continuar.

–Ató mis manos a la mesa y me dijo al oído que no corría ningún peligro, que iba a girarme y una vez que estuviera abajo me soltarían. Así fue. Al girar, el niño me desató y caminé por un pasillo, como un túnel o especie de escondite, supongo. Al salir hacia mi asiento el público aplaudió, realmente no alcancé a ver nada. Soy la persona menos indicada para decirle sobre el acto.

–¿El niño?

–El asistente, –aclaró María.

–¿Era un niño? –preguntó Carmen, ahora más interesada.

–Bueno, no estoy segura, –María frunció el ceño, –estaba obscuro.

–¿Había alguien más?

–No, creo que no. No lo sé. –María cerró los ojos, recordando. –Estaba obscuro, solo me indicó la salida y ya.

Carmen asintió.

–¿Qué tiene que ver todo esto con mi hermana?

Carmen desvió la mirada. Quería contarle, importaba poco si se metía en problemas en el cuartel, pero no quería hacerlo sin saber lo que pasaría con la investigación, no podía solo decirle que su hermana había sido asesinada y que nadie estaba buscando al culpable. Por otro lado, el simple hecho de hacerle preguntas respecto al acto de la resurrección y su hermana, debían de haber despertado una alerta en María.

–¿Cómo era Ana?

María alzó las cejas al escuchar su nombre, y parpadeó un par de veces. – Ana era muy alegre, tenía muchas amigas antes de casarse.

–Así que era casada.

–Desde los catorce, –María asintió.

–¿Y su esposo? ¿él no continuó buscándola?

María negó con la cabeza mientras encendía otro cigarro. –Mucha gente desapareció en el terremoto. Nos dijeron que aunque encontraran sus restos solo serían eso... restos. –Miró hacia ambos lados y después se acercó a Carmen. –Ella no quería casarse, a veces me preguntaba si se había aprovechado del terremoto para huir. –Dijo en voz baja.

Carmen asintió discretamente, admitiendo que era una posibilidad.

–¿Creen que ella estuvo en el teatro ese día? ¿creen que sigue- ¿creen que sigue viva? –la voz de María se quebró, terminando en un susurro.

–No. –Carmen respondió rápidamente.

María apretó los labios y desvió la mirada.

–Lo siento. No creo que Ana esté viva. –Carmen la miró de manera compasiva.

María asintió mientras dejaba unas monedas en la mesa. –Tengo que irme. – Se levantó apresurada.

–¡María! –Carmen se levantó pero no la siguió. Era claro que necesitaba espacio.

Álvaro y Teodoro estaban solos en el cuartel cuando Carmen regresó.

–¿Viste al comandante? –le preguntó Teodoro al verla.

–Seguro está dormido en la oficina.

Álvaro y Teodoro la miraron extrañados pero Carmen se dirigió al cajón sin prestarles atención.

–¿Qué buscas?

–Había una descripción aquí, ¿alguien la ha visto? –preguntó sacando todos

los papeles del cajón.

–¿Descripción de qué? –preguntó Teodoro acercándose a ayudar.

Álvaro la miró con curiosidad mientras Carmen revolvía los papeles en el escritorio.

–Del mago, quiero verla.

–¿Te volviste loca? ¿Qué parte de que no te metas no entiendes? –Álvaro se estiró para aventar los papeles al suelo.

Carmen lo miró, sorprendida por su reacción pero no enojada. Levantó rápidamente los papeles sin querer pelear.

–Carmen, –Teodoro le echó una mirada amenazante a Álvaro, y después volteó con Carmen. –Álvaro tiene razón, ya no nos toca nada de eso.

–¿Qué te dijo el inspector?

–Nada importante. Carmen, detente. –Teodoro puso sus manos sobre las de Carmen. –Por favor.

Carmen suspiró y guardó los papeles, no tenía que convencer a ninguno de los dos, podía hablar con cualquiera en el teatro para conseguirla. Se puso su chaqueta cuando un trueno la hizo apretar los ojos. *Tiene que ser broma.* Pensó.

Gustavo entró corriendo al cuartel, dejando huellas de lodo en la entrada. – Se puso fea la cosa. –Dijo limpiándose la lluvia de la cara. –Mañana en la tarde es el funeral. Ya están avisados.

Carmen se sentó a esperar a que la lluvia pasara, pero no quería escuchar a Álvaro y Gustavo hablar sobre el funeral del señor Urrutia. Miró a Teodoro quien tenía una mano en la barbilla, y estaba muy concentrado en algo.

Teodoro sonrió al verla, –¿me hablabas?

–Matías no es un niño.

–Ya lo creo. –Teodoro rio y después se puso serio. –¿Qué estás pensando?

–María se refirió al asistente del mago como un niño.

Teodoro lo pensó por un momento. –¿En serio? No lo recuerdo, pero en cualquier caso dijo que estaba oscuro, no sabe lo que vio.

–Tú fuiste a la función. Tuviste que haber visto al asistente.

–¡Ojalá! No, yo estaba en la parte de atrás.

–Qué lástima.

–¿Ahora podemos dejar el tema? –preguntó Teodoro con una sonrisa.

Carmen asintió.

Álvaro esperó a que Carmen saliera para ir detrás de ella. La tormenta se había calmado pero las nubes cargadas seguían arriba de ellos.

–Tenemos que hablar. –Álvaro la detuvo del hombro.

Carmen lo miró expectante. –Habla.

–Creo que deberías de renunciar.

Carmen sopló y se dio la vuelta.

–Después de todo lo que ha pasado es lo mínimo que podrías hacer. – Exclamó Álvaro detrás de ella. –Si no es por ti, ¡hazlo por Teodoro! ¿No fue suficiente la muerte del comandante?

–¿De qué rayos estás hablando? –Carmen sabía que era un error el quedarse a discutir con un hombre como Álvaro pero su reacción fue voltear y escucharlo.

–El comandante está muerto por ti, y Joaquín está desaparecido, ¡¿de verdad crees que tú no tienes nada que ver en esto?!

Carmen respiró apretando los dientes en un intento de controlarse, pero sus puños se cerraron con fuerza.

–Renuncia Carmen, antes de que alguien más salga herido.

–¡¿Te volviste loco?! ¿Cómo te atreves? –soltó las palabras con las manos temblando con furia.

Álvaro se acercó a ella retándola. –Si regresas al cuartel, te aseguro que tu querido mestizo pagará por ello.

9

Dos hermanos discutían sentados en la calle frente a una mansión de Tacubaya. Uno de ellos sostenía un papel que anunciaba una corrida en la plaza de toros.

–Eres un burro por eso no lees.

El hermano lo empujó desesperado. –Ya dime que dice. Con el sol que hace y la seño no llega. –El niño se limpió el sudor de la frente.

–Oh bueno. Dice los nombres de los toros, y el color que les van a poner pa que la gente sepa quienes son.

–¿Y luego?

–Y nada, que la corrida empieza a las cuatro en punto de la tarde.

–¿Para qué quieren saber como se llaman los toros?

El hermano alzó los hombros, –¿y yo que voy a saber? Ni que me importara.

–¡Ustedes dos! Sáquense de aquí, este no es lugar pa ustedes.

Los hermanos voltearon a ver a los dos guardias. Los dos eran jóvenes, uno de ellos era alto y robusto, y el otro era flaco y de la estatura de ellos.

–Estamos esperando a la seño Angélica.

–Me importa un cacahuete lo que están esperando. ¡Anden! ¡Lárguense!

Los niños se levantaron al mismo tiempo, uno de ellos para irse, y el otro, para enfrentar al guardia.

–La seño nos da algo de comida todas las semanas, y no nos vamos hasta que salga. –Dijo el rebelde. –¿Si no pregúntele a su hijo!

–Ah, ¿no se van? –El guardia delgado empujó al niño.

–¡Leopoldo no! –Su hermano no alcanzó a detenerlo. Leopoldo ya le había regresado el empujón al guardia.

Su hermano miró aterrado mientras el otro guardia golpeaba con el bastón a Leopoldo. Intentó detenerlo pero un golpe del bastón lo sacó volando a él también.

–¡Por favor déjenlo! –imploró aterrado mientras los dos guardias golpeaban a su hermano.

–Vámonos ya, José. –El guardia que había empezado jaló del brazo al otro. –Nomás falta que alguien cante y nos echen pa la cárcel.

El guardia llamado José se levantó, Leopoldo tenía los ojos cerrados y no

se movía. Su hermano se arrastró hacia él, y con lágrimas en los ojos vio a los guardias marcharse.

La señora Inés estaba tendiendo la ropa cuando Carmen llegó al vecindario. Había caminado al cuartel pero se había quedado una cuadra antes, pensando en cómo resolvería el tema con Álvaro. No se iba a dejar intimidar por él así nada más, pero no quería tener otro altercado. Decidió regresar a su casa y tomarse la mañana, nunca lo había hecho, pero probablemente nadie más iría por el funeral del señor Urrutia, de cualquier forma hablaría con el comandante en la tarde.

–¿Y eso? ¿aquí tan temprano?

–Días difíciles doña Inés. –Respondió Carmen exhausta, arrastrando los pies hacia su cuarto.

–Mmh.

Carmen se detuvo en la puerta, reconociendo los gestos de la señora Inés. –¿Quiere decirme algo? –preguntó sin voltear a verla.

–Esa vida no es pa una mujer Carmencita, yo te lo digo siempre. –La señora Inés detuvo una pinza en su boca mientras acomodaba una camisa en el tendedero. –Tú andas ahí sola, sin nadie que te cuide y en lugares de hombres. Cuando menos te lo esperes, llegará un jijo de aquellos y terminarás como la Elena.

–Elena tenía valor.

–¡Qué valor ni qué ocho cuartos! –sacudió la cabeza, –nomás tenía que casarse y ya. Sí, está bueno, el niño ese no era de lo mejorcito pero...

–¡Era un borracho abusivo que la terminó matando!

–Pos si nomás tenía que hacerle caso, –Inés dio un manotazo al aire, irritada.

Carmen alzó la mirada frustrada. –Está bueno, nos vemos luego doña Inés, ya no haga corajes.

–Ándale pues. En un rato te traigo una cacerola, que seguro andas muerta de hambre y yo hice un mole de guajolote muy bueno.

–Gracias. –Carmen entró al cuarto y se tumbó en la cama pensando en la amenaza de Álvaro. El tipo podía ser un macho inepto pero Carmen no lo creía capaz de lastimar a Teodoro, no porque ella se quedara en el cuartel. Álvaro sabía lo que le había costado a Carmen llegar hasta ahí, era lógico que

no se iría así de fácil, pero algo le parecía extraño. Quizá Álvaro solo temía por su vida, después de todo Joaquín no aparecía y el comandante había muerto.

–¡Carmen! ¡Carmen! –La señora Inés golpeó la puerta con fuerza, despertando a Carmen.

Carmen se levantó de un salto y abrió alarmada, –¿qué pasó? ¿está bien?

–Ven, ven, –jaló a Carmen del brazo hacia la entrada del vecindario. –¡Ay Virgencita Santa!

El sol ya se había metido. Carmen vio la cacerola de comida en el piso, y se preguntó cuanto tiempo había dormido. Siguió a la desesperada señora Inés y reconoció el cuerpo desde que vio las botas. Salió hacia el cuerpo de Joaquín viendo hacia todos lados, buscando algún sospechoso.

–Lo acabamos de encontrar Carmencita, –dijo entre lágrimas la señora Inés. –Está bien muerto.

Carmen se arrodilló junto a Joaquín y puso su mano en el cuello buscando un pulso, no encontró nada. No había ninguna herida aparente ni manchas de sangre. Le descubrió el pecho, sospechando lo que iba a encontrar.

La señora Inés suprimió un grito al ver el número uno pintado con sangre en el pecho de Joaquín. Carmen cerró los ojos durante un instante, y después se levantó apresurada.

–¿A dónde vas? –preguntó Doña Inés apretando las manos.

–¡Al cuartel! –exclamó Carmen desde la puerta de su cuarto. –¡Avísele a Don Hilario que vaya por la carroza! ¡Él lo conoce, sabe donde vive!

Carmen tomó su pistola y se puso el chaleco. Estaba enojada por haber dormido todo el día, tal vez pudo haber evitado la muerte de su compañero. Corrió dos cuadras preguntándose por qué lo habían dejado frente a su cuarto, y dio vuelta en la esquina, topándose a Teodoro de frente.

–¿Qué haces aquí? –Carmen se detuvo confundida e inquieta.

–Vengo del funeral. Iba a tu casa. ¿Por qué estás corriendo?

Carmen sacó la pistola con dedos temblorosos, y dio un paso atrás, –¿para qué ibas a mi casa?

Teodoro se sorprendió con la reacción de Carmen, –hablé con Álvaro, me dijo que ya no regresarías. –Teodoro extendió las manos aún más exaltado, al ver que tomaba su pistola. –¡Carmen! ¡estaba con Álvaro y los demás en el funeral! ¿qué rayos está pasando?

Carmen exhaló al escuchar su motivo. Guardó el arma e inclinó la cabeza para que la siguiera. –Voy al cuartel. Joaquín está muerto, alguien dejó el cuerpo en la puerta del vecindario.

–¿Ahora? –Teodoro preguntó pasmado.

–Sí, me dormí toda la tarde. –Admitió. –Perdón por apuntarte.

–No me apuntaste. –Teodoro alzó las cejas, caminando detrás de ella, –el cuerpo...

–Lo llevarán a su casa. Ya su familia decidirá qué hacer.

–Tal vez deberíamos regresar ahí, –Teodoro se detuvo, –el culpable debe estar cerca.

Carmen sacudió la cabeza, –necesito hablar con el comandante, informarle, y después visitar a Álvaro.

–¿Por qué?

–Es complicado.

–Solo dime, –Teodoro la detuvo de la muñeca. –Por favor, sabes que solo quiero ayudarte.

–Creo que Álvaro sabe lo que está pasando. Al menos, creo que sabe más de lo que nos ha dicho.

Carmen siguió caminando deprisa, Teodoro la siguió unos segundos después.

Afuera del cuartel se escuchaban los gritos de Álvaro. Al entrar, Teodoro y Carmen vieron que le gritaba al comandante en su oficina.

–Álvaro, –Teodoro intentó tranquilizarlo al verlo inclinado hacia el comandante, con solo el escritorio de por medio.

–¡Tú! –Álvaro se abalanzó contra Carmen al verla, –¡maldita bruja tú hiciste esto! –la tomó de los hombros y la azotó contra la pared, antes de que Carmen pudiera reaccionar.

Álvaro tomó una silla, los intentos del comandante y de Teodoro por detenerlo eran inútiles.

–¿Hice qué? –preguntó Carmen quitándose del camino antes de que la silla se partiera en la pared donde ella estaba.

–¡Mataste a Joaquín! ¡Eres una maldita asesina! –Álvaro la tiró contra el suelo y la tomó de los brazos, Carmen le golpeó la nariz con la frente, antes de que Álvaro pusiera sus rodillas sobre las piernas de Carmen, inmovilizándola. –Siempre fuiste tú, tú asesinaste al comandante. –Dijo con sangre escurriendo de la nariz.

Álvaro la soltó para darle un golpe pero Carmen aprovechó ese momento para sacar su arma. Ninguno de los dos escuchaban los gritos del nuevo comandante quien corría de un lado a otro maldiciendo.

La bala chocó contra la pared y el arma cayó al piso. Teodoro la tomó antes de que ellos pudieran alcanzarla, y la subió apuntando a Álvaro.

–Respiremos un momento, –dijo jadeando, –y hablemos.

Álvaro se limpió la nariz, y miró a Carmen mientras le respondía a Teodoro. –Joaquín fue a ver a Carmen, y ella lo asesinó.

Teodoro miró a Carmen sin dejar de apuntarle a Álvaro. –Carmen estuvo dormida, alguien más lo mató y dejó el cuerpo frente al vecindario.

Álvaro lo miró entrecerrando los ojos, –no creerás realmente esa historia, no eres así de estúpido.

–¿Quién te dijo que Joaquín estaba muerto? –Carmen ignoró la acusación, aunque en lugar de Teodoro ella sí sospecharía.

–Alguien que realmente te conoce.

–Dame eso, –el señor Eradio le quitó el arma a Teodoro, y silbó acercándose a Carmen. –Ahora sí metiste la pata hasta el fondo.

–Señor Calles-

Eradio extendió una palma silenciándola, –no estás despedida.

Álvaro exhaló incrédulo.

–Estás arrestada. –Terminó el comandante.

Álvaro y Teodoro se tardaron un momento en asimilar las palabras del comandante, pero Carmen no estaba sorprendida. Le ofreció las manos a Álvaro al verlo caminar hacia ella. Álvaro se apresuró a ponerle las esposas.

–¡Esto es ridículo! –Teodoro exclamó intercambiando miradas con el comandante y Álvaro. –¡Da un paso atrás! –le gritó a Álvaro poniéndose entre él y Carmen.

–Teodoro, –Carmen lo intentó tranquilizar.

–¡Yo sé que eres inocente! Álvaro dame la llave, ahora.

–Teodoro, –el comandante intentó intimidarlo pero Teodoro era más alto que él y más fuerte. –Señor Calles no quiero insultarlo, pero Carmen es inocente y no permitiré esto.

–Álvaro, llévatela.

Álvaro empujó a Carmen hacia fuera del cuartel. Teodoro lo intentó detener del hombro pero Álvaro lo golpeó fuerte en la cara, haciéndolo retroceder.

–Hablaré con el inspector Carmen, ¡te sacaré de esto! –le gritó a Carmen sabiendo que no podía hacer nada en ese momento.

Álvaro subió a Carmen a una carroza. –Te van a dar pena de muerte, estoy seguro. –Álvaro subió a la carroza con la mirada perdida. Le había dolido la muerte del comandante y aún más la de su compañero. –La constitución dice que sigue aplicando a homicidas con alevosía y ventaja.

–Cualquiera que te escuchara pensaría que tienes educación.

–Mi compadre está en el tribunal así que sé cosas.

–Estás cometiendo un error. El que te contó de la muerte de Joaquín es el asesino, no yo.

–Lo siento. –Álvaro la miró fijamente antes de darle un golpe en la cabeza.

Carmen despertó con un fuerte dolor de cabeza. Vio el reflejo de la luna en la ventana, y el resto de la habitación parecía estar cubierto por una pesada sombra con olor a madera húmeda. Se levantó con dificultad, la pelea con Álvaro en el cuartel le había dejado un malestar general en la espalda y las piernas, pero esa no era su mayor preocupación, pensaba que pasaría la noche presa y después sería llevada al tribunal, así que no comprendía por qué Álvaro la había llevado a ese sitio.

Caminó hacia la puerta tanteando objetos para no tropezar, las esposas le dificultaban aún más el llegar a la puerta del desconocido lugar. Tras fracasar en su intento de abrir la puerta, Carmen se dirigió a la ventana, en donde reconoció boquiabierta el lugar al que Álvaro la había llevado.

El comandante Calles se reunió con Gustavo, Álvaro y Teodoro en la mañana, comenzó por poner a Gustavo al tanto de la muerte de Joaquín y las sospechas sobre lo que había pasado. Gustavo estalló en llanto y se marchó sorprendiendo a todos.

–Alguien vaya a buscarlo cuando terminemos, –el comandante suspiró sobándose la frente, –y llévenle un par de pantalones que falta le hacen.

Teodoro se aclaró la garganta, –señor, debemos de hablar sobre Carmen.

El comandante negó con la cabeza. –Ya sé lo que vas a decir y la respuesta es no. No. No. No.

Álvaro aprovechó el fastidio del comandante y le aseguró que él se encargaría de ella. El señor Calles optó por dejar el tema en sus manos, a pesar de las interminables protestas de Teodoro.

Teodoro salió molesto del cuartel pero con un objetivo. Convencer a Gustavo de la inocencia de Carmen.

Gustavo fue fácil de encontrar. Estaba en la pulquería a tan solo unas cuadras del cuartel.

Gustavo lo vio de reojo. –¡Me encontraste! ¡Oigan todos! Llegó el destedecte- detective.

Teodoro vio el vaso vacío en la mesa y el cuadro de la Virgen de la Soledad que contemplaba Gustavo con ojos rojos. –Sé que te gusta este lugar. –Teodoro dijo sentándose y dejando su sombrero sobre la mesa.

–Todos están bien muertos. Ya estamos todos bien muertos. –Dijo Gustavo sonriendo. –¡Una más! –gritó alzando el vaso.

–Creo que ya tuviste demasiado. –Teodoro puso unas monedas en la mesa y le ofreció una mano a Gustavo, quien la tomó a regañadientes.

Gustavo se tambaleó apoyado en el hombro de Teodoro, tirando la decoración de papel picado al salir.

–¿Pa dónde vamos?

–A tu casa. –Respondió Teodoro cansado.

–No. Que la Lupe no me vea así.

Teodoro reprimió una risa. –Escucha, cuando te sientas mejor necesito hablar contigo.

–¿Ella lo hizo? –Gustavo se detuvo. –¿Carmen los mató?

–No, por supuesto que no.

–¿Por qué alguien le botaría a ella el cuerpo de Joaquín? ¿Cuándo se pone a dormirse todo el día? –Gustavo sacudió la cabeza. –No sé... –El comandante le acababa de quitar su jugada. Tenía razones para hacerlo, ¿qué no?

Teodoro ignoró a Gustavo aunque su lógica tenía sentido. –Sabes que Carmen sería incapaz. –Empujó suavemente a Gustavo para que siguiera caminando.

–¿Por qué? ¿por qué sería incapaz? Esa mujer ha sido maltratada por todos, y ahora tiene razones pa ir y desquitarse.

–Carmen no es así.

–¿Cómo sabes? –Gustavo se detuvo de nuevo, y después se le iluminó la cara con una sonrisa. –Ah, tú y ella...

–¡No! Por supuesto que no, solo es una persona que admiro y respeto, ¿está bien? –respondió frustrado. –Le pediré al inspector que me ayude, estoy seguro de que encontraremos al culpable, solo te pido... –Teodoro miró a Gustavo, pensando que sería una pérdida de tiempo hablar con él en ese estado. –Aún no la hagas culpable, por favor. No hasta que hayan pruebas.

–Está bueno, pues.

Teodoro regresó al cuartel tras dejar a Gustavo en su casa. Álvaro era el único en el cuartel.

–El comandante salió a comer y no regresará hasta mañana. –Le informó Álvaro con las manos apoyadas en el escritorio, inclinándose hacia el frente.

–¿Me quieres decir algo? –Teodoro no ocultó su molestia, pero se sentía intrigado al ver la expresión de Álvaro. Un hombre que le sobraban palabras y no tenía filtro para hablar, ahora parecía no estar seguro de decir algo.

–¿Por qué estás tan seguro que no fue ella?

–¿Por qué estás tan seguro de que sí?

Álvaro alzó los dedos enumerando sus razones, –estaba enojada con el comandante, Joaquín apareció muerto afuera de su casa el día que iba a hablar con ella, la vieron hablando con una mujer, y-

–¿Una mujer? –preguntó Teodoro con curiosidad. –¿Cómo era?

–Fff, cabello negro largo, medio ondulado, ojos grandes-

–¿María Toledo? –interrumpió Teodoro incrédulo, –¿cuándo?

–Antier. –Álvaro suspiró complacido ante la expresión insegura de Teodoro. –Carmen no fue al funeral del señor Urrutia, por dos motivos. El primero se sentía culpable porque ella lo asesinó, y segundo, porque estaba ocupada matando a Joaquín.

–¿Por qué piensas que ella mató al comandante? Estábamos todos en la estación antes de que eso pasara.

–Carmen dijo que salió a llevarle la nota que le envió Joaquín, ¿no? ¿cómo sabemos que no lo asesinó al entregársela?

Teodoro se quedó pensativo y finalmente sacudió la cabeza. –No, Carmen es inocente, nada de lo que digas me hará pensar lo contrario. –Se levantó y salió del cuartel, odiando esa semilla que había dejado Álvaro en su cabeza.

10

El cuartel olía a café el domingo por la mañana. Gustavo se asomó a la oficina del comandante y sacudió la cabeza al verla vacía.

–Alguien olvidó decirle que trabajamos los domingos. –Jaló una silla y se sentó junto a Álvaro.

Teodoro alzó la cabeza en forma de saludo, se preguntaba si recordaba algo de lo que habían hablado el sábado.

–¿Alguno sabe por qué llegó Matías al funeral del comandante? Ahí estaba el fulano este, recargado entre los árboles cuando ya me iba.

–Yo lo llevé. –Álvaro los sorprendió con la respuesta.

–¿Tú? ¿por qué? –Teodoro arrugó la frente.

Álvaro se aclaró la garganta, –lo he estado vigilando.

–Le pediste a Carmen que-

–Espera, –Gustavo detuvo a Teodoro. –Estuve pensando. ¿Cómo sabemos que él no los mató? Al comandante y a Joaquín.

–¿No te acabo de decir que yo lo he estado vigilando? –Álvaro se levantó alterado. –¡Estaba en el maldito funeral! –exclamó ajustándose los pantalones.

Gustavo y Teodoro se miraron perplejos.

–¿Qué has hablado con el inspector? –Álvaro se detuvo frente a Teodoro.

–Nada importante. Lo puse al corriente eso es todo. –Se enderezó en su asiento, pero parecía incómodo con la actitud retadora de Álvaro. –¿Has hablado con él?

–No, ¿por qué habría de hacerlo?

Teodoro se ajustó el cuello, –si has estado vigilando a Matías, tan de cerca como para llevarlo al funeral, supongo que has estado también con el inspector.

–No hemos coincidido. –Álvaro entrecerró los ojos.

–Qué extraño.

Álvaro y Teodoro permanecieron un momento mirándose fijamente. Gustavo se levantó, inseguro de cómo reaccionar ante un pleito entre ellos dos. Siempre había sido amigo de Álvaro, y con Teodoro no había formado ninguna amistad hasta hace poco.

–¿No te ha dicho nada del mago? Lo último que todos supimos es que era inocente. –Álvaro alzó las manos como refiriéndose a un público.

Teodoro exhaló pesadamente, –sí. El mago está en Chimalistac. El inspector lo ha visitado un par de veces. Yo quería ir a verlo, hablar con él, pero al parecer el mago prefiere tener un perfil bajo después de que fue acusado. Está bastante molesto con la policía y tiene influencias muy fuertes, así que no será tocado por nadie. –Teodoro los miró, –el inspector no está siguiendo el caso para encontrar a un asesino, está en el caso para ver quien está actuando contra el mago.

–¿Defendiéndolo? –preguntó Gustavo.

–Protegiéndolo. Sí. –Admitió Teodoro.

–¿Y los cuerpos que ustedes encontraron? ¿Tú y Carmen? ¿qué no hasta los atacaron ahí? –Gustavo continuó incrédulo.

–Entramos a una propiedad privada, –Teodoro sacudió la cabeza, –pudo haber sido alguien defendiéndose. Y los cuerpos que encontramos dice el inspector que llevan ahí demasiados años y no coinciden con los supuestos asesinatos.

Álvaro y Gustavo parecían silenciados con la confesión.

–¿Él qué dice? –Gustavo rompió la tensión. –El mago.

–Que el asistente se volvió loco, al parecer perdió la cabeza en uno de los espectáculos y el mago no volvió a saber de él hasta ahora.

Teodoro sabía que nada de su explicación ayudaría a Carmen, pero mentirles u ocultar la información empeoraría más las cosas. Si Carmen y él se habían equivocado al acusar y perseguir al mago, podía arreglarlo, pero los recientes asesinatos eran un tema completamente distinto en el que él se sentía impotente.

–Vayan a hacer sus rondas, –Álvaro dio la vuelta desinteresado en una pelea.

–¿Quién te hizo comandante? –Teodoro se inclinó hacia delante sin levantarse de la silla.

Álvaro sonrió, –pronto Teodoro, muy pronto.

Teodoro lo observó mientras salía del cuartel.

–¿Tú sabías? –le preguntó a Gustavo, ahora que estaban solos.

–¿Que estaba vigilando a Matías? No.

Teodoro exhaló derrotado.

–Sé que crees que Carmen es inocente. –Gustavo le dijo desde la puerta. – Pero tal vez sea hora de ver lo que realmente pasa. Si ya es un hecho que el mago no mató a nadie, y Matías estuvo en el funeral del comandante, ¿quién

más pudo haber matado a Joaquín?

Teodoro alzó los hombros, –¿sabes qué me pregunto yo? ¿quién será el siguiente?

Gustavo lo miró alarmado. –¿Crees que Carmen esté muerta?

–Yo moriré antes de que eso pase.

Álvaro y el comandante Calles entraron al cuartel azotando la puerta detrás de ellos.

–¿Qué es esto? –el comandante aventó una hoja a la mesa.

Teodoro y Gustavo miraron a Álvaro antes de leer lo que los había alterado:

*El Sahir Saitám los invita cordialmente a su
Gran función de despedida en el Teatro Nacional
Domingo 11 de Agosto 1864*

–¿Una invitación? –Gustavo miró al comandante desconcertado.

–Lean abajo par de idiotas. –El comandante golpeó el final de la hoja con el dedo.

Participación estelar del Comandante Eradio Calles

El comandante caminó de un lado a otro, agarrando tan fuerte los mechones de su cabello que parecía que iba a arrancárselos.

–Lo dejaron esta mañana en mi puerta.

Álvaro, Teodoro y Gustavo intercambiaron miradas confundidas, ninguno tenía idea de lo que querría el mago con el comandante.

–Tal vez fue un error, o quizá lo va a invitar a participar. –Teodoro intentó encontrar alguna justificación.

–¿Oh, ahora seré un gran artista? ¡¿es esa tu maldita explicación?! –el comandante tomó a Teodoro del cuello de la camisa. –¿Sabes qué es lo que yo creo? Yo creo que ustedes imbéciles y la comadreja esa, hicieron un caos que alguien quiere que yo pague.

–El mago es inocente, comandante. Ya fue comprobado, no creo que busque justicia social, mucho menos delante de una audiencia. –Teodoro explicó calmado.

–No seré yo quien pague los platos rotos. Eso se los aseguro. –El comandante le arrebató la invitación a Gustavo y salió furioso del cuartel.

Álvaro se masajeó las sienes, calmando el dolor de cabeza.

Gustavo exhaló sacudiendo la cabeza. –¿En verdad creen que sea una

amenaza? –preguntó, subiendo los pies a la mesa.

–¿En dónde está Carmen? –Teodoro se refirió a Álvaro, ignorando la escena reciente del comandante.

–Será enjuiciada, es todo lo que tienes que saber.

–¿A dónde la llevaste? Ya en serio.

Álvaro dio la vuelta, pero Teodoro lo siguió hacia la calle y lo detuvo del brazo.

–¡Oigan ustedes dos! –Gustavo se apresuró a pararse en medio de ellos. –
¡Tenemos asuntos más importantes! ¿No creen?

Las doce campanadas indicaban la hora del té. Era difícil adivinar si era de día o de noche con todas las cortinas de la casa cerradas.

El hombre encendió las cinco velas verdes del candelabro y se sentó en la habitación mirando hacia el reloj, con un brazo cruzado y una mano en su barbilla.

–¿Puedo pasar gran Sahir? –el niño esperó en la puerta sosteniendo una bandeja de plata con una jarra y una taza.

El hombre asintió, volteando lentamente hacia el niño.

–El comandante recibió la invitación. –Dejó la bandeja sobre la mesa de vidrio frente al mago, y se quedó mirando el tatuaje de su pecho. –Se puso bastante alterado al leerla, salió corriendo de su casa.

Una sonrisa se dibujó en los labios del hombre. –Lo supuse. Dime, ¿has hablado con tu padre? –el mago tomó la jarra y llenó la taza observando el vapor que emanaba al servirla.

El niño sacudió la cabeza, negando. –No desde que le llevé las monedas.

–Shhh, –se llevó un dedo a los labios, –ese es nuestro secreto.

El niño asintió. –Gracias por el libro. Lo disfruté mucho.

–Sabía que te iba a gustar. –El hombre asintió complacido. –Quiero que mañana entregues el resto de las invitaciones, –el hombre se levantó y se paró frente al reloj de pie mientras el niño se retiraba. –Ah, ¡Maximiliano!

El niño se detuvo en la puerta, expectante.

–Atiende bien a nuestra invitada.

Maximiliano bajó la escalera hacia el segundo piso, tomó la lámpara de gas y corrió hacia su habitación, en el fondo del pasillo. Al abrir la recámara se reflejó la luz del sol en todo el pasillo, Maximiliano cerró la puerta deprisa, apagó la lámpara y se sentó junto a la ventana. Le encantaba el sol y sentir el aire fresco de afuera, nunca había entendido por qué el mago prefería tener la

casa a oscuras y cerrada, pero no le importaba, el gran Sahir era su amigo, le había enseñado a leer y escribir, y le daba todo lo que necesitaba y más, además hacía que su padre se sintiera orgulloso de él. Tomó uno de los libros que tenía en la mesita y cruzó las piernas, listo para leerlo por quinta vez.

Teodoro estaba parado afuera de la casa de su padre, decidiendo si entrar o no. Su relación había sido amarga desde que había perdido a su madre, y después, cuando su padre se casó de nuevo con una joven de la edad de Teodoro, se alejaron aún más.

–¿Y luego? ¿vas a entrar o no? –una voz le preguntó desde los árboles.

Teodoro caminó hacia la voz, sabiendo bien de quien era. –¿Qué diablos estás haciendo?

–Esperando a ver que decisión tomas. –Álvaro encogió los hombros y cruzó los brazos. –Llevas parado ahí más de quince minutos, la curiosidad me está matando.

–¿Por qué me sigues? –Teodoro bajó la voz y su rostro se enrojeció.

Álvaro escupió, –creo que estás escondiendo algo españolito.

–Eso ya es viejo, –Teodoro entrecerró los ojos sacudiendo la cabeza, –y si viniste hasta acá solo para pasear por la calle de los recuerdos, elegiste el día equivocado.

–Te seguí porque ibas a hablar con el inspector, lo cual se me hizo increíblemente raro que hicieras en domingo, y pues, –Álvaro se metió las manos a las bolsas y miró a su alrededor, –no veo a ningún inspector por aquí. Pero, ya que hablas de las calles del recuerdo, pensé que Carmen y tú, siendo los jóvenes del cuartel, podrían aprender un par de cosas de nuestras canas, pero creo que vas a terminar igual que ella. Yo que tú comenzarías a hacerme a un lado ahora, antes de que sea demasiado tarde.

–De verdad se te metió la idea a la cabeza de que eres el nuevo jefe, ¿verdad? Dime una cosa. ¿Planeas asesinar al nuevo comandante para tener su puesto? No te funcionó muy bien con el antiguo.

El insulto provocó un empujón que lo mandó de espalda hacia el suelo, pero antes de que pudiera comenzar una nueva pelea entre ellos, se abrió la puerta de la casa.

–¡Teodoro! –El padre exclamó desde los escalones de la entrada. –¿Qué significa todo esto?

Álvaro quitó el pie del pecho de Teodoro y le escupió antes de irse. – Quiero conocer a este inspector, Teodoro. –Dijo amenazante.

Teodoro se levantó disgustado y caminó hacia la reja.

–¿Qué estáis haciendo aquí? –preguntó su padre de mal humor.

–Si no querías verme pudiste haber dejado la puerta cerrada. –Teodoro pasó a un lado de él y se metió a la casa.

–Pensé que era tu hermano. –El señor alzó las cejas y lo siguió al interior. – Joder, ¿qué es lo que quieres?

–Saludarte, ¿qué más?

Su padre lo miró como si se tratase de una mala broma.

Teodoro soltó una pequeña risa, –pensé que irías al funeral del señor Urrutia.

–Y yo pensé que tú haríais lo mismo.

Teodoro asintió, –estaba ocupado. ¿Cuál es tu excusa?

–Tuve que hacer un viaje de negocios. –Se sentó en un sofá de la sala, resignado con la inesperada visita. –¿Vienes por dinero?

–Nunca te he pedido nada.

–Sigo esperando a que lo hagas, tarde o temprano pasará. –El señor alzó los hombros. –Un muchacho como tú no se las arregla solo. Lo sabéis muy bien.

Teodoro asintió, –conozco bien tu opinión.

–Entonces, si te va bien, y no necesitáis nada, –¿qué hacéis aquí? Te dije que si necesitaba algo te mandaría a buscar.

–Hay algo que quiero saber. Cuando se fue Elvira dejó una carta para mi hermano.

–Eso no te incumbe.

–Necesito verla, si escribió algo de mí-

–¿Por qué lo haría? –interrumpió el padre aún más enojado. La visita de Teodoro lo irritaba, pero hablar de ella lo enfurecía.

Teodoro lo observó durante un momento. –¿Estás seguro de que tienes todo bajo control?

–Estoy seguro.

–Bien, entonces me iré. –Teodoro se levantó.

–Eso sería bueno.

–Nos vemos el domingo.

En lugar de ir al cuartel, Teodoro se desvió, queriendo relajarse. Todo lo que estaba pasando lo tenía tenso y necesitaba estar solo y pensar.

–¿Otra vez aquí? –Gustavo sacudió la cabeza sosteniendo el vaso lleno.

–No estoy aquí por ti. –Teodoro se sentó en una mesa vacía a un lado de Gustavo.

Gustavo suspiró y se cambió a la mesa de Teodoro. –No pensé que tú vinieras a un lugar así sin un motivo.

–Tengo un motivo, –Teodoro señaló al mesero, –un tequila por favor.

Gustavo sonrió complacido, –que sean dos.

–Escucha Gustavo, no sabía que estabas aquí, en verdad quería tomarme un trago solo.

–¿Para qué son los amigos si no es para que uno no beba solo?

–¿Eso somos ahora? ¿amigos? –Teodoro alzó las cejas y giró los ojos. – Como sea.

–Ey, ey, ey, – Gustavo alzó las palmas de sus manos, –en verdad estás de mal humor, ¿te corrió tu vieja de la casa o qué?

–No, ¿eso hizo la señora Guadalupe?

Gustavo entrecerró los ojos, –no me hables de la Lupe, nos casamos hace más de doce años y todavía no aprende a atenderme.

El mesero dejó los dos tequilas sobre la mesa y un plato de Chile en Nogada que había pedido Gustavo.

–A Carmen le encantaría escucharte. –Teodoro dijo tras beber un sorbo.

–Ah, la Carmen. –Gustavo sonrió mirando hacia las paredes. –¿Sabías que esto antes era de los monjes? –se lamió los labios mirando su platillo.

–Sí.

–No todo el mundo sabe, –Gustavo alzó los hombros, –todo esto es por la Carmen, no te creo si me dices que no.

–Puede que tengas razón. –Teodoro se terminó la bebida y señaló al mesero para que le sirviera otro.

Gustavo, no queriéndose quedar atrás, pidió otra mientras bebía los restos del vaso.

–¿Crus qul comundante voyu? –preguntó Gustavo con la boca llena.

Teodoro lo miró con desagrado. –¿Qué?

Gustavo se pasó la comida y se limpió los labios con la mano. –¿Crees que el comandante vaya?

–¿Al espectáculo del mago? No sé si tenga opción.

Gustavo asintió, –lo mismo pensé. Pero creo que tengo una teoría de lo que está pasando.

Teodoro lo miró con curiosidad, –¿cuál es tu teoría?

–El comandante tiene razón, el mago se enojó por las acusaciones y creo que lo va a partir en dos en el espectáculo.

–El comandante Urrutia no tiene hermanos, ¿cómo hará el truco?

Gustavo desvió la mirada pensativo.

Teodoro bebió el segundo tequila y rechazó el tercero cuando el mesero se lo ofreció.

–¿Por qué piensas que van a matar a alguien más? –preguntó Gustavo empujando su plato a medio terminar.

–No lo sé. Primero el señor Urrutia, después Joaquín... Ambos tenían un número en el pecho. Nadie ha dicho nada sobre eso pero creo que son los primeros de varios.

–Ah, el número. –Gustavo asintió, –es como todo el caso del matasantos. Lo encerraron el año pasado por matar a diecisiete monjas. Todas sus víctimas tenían una S en la frente.

–¿Qué tiene que ver?

Gustavo lo miró como si fuera obvio, –marca a sus víctimas, tal vez sea él.

–Lo encerraron el año pasado.

–Sí, hasta lo iban a matar, ¿qué no? Pero no nos consta.

Teodoro frunció el ceño, –lo encerraron. –Le aseguró, sacudiendo la cabeza ante la absurda explicación de Gustavo.

–¿Entonces quién es?! –Gustavo se inclinó alterándose.

–Baja la voz. –Teodoro miró a los hombres de las otras mesas que habían volteado a verlos. –Es nuestro trabajo averiguarlo.

–De hecho, –Gustavo alzó un dedo, –ese es trabajo del inspector. –Nosotros nos metimos a un caso que nunca tuvimos que haber tocado.

–¿Por qué crees que nos hayan dado ese caso? Tienes toda la razón, la policía no se involucra en esos asuntos. Nosotros no lo tuvimos que haber interrogado en primer lugar.

Gustavo se quedó pensativo, –¿crees que nos hayan puesto una trampa?

–No sé si una trampa, pero creo que todo estuvo planeado desde el principio. Matías se entregó con nosotros por alguna razón. Será mejor que investiguemos.

–No, espera, alto ahí. Sí creo que huele mal todo esto, pero a mi edad ya no estoy para el juego del detective, dejemos que el inspector haga su trabajo y regresemos a la normalidad en el cuartel, ¿te parece?

–Gustavo no puedo creer lo que dices, si no hacemos nada, lo más probable es que todos terminemos como el señor Urrutia y Joaquín.

–Esos dos eran amigos, no tenemos que terminar como ellos.

–¿Cómo dices?

–¿No lo sabías? José y Joaquín fueron guardias cuando eran jóvenes, vivían en comunidades vecinas y salían todos los días a dar sus rondas, pero la cosa es, nunca hacían sus rondas en sus colonias, se iban a donde estaban los ricos pa impresionarlos.

–¿Ellos te contaron?

Gustavo soltó una carcajada, –Teo, Teo... Los conozco desde hace muchos muchos años, tú eras un niño cuando nosotros ya cuidábamos las calles.

–¿Tú trabajabas con ellos? –Teodoro preguntó, ahora más interesado en la historia.

–Mi comandante era el señor Salazar. Yo ya estaba en un cuartel cuando esos dos seguían a pata de esquina en esquina. Conocí a José en un arresto. Un sujeto mató a su esposa en plena calle. Yo lo arresté, pero Urrutia presumió que había sido él.

–¿Por qué haría eso?

Gustavo encogió un hombro, –me doblaba en estatura y yo era más débil que un palillo de madera. Llegó todo intimidante y el comandante Salazar lo empleó en el cuartel. Urrutia metió a su amigo, y así quedaron Joaquín y él en la estación, cuando murió el comandante Salazar, Urrutia ocupó el puesto y bueno, ya sabes lo demás.

–¿Qué fue del señor que mató a su esposa?

Gustavo sonrió, –eso fue lo más chistoso de todo. El tipo era un adinerado europeo, lo soltaron a los dos años y no le tocaron ni un solo peso. –Gustavo suspiró, –Urrutia y yo empezamos con el pie izquierdo pero con los años nos hicimos amigos. Él fue mi compadre en mi boda.

–Se me hace tarde. –Teodoro se levantó y dejó unas monedas en la mesa, –pero vaya historia. –Concedió con una sonrisa.

Gustavo hizo un gesto ajustándose un sombrero imaginario. –Cuando quieras Teodoro, ya sabes donde encontrarme si no estoy en el cuartel.

Los primeros rayos del sol se asomaban cuando el comandante dio la vuelta en la esquina de la calle del cuartel. Gustavo, Álvaro y Teodoro habían llegado desde las cuatro de la mañana.

Los tres policías estaban sentados alrededor de la mesa; Álvaro y Gustavo recostados en la silla con los brazos cruzados, y Teodoro con el codo recargado en la mesa. El señor Calles los miró de reojo mientras entraba a su oficina.

–¿Pa eso nos dijo que llegaríamos a esta hora? –preguntó Gustavo irritado, alzando una bolsa de pan que tenía junto a la silla.

Álvaro se enderezó, pensando en ir a tocarle al comandante y exigirle una explicación, en ese momento el señor Calles abrió la puerta y aventó un periódico a la mesa, solo para volverse a encerrar.

Gustavo se limpió el azúcar de los labios y le ofreció un pan a Álvaro, –¿no descansabas hoy? –preguntó en voz baja.

–Se cancelaron los descansos. –Álvaro recogió el periódico de la mesa, y sin leerlo, lo aventó al cesto de basura.

–¿Qué pasó? –Gustavo recogió el periódico, contestando la pregunta que tenía Teodoro en la mente.

Álvaro cruzó los brazos. –Anunciaron la presentación del domingo, otra vez pusieron el nombre del comandante.

–Por cierto, también llegaron más invitaciones, –empujó los sobres de la mesa. –Las encontré en la puerta cuando llegué.

–¿Y tú dónde andabas ayer? –Álvaro inclinó la cabeza como si hubiera recordado algo.

–Estuve toda la mañana con el inspector, me preguntaba en qué momento te asomarías para acompañarnos.

El comandante salió de la oficina y respiró profundamente, poniendo sus manos en la cintura. –Escuchen todos. Hoy es martes, quiero que me tengan una respuesta de lo que quiere este mago conmigo antes del fin de semana, ¿estoy claro? Y tú, –dijo mirando a Teodoro, –quieren que regreses hoy con el inspector, dicen que sabes en donde encontrarlo.

–¿Quién dice? –irrumpió Álvaro.

–Los altos mandos, señor Flores. –El comandante lo miró

despectivamente, –nunca debí aceptar este cambio. –Sacudió la cabeza y se metió a su oficina.

Álvaro abrió la invitación que decía su nombre.

Álvaro Flores:

*Esperamos su asistencia en el Teatro Nacional este domingo 11 de Agosto,
El Gran Sahir le tiene una gran sorpresa.*

Gustavo vio las demás sin abrir en la mesa, y las aventó al cesto. –¡¿Qué chingados es esto!?

Álvaro apretó la invitación en su puño hasta que quedó completamente arrugada y sus uñas marcadas en la palma de su mano y salió deprisa. Teodoro salió tras él, pero caminó hacia la otra dirección.

Matías estaba frente al fogón preparando un té cuando tocaron la puerta con fuerza; se asomó por la pequeña ventana y al ver a Álvaro regresó a terminar de prepararlo.

–¡Sé que estás ahí Matías! –Álvaro tocó nuevamente.

Matías dejó las dos tazas servidas en la mesa y se apresuró a la puerta. – ¡Álvaro! –dijo con tono de asombro.

–Ayer te vine a buscar, ¿en dónde estabas?

–Con el inspector todo el día, ¿acaso no me estabas vigilando? –Matías dio un paso atrás, dejándolo entrar. –Esperaba que supieras todos mis movimientos.

–¿Quieres explicarme qué demonios es esto? –aventó la invitación al suelo pero Matías la atrapó antes de que cayera.

Matías extendió el papel y leyó el mensaje con gran asombro.

–No puedo creerlo, ¿regresará al teatro? –dijo sentándose en una de las sillas. –Por favor, serví dos tazas al escuchar la puerta.

–No lo sabías, –la pregunta de Álvaro salió en tono de respuesta. –No te creo.

Matías sacudió la cabeza, –es... esto es insólito. Creí que lo habían encontrado.

–Sí lo encontraron, dicen que está en su casa de Chimalistac, no dicen dónde, pero sé que está cerca de donde Carmen y Teodoro fueron a investigar.

–En verdad no puedo creer que esto esté sucediendo. Les di todo lo que

necesitaban para capturar al mago y ahora que saben en donde está, lo dejan libre. –Matías sacudió la cabeza y después de un largo suspiro, movió la silla para que Álvaro se sentara.

Álvaro empujó la silla al suelo.

–Al menos toma un poco de té. –Matías insistió.

Álvaro exhaló mirando hacia el techo, levantó la silla y se sentó. Miró a Matías fijamente y después bebió el té de un trago.

Matías le ofreció una sonrisa y le dio un sorbo a su té.

–Me pediste que Carmen renunciara y ya no está. Me prometiste una bolsa más y un puesto de comandante, y lo único que tengo, ¡es una estúpida amenaza! ¡En el cuartel se están sacando de quicio y el comandante está que no se lo mea un perro!

Matías lo observó como un cazador a su presa.

–¡¿En dónde está lo que me prometiste?! –Álvaro se levantó nuevamente, azotando los puños en la mesa.

–No, Álvaro, –Matías se levantó lentamente y caminó alrededor de Álvaro. –No hiciste que Carmen renunciara, la raptaste y la tienes escondida hasta que yo cumpla mi parte del trato, ¿me equivoco? –Matías caminó hacia el fogón y sacó un cuchillo del cajón.

–Carmen fue acusada de asesinato, ya no está en el cuartel. Querías que desapareciera, y ya desapareció. –Álvaro respondió entre dientes.

–No me estás entendiendo, –Matías rozó la nuca de Álvaro con la punta del cuchillo. –Necesito a Carmen viva.

Álvaro sintió el frío metal en su cuello e intentó tragar saliva pero tenía la boca seca, todo su cuerpo comenzó a entumecerse y con ojos alarmados vio la taza vacía de té.

–¿Te quedaste sin palabras? –preguntó Matías apretando la punta del cuchillo contra su nuca. –No te preocupes, ya regresarán... Tal vez.

Álvaro sintió como si le hubieran pellizcado la piel, había sido solo una pequeña cortada, pero la habitación se puso de lado y Álvaro cayó al piso inconsciente.

Carmen tenía los brazos alrededor de sus rodillas, y la espalda recargada en la pared de la ventana. Estaba incómoda en esa posición, sus piernas ya se habían adormecido de estar dobladas tantas horas y su mente no dejaba de buscar soluciones y respuestas, odiaba no saber lo que estaba pasando en el cuartel, o si el inspector arrestaría al mago, pero lo que más la tenía harta, era

el silencio. El silencio la hacía recordar...

... ¡El mundo está cambiando! Las cosas son distintas para los indios, los esclavos, y yo les pregunto, ¿cuándo cambiarán las cosas para nosotras? ¿Cuándo dejaremos de ser sometidas y vistas como inferiores? Yo les digo una cosa, ellos tendrán la fuerza física, pero nosotras tenemos la fuerza mental y ¡no nos detendremos hasta que nos escuchen! ¡no nos detendremos hasta que acepten que este no es el mundo del hombre, este es el mundo de todos!

–Esto que haces es peligroso, –una mujer de vestido elegante se acercó a Carmen al final de la reunión.

–Te he visto en otras reuniones, con otra mujer, siempre hasta atrás. Déjame adivinar, ¿son hombres de lo que se esconden?

–Eres joven, lo entiendo. ¿Qué edad tienes?

Carmen apretó los labios, –doce años, y seguiré haciendo esto hasta que entiendan que somos iguales a ellos.

La mujer sonrió ante la pasión de la joven.

–Me llamo Carmen.

–Angélica, –la mujer asintió sin perder la sonrisa. –Dime una cosa, este ejército de mujeres que estás armando... ¿te has puesto a pensar que tal vez no todas son tan libres como tú?

–¿Libres? –Carmen alzó las cejas.

–Si tienen esposos e hijos... ¿qué impacto crees tener en ellas? Desde donde yo lo veo, las tienen todas de perder. Si te escuchan y hacen algo, estarían poniendo en riesgo su vida, hasta la de sus hijos...

–y si no me escuchan o me escuchan y no hacen nada, están condenando con sus cadenas a las siguientes generaciones.

Angélica sonrió, –como dije, perder-perder.

Carmen sacudió la cabeza, indiferente al planteamiento de Angélica.

–Mire señora, entiendo que esto no es fácil, pero todas actúan como si fuera normal. Es común, es lo que pasa, pero no es normal, y lo que yo intento hacer con esto, –Carmen señaló al grupo de mujeres, –es convencerlas de que hagan algo hoy, que le servirá a todas en el futuro.

Angélica se quedó en silencio hasta que una mujer llamó a Carmen. Carmen le sonrió discretamente a Angélica, –nos vemos en la siguiente reunión, –Carmen caminó hacia donde la estaban llamando.

La puerta se abrió por segunda vez desde que había despertado. La primera

había sido en su intento de fuga, cuando rompió la ventana para salir corriendo. No había sido lo suficientemente rápida y un hombre encapuchado le había apuntado una pistola a la cabeza mientras le ataba las manos y pies. Carmen no logró verle la cara al silencioso y misterioso hombre pero Carmen sabía que era el mago, tenía que serlo.

En lugar del hombre que Carmen esperaba, un niño entró a la habitación sosteniendo una bandeja, la dejó en el suelo, a un lado de Carmen, suspirando con alivio al soltarla. Por un lado de la cortina escapaba un rayo de luz pero no era suficiente para ver el rostro del niño, aún así, cuando Carmen lo tuvo cerca, le pareció que tenía un rostro familiar.

–Escúchame, soy policía, mi nombre es Carmen Huerta, y esto es un crimen. –Carmen intentó captar la atención del niño en una voz tranquila. –Si me ayudas a salir de aquí, te prometo que te protegeremos y nada va a pasarte.

El niño se quedó en cuclillas frente a ella. –Me disparaste la última vez que estuviste aquí.

–¿Eras tú? –Carmen preguntó sorprendida. –Esta es la casa del Sahir Saitám, ¿verdad? ¿es tu papá?

–No. –El niño se levantó y caminó hacia la puerta.

–¡No! ¡Espera, no te vayas! –Carmen exclamó, intentando sacar las manos de la cuerda.

El niño se detuvo, y Carmen buscó rápidamente las palabras que lo hicieran cambiar de opinión y querer ayudarla.

–¿Cómo te llamas?

–...

–Puedo darte lo que quieras, seguridad, una casa... Lo que está haciendo el mago está mal, y no puede obligarte a hacerlo.

–No me obliga a nada. –Respondió el niño.

–Entonces tal vez creas que es tu amigo, pero no lo es... Por favor, dime tu nombre. –Carmen suavizó la voz.

–... Max, –el niño volteó la cabeza. –Maximiliano.

Carmen suspiró agradecida, –Max, el señor que hizo esto es un criminal. Tú no tienes nada que temer-

–¡No es un criminal! ¡La única criminal aquí eres tú! –Maximiliano salió de la habitación y azotó la puerta.

–Agh, bien hecho Carmen, –Carmen sacudió la cabeza molesta.

Teodoro y Gustavo regresaron por la tarde al cuartel. El comandante estaba

encerrado en su oficina y Álvaro aún no llegaba.

–¿Te dijo Álvaro algo sobre el juicio de Carmen?

–No.

–Me tiene muy preocupado, –Teodoro juntó las manos y las apretó contra su nariz.

–Si es inocente la dejarán libre. –Gustavo caminó a la oficina del comandante y tocó la puerta discretamente.

–¿Qué haces?

–Solo quiero saber si está aquí, a lo mejor ya se fue y tú y yo aquí como menchos.

–Estamos trabajando, –Teodoro alzó las cejas.

–¡Por favor! Desde que vino ese tipo a entregarse se ha vuelto un caos el cuartel. Entre las muertes y las amenazas... todo está patas pa arriba, no sé qué estamos haciendo aquí.

Teodoro permaneció en silencio.

–¿Ves? No lo niegas,

–No.

–¿Por qué no le dices al comandante que hable con el inspector? Seguro él tendrá más respuestas que nosotros que ni podemos acercarnos al mago.

–Sí, es buena idea, le diré más tarde.

–Dile ahora. Anda toca a la puerta, si no está me largo a mi casa.

–Así que se arreglaron las cosas con la mujer... –Teodoro cambió la conversación.

–Sí, anda bien chula mi Lupe, está toda contenta porque mi hijo vino a visitarnos de Veracruz.

–No sabía que tenías un hijo.

–Tiene diez años, su tío se lo llevó allá pa que trabajara con él pero nos cayeron de visita.

Teodoro miró el reloj de la pared.

–¿Pasa algo? –preguntó Gustavo.

–Se me hace extraño que Álvaro no haya llegado.

–Tienes toda la razón, iré a buscarlo. –Gustavo tomó su sombrero y se dirigió a la puerta. –Ojalá y esté bien.

Teodoro resopló, seguro de que Gustavo iba directo a su casa. Álvaro solo había sido un pretexto. Miró a su alrededor, no estaba de humor para salir a hacer las rondas, ni quería regresar a su casa. Faltaban cinco días para la obra, quizá no podía acercarse a Chimalistac, pero nadie le había prohibido ir

al teatro.

Caminó echando miradas sobre su hombro, no sabía si era su imaginación o alguien lo estaba siguiendo, pero mientras más se acercaba al teatro, más sentía la presencia de alguien más. Al llegar a la puerta vio el letrero con las presentaciones anunciadas. Ese fin de semana darían una ópera, y el domingo la despedida del Sahir Saitám.

Entró de la misma forma en la que entró con Carmen la última vez, aunque esta vez no había olvidado su linterna. Caminó por los túneles oscuros que conectaban con el cuarto de utilerías. Ignoró los ruidos de las tuberías y caminó cauteloso hacia el cuarto, tocando la pistola que tenía en el pantalón, como asegurándose de que ahí permaneciera.

La puerta del cuarto estaba cerrada con llave. Teodoro la pateó haciendo que rebotara en la pared, retumbando por todo el túnel, si alguien estuviera cerca, era seguro que sabría de su presencia. Se limpió el sudor de la frente y caminó por el cuarto. La capa negra del mago estaba sobre una silla, y en el centro del cuarto había una tabla de madera rodeada por doce veladoras. Del techo colgaba una soga, justo arriba de la tabla.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Teodoro al sentir una brisa detrás de él, como si alguien hubiera pasado, pero al voltear no vio a nadie.

Salió del cuarto con la pistola en la mano, y miró en ambas direcciones, pero el túnel seguía tan desierto como lo había dejado un minuto antes. Regresó al cuarto y revisó los papeles que estaban sobre una pequeña cómoda. Uno en particular llamó su atención, sostuvo el papel frente a la linterna:

† † 10 11

12

–¡Ey! ¡Quítate!

Álvaro abrió los ojos y se enderezó llevándose una mano a la cabeza. No recordaba haber estado bebiendo pero esa era la peor migraña que había tenido en toda su vida.

–¿Qué está haciendo?! ¡Muévase! –la voz regresó, haciendo que Álvaro volteara hacia atrás.

Un caballo trotaba en su dirección, acercándose deprisa, Álvaro dio la vuelta apartándose del camino y raspando su codo, solo para hacer tropezar a un señor que cargaba un costal de naranjas.

El señor lo maldijo mientras recogía las frutas que rodaban por la calle. Álvaro ni siquiera intentó ayudarlo, estaba demasiado aturdido para hacer algo. Se quitó de la calle ignorando las miradas de las personas a su alrededor y recargó su espalda en la pared del café que estaban abriendo, intentando recordar lo que había pasado.

–¿Qué día es hoy? –le preguntó a un extraño que entraba al café.

–Seis de agosto, –respondió el señor mirándolo de pies a cabeza.

–¿Miércoles?

–Sí.

Álvaro dio media vuelta y caminó lentamente con la mano en la cabeza.

–¿Se encuentra bien? –le gritó el extraño.

Álvaro lo ignoró, acelerando el paso. Tenía que llegar al cuartel, comenzaba a recordar su encuentro con Matías.

Carmen alzó la cabeza al escuchar la puerta.

–Te traje huevos. ¿Te gustan? –Max cargaba una charola en las manos y una lámpara colgaba de su muñeca. Entró a la habitación y pateó la puerta, cerrándola.

La lámpara apenas alumbraba el piso por donde Max caminaba. Carmen recargó nuevamente la cabeza sobre sus rodillas, ignorando al niño.

Max dejó la charola en el suelo junto a ella. –¿Estás bien? –preguntó con una tímida voz.

–¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?

–No... no lo sé. –Max caminó a la ventana y recorrió la cortina unos

centímetros, dejando que la luz iluminara a Carmen.

La luz deslumbró a Carmen y parpadeó un par de veces cubriéndose con las manos. Una vez que sus ojos se ajustaron a la luz, observó a Max. Tenía ojos grandes, piel blanca y facciones finas.

–¿Por qué hiciste eso, Max? –le preguntó.

–Quería verte.

Carmen supo que el niño se estaba suavizando. Su actitud estaba cambiando quizá por lástima, o mera curiosidad. –¿Podrías al menos aflojar esto un poco? –Carmen alzó las manos, –realmente me aprieta.

Max se quedó pensativo, –es una trampa.

–Qué listo, –murmuró. –Me recuerdas a alguien, ¿tienes hermanos?

Max cerró la cortina, dejando el cuarto de nuevo a merced de la tenue luz que emanaba de la lámpara. –¿Quieres agua? ¿o algo?

–Salir de aquí.

El niño rio discretamente, haciendo a Carmen sonreír. Nunca había estado con niños, no había tenido hermanos, primos o sobrinos, pero una risa de esas debía valer más que oro para alguien que sí los tuviera.

–Max, ¿qué estoy haciendo aquí?

–Estabas aquí cuando llegamos. Pensamos que venías a atacarnos otra vez pero estabas dormida y tenías sangre en la cabeza.

Carmen se quedó en silencio, pensando en el camino con Álvaro. Se supone que la estaba arrestando, ¿los habrían atacado en el camino?. Carmen sacudió la cabeza respondiendo la pregunta, no. Reconoció el lugar cuando Álvaro detuvo la carreta, pero aún no comprendía por qué Álvaro la habría llevado ahí.

–Si el mago no fue el que me trajo aquí, ¿por qué no me dejan ir?

Max levantó la lámpara y corrió hacia la puerta. Carmen sabía que sus preguntas lo incomodaban, pero estaba segura de que en algún momento Max le diría todo.

–¡Álvaro! –Teodoro agitó una mano desde afuera del cuartel. –¡Apresúrate!
¡Encontré algo!

–Yo también. –Murmuró Álvaro acercándose.

–¿Qué te pasó? –Gustavo se sorprendió al verlo.

Teodoro frunció el ceño al verlo de cerca. –¿Dormiste en la calle?

–¿Qué tenías que decir con tanta urgencia? –exhausto, Álvaro se dejó caer

en el asiento.

–Estuve en el teatro, el mago estuvo ahí.

–Ya lo sabíamos, –dijo Álvaro indiferente. –Nos envió invitaciones, ¿recuerdas?

–Está preparando un gran acto para el domingo. –Teodoro se sentó frente a Álvaro.

Gustavo permaneció recargado en la pared con las manos en los bolsillos.

–Había una tabla rodeada de veladoras, y una sogá arriba de la tabla, como si fuera a colgar a alguien... pero eso no es todo, –Teodoro sacó un papel de su bolsillo, –encontré esto, –le dio el papel a Álvaro.

–¿Números? ¿un código?

–En la tabla estaba el número diez, y en la sogá el número once. –Teodoro los miró preocupado, –en un cajón había un cuchillo y una botellita, las dos cosas tenían el número uno.

Álvaro se quedó pensativo, pero Gustavo parecía estar perdido.

–Al comandante lo asesinaron con un cuchillo, y el cuerpo de Joaquín no tenía marcas. –Teodoro miró a Álvaro esperando que comprendiera.

–Así piensa matarlos,

–¿Pero a quiénes? –Gustavo se enderezó, sacando las manos de los bolsillos.

–Todos recibimos una invitación. –Teodoro le respondió.

–De acuerdo. –Álvaro concedió, –pero solo habían cuatro objetos marcados.

–Solo encontré cuatro objetos marcados, –Teodoro corrigió, –podrían haber más.

–El comandante sin duda será uno de ellos, –Álvaro entrecerró los ojos, –si fueran los únicos objetos, uno de nosotros tres también sería atacado en la presentación.

–¡Esperen un momento! –Gustavo exclamó con las manos en la cabeza, –¿en serio están hablando de cómo piensa asesinarnos el mago?

Teodoro desvió la mirada pensativo.

Álvaro se aclaró la garganta, –Matías me atacó anoche.

–¿En dónde? –preguntó Teodoro.

–En su casa. –Álvaro exhaló sabiendo las reacciones que provocaría su confesión. –Le echó algo al té.

Gustavo soltó una risa perturbada, y volteó hacia la pared apretando los ojos, –no sé qué me agüita más, si Matías te atacó o que andabas de compa

tomando té con él.

–Déjame adivinar, –Teodoro tampoco ocultó su indignación, –lo estabas vigilando.

–Escúchenme los dos.

–¡No! ¿Tomando té? ¡Tú escucha Álvaro! ¡Cualquier cosa que haga Matías de ahora en adelante, tú serás tan culpable como él! ¡Y yo personalmente dirigiré la investigación en el momento en el que eso pase! –Teodoro se levantó furioso y caminó hacia la puerta.

–¡Teodoro!

Álvaro salió detrás de él, y Gustavo los siguió a la calle.

–Te diré en donde está Carmen.

Teodoro se detuvo y lo volteó a ver. –No la llevaste a ningún juicio. –Su mirada estaba cargada de repulsión e ira.

–Te diré en donde está si me ayudas a desmentir a ese embustero.

Teodoro regresó hacia donde estaba Álvaro. –Me dirás en donde está Carmen, punto. Tú confabulaste con ese tipo, ahora resuélvelo tú.

–¡Lo admito! ¡Cometí un error! Pero es obvio que el mago y Matías están detrás de nosotros ¡y no te puedes quedar con los brazos cruzados ahora!

–No, no me quedaré con los brazos cruzados. Iré por Carmen, así que dime a dónde la llevaste.

Álvaro se quedó en silencio, decidiendo qué hacer.

–Solo dile en dónde está. –Gustavo dijo en voz baja.

Álvaro asintió un par de veces, –ella está bien. Está en la casa que investigaron de Chimalistac.

–Más te vale. –Teodoro exhaló sacudiendo la cabeza y se marchó. Álvaro regresó al cuartel sin mirar a Gustavo.

Teodoro bajó de la carreta al medio día. El trayecto había apaciguado su coraje y ahora comenzaba a sentirse nervioso. La casa se veía más grande e intimidante. Se detuvo frente a la puerta decidiendo si tocar sería la mejor opción, hasta que encontró una ventana rota.

–¿Hola? –preguntó en la ventana, intentando ver algo en la oscuridad del interior.

Carmen no había escuchado caballos desde que Álvaro la había llevado a ese lugar, intentó arrastrarse hasta la ventana para pedir ayuda sin que su captor la escuchara. Estaba cerca cuando escuchó la voz de Teodoro, pero

antes de poder llamarlo, se abrió la puerta del cuarto revelando la silueta del hombre y la pistola en su mano. Carmen se quedó inmóvil, esperando la reacción del hombre.

–¿Carmen? –Teodoro alzó la voz.

La silueta desapareció en el pasillo. Carmen se quedó en silencio hasta que escuchó una puerta abriéndose.

–¡Teodoro corre! –Gritó Carmen con toda su fuerza, intentando desesperadamente liberar sus manos.

El nudo cedió. Carmen escuchó un disparo y un gemido de Teodoro.

–¡No! ¡No! –imploró desatándose los pies.

Carmen estaba tan concentrada que no notó la presencia del niño en la puerta.

–No te muevas. –Max se acercó dando pasos firmes hacia Carmen, con una pistola en la mano.

Carmen deseó que hubiera luz para poder ver su expresión. Lo imaginaba cansado y triste detrás de esa apagada voz. –Tendrás que dispararme, y sé que no quieres hacerlo, Max. –Carmen caminó hacia la ventana mostrándole las palmas al niño. –Mi amigo está herido y no me voy a quedar aquí mientras-

–¡Lo haré! ¡te juro que lo haré!

Carmen se detuvo. –De acuerdo Max, hablemos, ¿quieres hablar?

–Solo quiero que regreses a donde estabas. –Dijo Max en una voz temblorosa, Carmen no pudo dejar de sentir lástima por ese niño que ahora amenazaba con matarla.

–Está bien, todo estará bien, –Carmen se alejó despacio de la ventana, decidiendo como quitarle el arma.

–¡Carmen!

Los pedazos de vidrio que quedaban cayeron al suelo, haciendo a Max y Carmen voltear a la ventana por donde estaba entrando Teodoro.

Teodoro se paró, ya dentro de la habitación, con una mano apretando su estómago, y se quedó pasmado al ver al niño con el arma.

La cortina se cerró detrás de Teodoro, dejando el cuarto en la oscuridad. Carmen notó cómo la pistola temblaba en las manos del niño.

–Max, solo dame el arma, te prometo que-

Antes de terminar de hablar, Carmen vio a Teodoro subir la mano con la que apretaba su estómago. Tenía una pistola.

–¡Teodoro espera! –Carmen gritó un segundo muy tarde.

El disparo había hecho eco en la habitación y Maximiliano cayó al piso.

–¡No, Max! –exclamó incrédula ante lo que acababa de pasar.

Teodoro intentó enderezarse pero estaba herido. –Carmen, –exhaló, acercándose a ella.

Carmen seguía paralizada cuando Teodoro la rodeó con un brazo. Cayeron dos lágrimas por sus mejillas, sintiendo un ardor en su pecho.

–¿El mago? –preguntó en una monótona voz.

–Escapó.

–¿Te disparó?

–Falló, me golpeó con un palo después de que logré arrebatárle el arma.

Carmen se acercó a Max, pero Teodoro la detuvo. –Tenemos que irnos. –Le dijo jalándola hacia la puerta.

–No podemos dejarlo-

–Ese hombre está cerca, y es peligroso.

–No está armado, –Carmen liberó su brazo bruscamente.

Teodoro se paró frente a Carmen, impidiéndole acercarse al niño. –No sabemos de lo que es capaz y no creo que esté solo. Vámonos. Hazlo por mí.

Carmen asintió, comprendiendo el temor de Teodoro. Él no solía correr riesgos y acababa de arriesgar su vida por ella.

Carmen le pidió que la dejara en su casa, a lo que Teodoro accedió de mala gana, no quería dejarla sola ahora que sabían lo que estaba pasando con Matías y el mago.

–Yo sabía que había algo raro entre Matías y Álvaro. Estuvieron hablando el día que lo liberamos. –Dijo Carmen, después de que Teodoro la puso al corriente.

–Al menos nadie más ha muerto.

–¿Qué decían las demás invitaciones? –preguntó Carmen. –¿Todas decían lo mismo?

–No lo sé, –Teodoro admitió, –Álvaro fue el único que la abrió.

–Y a todo esto, ¿qué dice el inspector? ¿aún cree que el mago es inocente?

–No después de esto, –Teodoro señaló hacia atrás.

–¿Le vas a contar?

–Por supuesto.

–¿Todo?

Teodoro permaneció en silencio, mirando hacia el frente.

–¿Teodoro?

–¿Lo dices por el niño?

–Sí. –Carmen sacudió la cabeza, –no iba a hacernos daño.

–¿Cómo puedes estar tan segura? –Teodoro reclamó, –te estaba apuntando con un arma, ¿qué querías que hiciera?

–Era solo un niño. –Carmen dijo en voz baja –¿le viste la cara al mago?

–Mmhh.

–¿Cómo es?

–¿No lo viste? –Teodoro preguntó extrañado, –¿mientras estabas en el cuarto?

–No, entró un par de veces pero todo estaba muy oscuro.

–Bueno, yo ya lo había visto en el teatro.

–No puedo creer que estuve tan cerca de él y no hice nada. Solo sé que Max- el niño, –corrigió, –lo estimaba. Decía que era bueno, y yo una criminal.

–Tonterías.

Carmen sonrió, –¿por qué me habrá dicho eso? No me deja en paz la duda.

–Entraste a su casa hace unos días, es lógico que te creyera una criminal.

–No, no creo que esa haya sido la razón.

–Entonces, ¿por qué?

–Creo que tiene que ver con lo que me dijo Matías. Es más, estoy segura.

–¿Y qué te dijo Matías?

–Lo de Angélica, lo que te conté.

–Ah sí, eso.

–Lo estuve pensando, mientras estuve en ese cuarto. –Carmen miró a Teodoro. –Creo que sé quién es el mago.

–¿Quién?

–El esposo de Angélica. Tiene un buen motivo si es él. –Carmen encogió los hombros. –Tal vez debería dejarlo cobrar su venganza.

–Espera un momento. Alguien mató al señor Urrutia, y a Joaquín. ¿Qué tendría que ver Angélica con ellos? Además, a ti el que te raptó fue Álvaro.

–No sé que rayos estaba pensando Álvaro, pero es obvio que fue idea de Matías.

–Vayamos a averiguar, ¿te parece? El comandante está asustado hasta de su propia sombra estos días, y necesitamos una policía astuta que encuentre respuestas, –Teodoro guiñó un ojo.

Carmen sacudió la cabeza, y después se incomodó tras sentir una mirada penetrante de Teodoro.

–¿Qué pasa?

Teodoro sonrió, –Nada. Solo me alegra que estés bien.

Una ráfaga de viento los azotó de camino, y con el viento llegó el olor a lluvia. Teodoro y Carmen alzaron la cabeza al mismo tiempo, observando las nubes cargadas encima de ellos.

–Hay un café aquí adelante, podemos detenernos ahí. –Teodoro señaló hacia el frente.

Un rayo iluminó el cielo y el trueno retumbó como una explosión de guerra.

El café era pequeño, apenas habían cuatro mesas y todas estaban ocupadas, otros estaban parados, todos ocultándose de la tormenta. El viento azotaba las cortinas del pequeño comercio y empujaba el agua hacia las mesas, haciendo que todos estuvieran aún más apretados.

–Nomás falta que todo se vuelva a inundar, –un hombre sacudió su sombrero molesto.

–Eso no es na', en mi pueblo el agua llega hasta aquí, –le respondió el otro señalando su cadera.

Carmen y Teodoro se pararon incómodos tras la puerta.

–Está lloviendo fuerte, pasará rápido. –Teodoro tranquilizó a Carmen, quien movía el pie desesperada de estar ahí sin hacer nada. –Mientras deberíamos de pedir algo de comer.

–¿Teodoro? –una de las señoras que ocupaba una mesa se levantó al reconocerlo.

–Buenas tardes, –Teodoro arrugó los ojos intentando recordarla, –¿señora Domínguez?

–Sí, –la mujer sonrió, –¿cómo están Doroteo y-

Teodoro empujó una mesa interrumpiendo a la señora.

–¿Estás bien? –Carmen lo sostuvo del brazo.

–Lo siento, me dio un mareo. –Se disculpó sonrojado, –señora qué gusto verla, todos están bien, le diré a mi padre que le manda saludos, con permiso. –Tomó el brazo de Carmen y caminó hacia la puerta.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Carmen al salir a la calle.

–¿Te importa mojarte?

–No, ¿quién es ella?

Teodoro subió a la carreta apurado. Miró a Carmen y sacudió la cabeza. –Alguien que podría pasar toda mi vida sin ver.

Eso detuvo a Carmen de hacer más preguntas.

Teodoro estuvo callado el resto del trayecto. Carmen intentó distraerlo

pensando en que la señora habría despertado malos recuerdos, pero él parecía estar absorto en ellos, así que Carmen se dio por vencida y dejó la plática en paz.

Doña Inés estaba afuera del vecindario cuando Teodoro y Carmen llegaron.

–¡Mija estás bien! –corrió alarmada a abrazar a Carmen.

Carmen le ofreció una pequeña sonrisa, incómoda con la muestra de afecto.
–Todo está bien doña Inés. Usted no se tiene que andar preocupando por nada.

–¡Ay como no! Vino este buen joven a darme las noticias de que te estaban acusando, yo siempre supe que eras inocente. ¿Se acabó el juicio? ¿encontraron al asesino?

Carmen se tardó un momento en entender, –sí, sí doña Inés, ya está en la cárcel.

–¡Ay gracias Virgencita!

Teodoro se aclaró la garganta. –Carmen, sé que estás cansada y todo, pero, ¿te puedo llevar a comer?

Carmen apretó los labios, sí estaba cansada pero la razón por la que quería separarse de Teodoro era para ir a la casa en donde estaba Matías y aclarar la situación de una vez por todas.

–Mira, –vio a Teodoro, quien la estaba mirando con ojos esperanzados.

–Anda, ve con él. –La señora Inés la empujó suavemente con el codo.

Carmen miró a Teodoro de nuevo, la acababa de ir a rescatar después de todo y su encuentro con la señora en el café lo había dejado de un mal ánimo.
¿Cómo decirle que no?

–Está bien. Pero solo vamos a comer, no te hagas ideas extrañas.

Teodoro soltó una carcajada, –sería incapaz.

La fonda era muy distinta al café en el que se habían detenido durante la tormenta. Carmen no acostumbraba ir a esos lugares pero Teodoro entró cómodo y pidió un gabinete en donde tuvieran más privacidad.

–En el periódico presumían la prontitud del servicio, y deliciosos manjares, veamos si eso es cierto.

Carmen asintió cortésmente, indiferente a las reseñas del sitio. El olor a comida había despertado su apetito y esperaba con ansias sentarse y pedir de comer.

–¿Hay algo de lo que te arrepientas? –preguntó Carmen probando el

estofado de pollo.

Teodoro alzó las cejas, –supongo que no quieres probar mis albóndigas a la francesa.

–No hablo de la comida. –Carmen sacudió la cabeza, riendo.

Teodoro también rio, –no. Nada.

–¿En serio? –preguntó escéptica.

Teodoro asintió y se tragó el bocado. –Sigues pensando en esa mujer...

–Sí. Ahora más que nunca. Todo esto tiene que ver con ella. Lo sé.

–El caso... –Teodoro desvió la mirada. –¿Podemos cambiar el tema? Llevamos diez días sin hablar de otra cosa. Todo este caos parece interminable, y siento que estamos de nuevo en el punto de partida.

–No, ahora es peor. No solo ha habido asesinatos Teo, también estamos siendo amenazados.

–No puedo negar los asesinatos, pero quisiera creer que las invitaciones no son más que eso, invitaciones.

–Tienes que estar bromeando.

–De acuerdo, Matías y el Sahir Saitám son un problema real. –Teodoro puso su mano encima de la de Carmen. –¿Podemos comer sin ellos dos en la mesa?

Carmen agitó la cabeza, –de acuerdo. –Miró la mano de Teodoro pero no quitó la suya.

Teodoro sonrió y regreso la atención a su plato.

–¿Quieres hablar de otra cosa?

–Lo que sea, mientras no tenga que ver con magia o con el cuartel, –respondió Teodoro enfocado en su comida.

–Háblame de tu familia, –Carmen empujó su plato vacío.

Teodoro se quedó mirando su plato como si hubiera perdido el apetito. De pronto espantó a Carmen con una carcajada. –¡Eres la peor acompañante!

13

Carmen llegó al cuartel esperando ser la primera, pero Gustavo y Álvaro estaban tomando café y revisando el periódico. Álvaro la analizó discretamente buscando heridas.

–Parece que estás bien.

Teodoro llegó detrás de ella, y se limpió el sudor tras haber estado corriendo.

–Veo que rescataste a la damisela en apuros. –Álvaro dijo en tono burlón.

–Álvaro, –Carmen exhaló calmándose, –me llamaste asesina y después me dejaste inconsciente a merced del mago, ¿crees que es buena idea empezar a chingar tan temprano?

–¿Del mago? –Álvaro preguntó ofendido. –¡Te dejé en una casa vacía!

–Era la casa del mago. –Le aseguró Teodoro.

–No, no, a mí no me cuelguen muertitos, te llevé a la casa que investigaron ustedes dos. Nos dijeron que no era su casa. ¿Lo recuerdan?

–¡Nada de eso importa! –Carmen golpeó la mesa con el puño. –No tenemos la autoridad para detener al mago pero es justo lo que tenemos que hacer, –miró a Teodoro y a Gustavo, –y ahora que Álvaro por fin entendió que Matías es peligroso, debemos actuar rápido. Tenemos que capturarlos a ambos, dentro o fuera de la ley.

–No pienso perder el trabajo. –Gustavo la miró escéptico.

–Entonces vas a perder la vida.

–Un momento, tranquilicémonos todos. –Teodoro puso una mano en el hombro de Carmen. –No podemos ir tras ese par así nada más. Tal vez es exactamente lo que quieren.

–Carmen tiene razón.

Todos miraron a Álvaro boquiabiertos.

–Eso es algo que nunca pensé escuchar, –dijo Gustavo finalmente.

Se hizo un silencio incómodo en el cuartel. Las posturas de todos eran claras, Teodoro y Gustavo querían esperar, Carmen y Álvaro estaban listos para comenzar la cacería.

–Tenemos que ir tras ellos. –Álvaro insistió rompiendo el silencio, y le lanzó una mirada extraña a Carmen, una mirada de aceptación.

–No podemos. –Teodoro alzó la voz. –¡Caeremos directo en la trampa!

–¿Qué sugieres? –Carmen lo miró con curiosidad.

–Ir el domingo a la presentación, fingir que no sabemos nada. El inspector está encima del caso y nos detendrá antes de que podamos-

–¡Fingir eso es absurdo! ¡el mago te vio!

–Matías no. Además el niño está muerto, el mago estará distraído.

–¿Qué niño? –preguntó Gustavo.

–Un niño que vivía con el mago. –Carmen sacudió la cabeza recordando el horrible momento.

–Escuchen. Regresaré al teatro, estoy seguro de que puedo encontrar algo que haga cambiar de opinión al inspector. Hasta ese momento, no podemos hacer nada. No con el inspector encima de nosotros.

Carmen suspiró, al parecer aceptando su decisión. Álvaro miró a Carmen como si quisiera hablar con ella a solas pero Carmen se disculpó diciendo que necesitaba descansar y salió del cuartel.

–¿Se puede? –Gustavo tocó a la puerta de la oficina del comandante.

–See... –El comandante Calles estaba viendo las letras de un papel con una lupa.

–Señor, vengo a ponerlo al tanto.

–¿Ya saben qué quiere ese rufián conmigo?

Gustavo miró hacia la ventana, –mmm, no, pero ya lo estamos investigando. Álvaro fue atacado por el asistente del mago-

–¿El que se entregó?

–Sí. Ese mero. Pero ahora que Carmen está de regreso en el cuartel, tenemos más manos para resolver el asunto.

–No me interesa el número de manos que hayan, ¡EXIJO. UNA. RESPUESTA!

–Ta bueno pues, lo dejo hacer sus cosas, y regresaré con una... este, con una respuesta. –Gustavo salió de la oficina.

El comandante estaba tan preocupado por el domingo, que no prestó atención al hecho de que Carmen no había sido juzgada ni había aceptado su despido.

Carmen tocó a la puerta de Matías, sabiendo que Teodoro no hubiera aprobado la decisión de ir a verlo. Odiaba mentirle a su compañero y amigo, pero era momento de aclarar todo de una vez por todas.

Matías abrió la puerta agitado. –¡Carmen!

–Sonríes como si fuera tu persona favorita en el mundo. –Carmen entró sacando la pistola que había recuperado en el cuartel.

–Te estaba esperando. –Alzó las cejas y le abrió la silla para que se sentara.

Carmen se sentó con cierta inquietud, algo en la casa le recordaba a las historias de terror que solía escuchar en el orfanato. –Se acabó el juego Matías. No eres el inocente que nos hiciste creer que eras.

–Nunca dije ser inocente. –Matías arrugó la frente.

–Quiero saber la verdad. Toda. –Carmen alzó la pistola, acentuando la seriedad del momento.

–Te dije todo sobre la resurrección.

–Por mucho que quiero encontrar justicia para cada asesinato que ocurrió en escena, no es esa la información por la que vengo ahora.

–Ah, información. Debes sentirte impotente.

Carmen entrecerró los ojos, confundida.

–Tienes una pistola. –Matías asintió, –pero no necesariamente sirve para sacar esto, –se puso un dedo señalando la sien. –Más bien si disparas esa bala podría desaparecer todo lo que necesitas saber.

–Entonces admites que lo sabes todo.

–Bueno, aún no sé como se originó el universo.

Carmen desvió la mirada, ignorando su comentario, y pensando en los motivos de Matías.

–Me hablaste de Angélica, sabes su historia, –Carmen alzó los hombros, y bajó el arma, –¿qué edad tiene el mago?

–La tuya... la mía.

Carmen apretó los labios. –Es imposible que sea el esposo de Angélica, él debe tener al menos cuarenta y cinco años.

Matías alzó la barbilla sorprendido. –Ya comienzas a sonar como una verdadera detective.

–Él debe estar detrás de todo esto. ¿Qué piensa hacer el mago el domingo? ¿para qué quiere al comandante?

–¿Por qué lo sabría yo?

Carmen entrecerró los ojos, haciendo a Matías carcajearse.

–Si intentara pensar como el mago... –Matías cerró los ojos durante unos segundos. –El comandante no sería más que una distracción.

–¿Piensa asesinarnos en el teatro?

Matías se levantó haciendo que Carmen tomara el arma y le apuntara.

–Parece que estamos algo asustados, ¿eh? –Matías caminó hasta el quinqué

con las palmas extendidas. –Solo quería algo de luz, se está nublando un poco y no creo quieras estar a oscuras.

Carmen asintió una vez y bajó el arma. Matías encendió la lámpara y regresó a su asiento.

–Te daré tres respuestas. Si me prometes ser mi acompañante en la función del domingo.

Carmen frunció el ceño entretenida. Miró hacia la puerta y regresó la mirada a Matías. –¿Qué te hace pensar que cumpliría mi palabra?

–Eres una mujer de honor. Sé que lo harás, ¿qué dices? Tres respuestas.

–De acuerdo. Primera pregunta, ¿qué es lo que quieres?

Matías sonrió, –a ti. Quedan dos.

Carmen alzó la mirada y su pérdida de tiempo se tradujo en una sonrisa falsa. –¿Por qué asesinaste al comandante y a Joaquín?

–Yo no los asesiné. Queda una.

–¿Qué clase de respuestas son esas? No me estás diciendo nada.

Matías desvió la mirada, –tienes razón, mi información no parece muy útil, pero el problema está en las preguntas, vamos, te queda una, intenta hacerlo mejor.

Carmen pensó la última pregunta. Por alguna razón sabía que Matías le respondería con la verdad. –¿Por qué te entregaste en el cuartel?

Matías aplaudió dos veces e hizo una seña como si se quitara un sombrero. –Esta sí es una buena pregunta. –Se hizo para atrás en la silla y cruzó una pierna. –Me entregué por varias razones. Hizo una larga pausa, observando a Carmen. Finalmente se inclinó hacia ella al continuar. –Quería acercarme a ti.

A Carmen se le hizo un nudo en el estómago y parpadeó un par de veces ante la penetrante mirada de Matías.

–El mago tiene un amigo en el cuartel, si supieras las historias que he escuchado de ustedes... de Urrutia, Joaquín, de ti... –Matías sacudió la cabeza riendo, –el día que me entregué sabía perfectamente que terminaría en esta casa.

–Imposible, ni siquiera nosotros sabíamos que te traeríamos aquí.

–Mira la pared, –Matías alzó el quinqué y caminó hacia los cuadros.

Carmen se levantó detrás de él, inconscientemente apretando su arma.

Se pararon frente a un cuadro rectangular, el más grande que había. Matías acercó el quinqué iluminándolo.

–Es el teatro... –Carmen murmuró, observando los detalles.

El escenario del cuadro era sin duda el del teatro nacional, aunque en la

pintura había más rojo y negro que en la vida real. El mago estaba parado en una tabla de madera, rodeada de veladoras, y sosteniendo con ambas manos una espada cubierta de sangre. Del lado derecho colgaba una soga rota, y del lado izquierdo había una cruz dibujada en el suelo y una charco rojo que caía hacia el frente del escenario. En el cuadro se podían ver las primeras dos filas del público, todos aplaudiendo felices.

–Este cuadro estuvo aquí desde que llegué, –susurró Matías a su oído. –El acto final ha estado frente a ustedes todo este tiempo.

–No hay cuerpos. –Notó Carmen.

–Es un espectáculo de magia. El público se aburre cuando no hay desapariciones.

–Nunca dejaste de hablar con el mago, ¿cierto? Todo este tiempo estuvieron planeándolo todo.

–Se te acabaron las preguntas. –Matías guiñó un ojo, –pero el domingo saldrás de dudas. Te lo prometo.

–¿Crees que vine a platicar contigo? –Carmen presionó la pistola contra la frente de Matías. –Si no salgo de aquí con lo que quiero saber, tú no sales de aquí, punto.

Matías suspiró, como si la pistola se tratara de una broma. –Yo te di información de los asesinatos. Yo estoy de tu lado.

–¿En serio? –Carmen entrecerró los ojos, presionando aún más la pistola.

Matías retrocedió hasta que cayó en la silla. –El domingo lo sabrás todo y tendrás tu oportunidad de capturar al mago. Si me matas ahora, eliminas esa oportunidad y te prometo que tú y tus amigos morirán.

Carmen alzó las cejas, –ahora resulta que piensas ayudarme.

–Soy el único que puede hacerlo. Saitám no confía en nadie más.

–Me ayudarás a arrestarlo, –Carmen sacudió la cabeza incrédula.

–Baja el arma, por favor.

Carmen la bajó.

–Iré a ver al mago a primera hora e investigaré exactamente cómo piensa llevar a cabo la función. Te contaré todo.

Carmen no confiaba en él, pero sí le creyó cuando dijo que iría a ver al mago; Carmen podría seguirlo, ver al mago e inclusive dispararle a los dos juntos. –Hecho. –Carmen sonrió complacida. –Vendré mañana a la misma hora.

Matías asintió.

Álvaro insistió en acompañar a Teodoro al teatro pero Teodoro se rehusó, seguía enfurecido con Álvaro por haber hecho un trato con Matías y puesto a Carmen en peligro.

Entrar al teatro no fue tan fácil como las otras ocasiones. Había más gente y todos parecían estar observando sus movimientos. Teodoro se repetía que estaba siendo paranoico mientras caminaba por uno de los túneles del teatro. Pasó el cuarto de utilerías y decidió probar suerte en otra puerta.

Teodoro entró a un cuarto en donde había una cama y un pequeño tocador.

–La habitación del mago, –Teodoro frunció el ceño, observando una serie de dibujos en la pared, y en letras grandes y al centro, estaba el nombre del mago.

Se sentó en la cama mirando a su alrededor, pensando que tal vez todo era una pérdida de tiempo. Se acercó al espejo mirándose cuidadosamente. –Eso es nuevo, –dijo pasando un dedo por las bolsas de sus ojos.

–¡Teodoro!

–No puede ser. –Teodoro se puso una mano en la cara al escuchar la voz de Álvaro. Salió de la habitación alumbrando el túnel.

–¡Teodoro!

–¡Shhh! ¡por aquí! –exclamó en voz baja, moviendo la linterna.

Álvaro corrió en su dirección.

–Bien hecho Álvaro, ahora todo el mundo sabe que estoy aquí.

–¿Quién es todo el mundo? Este lugar es una tumba. –Álvaro alzó la linterna iluminando el rostro de Teodoro.

Teodoro se cubrió los ojos, y dio la vuelta, –esta es la habitación del mago.

Álvaro rodeó la cama iluminando todo. –Aquí no hay nada.

Teodoro subió la linterna, mostrándole la pared.

–Escribió su nombre en la pared, ¡vaya hallazgo!

–Es todo lo que hay, –Teodoro encogió los hombros y caminó hacia el espejo.

–Espera.

–¿Qué viste?

–Regresa al espejo, alúmbrale. –Álvaro mantuvo la lámpara hacia la pared, iluminando el nombre de Saitám. –¿Estás viendo lo mismo que yo? –preguntó Álvaro en una voz que no parecía la suya.

Teodoro asintió nervioso. –Vámonos.

Los dos salieron deprisa, y corrieron al cuartel sin decir una palabra.

–¿Qué les pasa? Parece que vieron un fantasma. –Gustavo soltó una risa nerviosa al verlos llegar. –En serio, están blancos.

–Sabemos quién es el mago. –Teodoro dijo jadeando.

Carmen repasó la conversación en su cabeza. Coincidió con Matías en que sus preguntas no habían sido las mejores, pero tampoco sabía que tipo de mentiras saldrían de ese hombre, lo que preguntara daba lo mismo, Matías estaba jugando con ella, probablemente dirigido por el mago. Había recorrido dos calles cuando se le vino a la cabeza algo que dijo Matías, algo que en el momento no le dio importancia.

El mago tiene un amigo en el cuartel, si supieras las historias que he escuchado de ustedes... de Urrutia, Joaquín, de ti...

Carmen se detuvo en seco. ¿Habría realmente un traidor en el cuartel? ¿O sería que estaban usando a alguien del cuartel para sacar información sin que esa persona supiera?

Tras unos segundos, Carmen decidió dar la vuelta y regresar con Matías, si había un traidor, tenía que saber quién era.

Al llegar a la casa, no se molestó en tocar la puerta, abrió concentrada en su pregunta y se metió hasta la habitación de Matías.

–¿Con quién has estado-

Matías estaba sin playera, pero antes de que Carmen quitara la mirada, leyó atónita el tatuaje de su pecho: *veni, vidi, vici*.

14

–Niños vengan, ¿quieren ver un truco de magia?

–¡Sí! –exclamaron los dos emocionados.

–Miren esto. –Angélica los llevó a la mesa y les mostró un palillo con una pedazo de servilleta encima.

Los niños intercambiaron una sonrisa y miraron a Angélica esperando el truco.

Angélica tomó las dos puntas del palillo que salían de la servilleta y las separó lentamente. –Vean mis manos, no tengo nada.

Los niños rieron, fascinados.

–Ahora cierren los ojos.

Los niños siguieron las instrucciones.

–¡Y ábranlos!

Al abrir los ojos, solo había un palillo y el pedazo de servilleta a un lado en la mesa.

–¡¿Cómo lo hizo?! –preguntó Leopoldo impresionado.

Matías soltó una carcajada, –¡Leopoldo, tiene dos palillos! –Matías miró a Angélica con una gran sonrisa.

Angélica abrió la mano y le mostró los dos pedazos del otro palillo. – Gracias por arruinar mi truco, Matías.

Leopoldo empujó a Matías. –¡Fue un buen truco! Yo no lo hubiera adivinado doña Angélica.

Angélica los abrazó, –tengo que seguir practicando.

–¿Y su esposo? –preguntó Matías incómodo. No le gustaba estar dentro de la casa.

–Se llevó a mi hijo a cazar. Regresarán pasado mañana.

–Entonces... Eso quiere decir que...

–Sí Leopoldo, se pueden quedar aquí esta noche. –Angélica le acarició el rostro.

–¡Ehhhh! –Leopoldo corrió por la sala.

–¿Está segura señora Angélica? –preguntó Matías, nervioso.

–Por supuesto que sí, y te he dicho mil veces que solo me digas Angélica.

–Es un ángel, por eso se llama así, ¿verdá que sí? –Leopoldo regresó a abrazarla.

Angélica y Matías se rieron de la emoción de Leopoldo.

–Esto complica las cosas. –Matías sopló decepcionado.

Carmen sacó el arma al mismo tiempo que Matías se abalanzó sobre ella. Salieron dos disparos, el primero atravesó la ventana, alarmando a los vecinos, y el otro rozó la oreja de Matías antes de dejar un hueco en la pared.

Él era más alto que Carmen, pero ella era rápida y ágil. Matías impulsó su rodilla hacia la costilla de Carmen, y golpeó su mano contra la pared hasta que el arma cayó al suelo; Carmen la pateó antes de que Matías pudiera tomarla, y lo agarró del cuello, apretando con fuerza.

Matías se dejó ir hacia atrás, aplastando a Carmen entre su peso y la pared, liberándose de ella.

Los dedos de Carmen alcanzaron el jarrón con flores y lo rompió en la cabeza de Matías, al mismo tiempo que él tomaba el arma.

–Se acabó, Carmen. –Le dijo apuntándole con una mano y tocándose la cabeza con la otra, en donde Carmen lo había golpeado.

–Eras tú. –Susurró Carmen indignada y confundida. –Siempre fuiste tú.

Matías señaló una silla indicándole a Carmen que se sentara. Parecía estar tan perturbado como ella.

–Esto no tenía que ser así. –Sacó una toalla de un cajón y se la puso en la cabeza, secándose la sangre.

Caminó alrededor de Carmen, pensando. De pronto dejó caer la toalla, arrebató el cuadro de la pared, y lo hizo pedazos contra la silla que estaba al lado de Carmen. –¡Lo arruinaste todo!

Carmen permaneció en silencio, aún intentando comprender lo que había visto y lo que eso significaba. Tenía claro por qué nunca había visto al mago, pero esa respuesta solo creaba más dudas.

Matías pateó los restos del cuadro, jaló una silla y se sentó frente a Carmen, recargando sus brazos en las piernas con un dedo en el gatillo.

–Mi hermano se llamaba Leopoldo. –Al ver la expresión de reconocimiento de Carmen, asintió, –sí, el del mensaje de José Urrutia. El segundo policía se llamaba Joaquín. Mataron a mi hermano a golpes cuando teníamos doce años.

–¿Por qué?

–¿Por qué? –Matías soltó una carcajada, –porque podían, ¡por eso! Verás, mi hermano y yo visitábamos a una señora de dinero, porque nos daba comida

cada semana. Ese día la señora no llegó, pero José y Joaquín sí. Yo era el inteligente, mi hermano era el impulsivo... un intercambio de palabras se convirtió en una cruel escena de crimen.

–Por eso los mataste.

–Yo no los maté.

–Es muy tarde para seguir mintiendo... *Saitám*.

–Ese día conocí a alguien que estaba tan enojado con la vida como yo. – Matías sonrió. –Y créeme que fue el inicio de una gran amistad.

–Entiendo las muertes del comandante y Joaquín, pero ¿por qué la resurrección? ¿por qué matar a esa gente?

Matías se llevó un dedo a los labios, e inclinó la cabeza. –Aún no he decidido que hacer contigo, mi decisión está más inclinada a no dejarte salir viva de esta casa, y en ese caso puedo contártelo todo... pero, –Matías pasó la mano por su cara, frustrado, –en caso de que decida llevarte al espectáculo como el plan original... bueno, no puedo decirte nada más.

–¿Qué importa si me lo dices ahora? Moriré aquí o en el teatro, ¿me equivoco? ¿qué más da si conozco los detalles?

–Los conocerás. Cada uno de ellos. Pero hay alguien con quien quiero hablar primero.

Matías se levantó sin quitar de la mira a Carmen. –Vamos, –inclinó la cabeza hacia el cuarto. –Entra ahí.

Carmen se levantó despacio, viendo de reojo un pedazo del marco que había caído cerca de su pie. –¿Quién era el niño?

Matías movió el arma, presionándola para que fuera a la habitación.

–¿Qué vas a hacer? –Carmen preguntó molesta. –Ya pasamos por esto de tenerme cautiva.

–Necesito pensar.

–De acuerdo. –Carmen dio la vuelta con las manos arriba, recordando que en la pistola solo tenía dos balas y ya las había disparado, –solo déjame-

Carmen se agachó de prisa, y tomó el trozo de marco, tirando la punta hacia el cuello de Matías.

Matías intentó disparar pero la pistola estaba vacía. Carmen le tiró otro golpe con el marco, pegándole en la parte derecha de la cabeza haciéndolo tambalear, pero no cayó como Carmen esperaba. Matías brincó el sofá y se agachó junto al fogón, perdiendo a Carmen de vista por un instante.

Pelear o huir, pelear o huir. Carmen miró hacia la puerta pero corrió hacia Matías.

Matías se levantó del suelo con una espada en las manos. Al ver la espada, Carmen dio dos pasos hacia atrás. Matías había quedado entre la puerta y ella.

–Supongo que la decisión está tomada, aunque odio que sea así. –Caminó hacia ella con la espada en la mano, arrinconándola.

Carmen alzó las manos intentando adivinar por donde llegaría el golpe, pero un botón de pánico se encendió en su cerebro y con un grito de furia se lanzó contra Matías como un toro ante un matador que lo ha herido constantemente.

Matías cayó al suelo con Carmen encima. La espada quedó entre ellos, dejando una línea roja desde el abdomen hasta la pierna de Carmen.

Matías aventó a Carmen, pero en lugar de recoger la espada y terminar, corrió hacia la puerta y huyó.

Carmen se levantó de prisa y tomó la pistola antes de correr tras él.

–Vamos por él. –Álvaro se puso la pistola en la cintura y tomó su chaleco.

Gustavo aún estaba atónito con la noticia. –¿Están seguros? –preguntó por enésima vez.

Teodoro y Álvaro lo miraron molestos. –¿Vienes con nosotros o no?

–No, me quedaré para informarle al comandante.

–Has pasado mucho tiempo con el comandante últimamente. –Álvaro lo desafió. –Esto es más importante que tus charlas.

Gustavo sacudió la cabeza, –no, aquí estoy bien.

–Como quieras. –Teodoro le echó una mirada de reproche y salió del cuartel.

Carmen podía ver a Matías quince metros delante de ella. Rodeaban cuadras y cruzaban calles y por más que impulsara sus piernas, no lograba acercarse a él.

Al dar la vuelta en una esquina, Carmen se topó con un mercado y una gran multitud. Se abrió paso pero había perdido a Matías.

–Sigue corriendo. Ya sé a dónde vas. –Exhaló, tocándose las rodillas, cansada.

Álvaro y Teodoro entraron armados a la casa de Matías. Revisaron por toda la casa pero no había rastros de él. Teodoro miró sorprendido el cuadro hecho pedazos.

–¿Un pleito?

–Así parece. –Teodoro respondió sosteniendo un pedazo del cuadro.
–Ey, mira esto. –Álvaro tomó la espada. –Llevemos esto al cuartel.
–¿Dónde está Carmen? –preguntó Teodoro con una preocupada expresión.
–Estaba cansada, iba a su casa.
–No puede ser. –Teodoro sacudió la cabeza y salió a la calle mirando hacia ambos lados.
–¿Crees que haya venido? –Álvaro salió detrás de él.
–No lo dudo. –Teodoro se acercó al puesto de periódicos de la esquina. –
¿Ha visto o escuchado algo extraño?
El señor asintió despacio, –hubo disparos en esa casa. –Señaló la casa de Matías. –Después la mujer salió detrás del hombre.
–¿Hacia dónde corrieron?
El señor alzó un dedo señalándole hacia dónde.

Álvaro y Teodoro corrieron hacia donde el señor había indicado. Preguntaron en un puesto de jugos y en otro puesto de periódicos pero nadie más los había visto pasar.

–Regresemos al cuartel. Tal vez ya está de regreso.
–Tal vez. –Teodoro respondió con manos temblorosas.

–Pensé que íbamos al cuartel. –Álvaro se detuvo en la esquina al darse cuenta de que Teodoro los llevaba en otra dirección.
–Tú ve, habla con Gustavo, investiga qué pasa con él, yo iré a otro lugar.
–¿Vas a casa de Carmen?
–No. Voy a buscar a Matías.
–Vas al teatro. –Álvaro asintió, –iré contigo.
–Gustavo me da mala espina, preferiría que fueras con él.
–Llevo años trabajando con él, será muchas cosas pero no va a traicionarnos.
–Tú lo hiciste.

Álvaro entrecerró los ojos. –De acuerdo. Pero en cuanto salgas de ahí ve al cuartel. Ahí te espero, no importa la hora que sea. –Álvaro dio la vuelta, –esto tiene que terminar.

Carmen caminó por el túnel, pensando en lo estúpido que era entrar ahí a oscuras y sin un arma. Matías la podía haber matado en la casa pero había decidido huir, quería que lo siguiera, la quería en el teatro, y Carmen ahí

estaba, aún sabiendo que era exactamente lo que él quería.

–¡Matías terminemos con esto! –exclamó al ver una rendija de luz que se escapaba de una puerta. –¡Sabes que estás arrestado! –exclamó mirando a su alrededor, cada vez un poco más nerviosa.

Siguió la luz y abrió la puerta despacio, aunque de nada le serviría la sutileza. La luz venía de una vela que estaba en una mesa de madera en la esquina. La habitación estaba llena de cosas, trapos en el piso, una jaula vacía, la tabla de madera que le había mostrado Matías en el cuadro también estaba ahí, y las veladoras. Carmen observó todo y tomó la vela, acercándose a una puerta sin verla. Al pasar por ella, la puerta se abrió y unas manos la jalieron al interior del closet apagando la vela.

–¡Matías! –Exclamó Carmen, pero él ya no estaba ahí. La había dejado en el interior del armario con la puerta cerrada. –¡Matías! –exclamó otra vez, golpeando la puerta con fuerza.

De pronto se sintió muy agradecida de haber ido sola, al menos no había arrastrado a Teodoro esa vez. Tanteó el piso del pequeño armario intentando encontrar algo que la ayudara a abrir la puerta. Tenía poco espacio, no podía impulsarse o estirar la pierna para patear. Respiró un par de veces y se sentó con la espalda recargada en la pared.

–¿Carmen?!

–¿Teodoro? –Carmen se enderezó al escucharlo. –¡Teodoro! ¡Aquí! –exclamó, esperando que Matías no estuviera cerca.

–¿Estás aquí?

Carmen vio una luz por debajo de la puerta. –En el armario.

La puerta del armario se movió. –Espera, déjame buscar la llave. ¿Estás bien?

–Sí. –Carmen se levantó. –Matías debe de tener la llave, pero seguro encontrarás algo en esa habitación para abrir.

Después de un largo silencio, Teodoro regresó a la puerta. –No es lo que tenía en mente pero funcionará.

–¿Es en serio?! –Carmen exclamó al ver a unos centímetros de su cara el hacha que atravesó la puerta.

–Oh, lo siento. Pensé que era más grande ahí dentro. –Teodoro la alumbró con una vela.

Carmen se movió hacia la esquina y Teodoro terminó de romper un pedazo de la puerta.

–Un hacha, –Carmen sacudió la cabeza, saliendo por el hoyo que había hecho Teodoro.

–¿Te metiste a descansar un rato o qué?

Carmen sonrió, –ya debes de estar cansado de rescatarme.

–Si te soy sincero siempre pensé que serías tú la que me estaría rescatando, pero esta última semana he sido increíblemente heroico. –Dijo con una gran sonrisa. –Vámonos. Álvaro y Gustavo nos esperan en el cuartel.

–Matías es el mago.

–Lo sé.

Carmen se detuvo a la mitad del túnel.

–Álvaro y yo lo descubrimos esta mañana.

Carmen exhaló, y comenzó a caminar de nuevo.

–¿Qué pasa?

Carmen sacudió la cabeza. –Hay un traidor en el cuartel.

–¿Ajá?

–Matías me contó.

–¿Y pensaste que era yo? ¿por eso te detuviste? –Teodoro se detuvo esta vez.

Carmen volteó a verlo. –No sé que pensar, no confiaba en Matías pero tampoco me imaginé que él hubiera sido todo este tiempo.

–Te diré qué pensar, no te saqué de esa casa porque fuera un traidor ni te encontré en este armario por querer engañarte-

–No fue lo que quise decir, –Carmen lo tranquilizó, –jamás pensaría que fueras tú.

Teodoro la miró fríamente, –no, sí lo pensaste. –Teodoro caminó deprisa.

–Teodoro, –Carmen se maldijo por haberlo herido. Teodoro había pasado de sentirse un héroe a un traidor en unos pocos minutos. –Teodoro... –Carmen lo alcanzó en la entrada. –Lo siento.

Teodoro suspiró y volteó a verla, –lo sé. Todos estamos un poco exaltados. –Teodoro miró hacia ambos lados de la calle. –Hoy es jueves, en tres días podremos dejar atrás todo esto.

Carmen asintió, sabiendo que no era el mejor momento para decir que en tres días probablemente estarían muertos.

–¿Qué dice el comandante? –preguntó Teodoro al llegar al cuartel.

–No lo sé, no ha regresado. –Gustavo alzó los hombros.

–Le dijo a Gustavo que estaría aquí desde hace rato pero al parecer cambió

de opinión. –Álvaro tenía los pies sobre la mesa como acostumbraba a sentarse cuando no tenía nada que hacer. –¿Encontraron a Matías? ¿En serio fuiste tras él?

–Sí, pero no lo alcancé. –Carmen se sentó y estiró el cuello hacia ambos lados.

–¡Estás herida! –Teodoro exclamó en voz baja. –No me había dado cuenta.

Carmen vio la línea de sangre que había dejado la espada y las marcas que tenía en la piel tras el pleito con Matías.

–No me duele. –Le aseguró.

–No debiste ir sola. –Álvaro miró sus manos mientras hablaba. –Yo hubiera ido contigo detrás de ese imbécil.

–Me apresuré. Debí escuchar a Teodoro. Ahora tal vez ya sea muy tarde, si el inspector de verdad está del lado de Matías nos va a venir a buscar. Si el inspector no lo hace Matías lo hará. De cualquier manera estamos jodidos.

–Es solo un hombre.

–Es un hombre muy astuto. –Carmen alzó las cejas. –Pensar que lo tuvimos aquí en el cuartel. –Sacudió la cabeza y se levantó.

–¿Qué creen que pase ahora? ¿seguirá en pie la función del domingo? – Gustavo preguntó con una voz temblorosa.

–Más que nunca. –Teodoro cruzó los brazos. –Tal vez debamos de hacer lo mismo que el comandante. Huir.

–¿Por qué piensas que huyó? –Gustavo preguntó.

Teodoro resopló, –el tipo estaba asustado y nunca le dimos respuestas, a tres días del evento no regresa al cuartel, ¿tú qué crees?

–Creo que se quedó dormido y va a venir más tarde.

–Tal vez, –Teodoro apretó los labios.

–Como sea, ¿de verdad quieres huir? Álvaro tiene razón, es solo un hombre.

–Ustedes dos parecen estar coincidiendo mucho. –Teodoro no ocultó su indignación.

–Queremos acabar con Matías, me sorprende que ustedes dos no. –La pregunta de Carmen parecía ir más dirigida a Teodoro.

–Por supuesto que hay que terminar con él. Hay que ponerlo tras las rejas.

–Eso funcionó bien la primera vez, –Álvaro alzó las cejas.

–No sabíamos lo que sabemos ahora. –Teodoro respondió más tranquilo. – Escuchen, entiendo que quieran ir tras él ahora, de verdad lo entiendo, yo quiero hacer lo mismo. Pero tenemos que ser objetivos aquí. Nosotros no mandamos, la sociedad manda. Matías se encargó de que todos los periódicos

lo pusieran como un mártir y ahora el pueblo está detrás de él apoyándolo. Todos saben de la función del domingo, Matías no va a defraudar a su audiencia. Podemos ir al teatro ahorita y conseguir que nos arresten a todos, o que Matías estando en su casa nos mate, porque seamos honestos, él conoce el lugar como la palma de su mano y tiene todas las herramientas que necesita para hacerlo.

Carmen y Álvaro intercambiaron una mirada, Teodoro tenía razón.

–O podemos esperar, y el domingo durante la función, cuando intente llevar a cabo su acto con el comandante o cualquiera de nosotros, lo detenemos. El inspector estará ahí, y buscaremos a otros policías o al mismo ejército, iremos acompañados, y Matías no saldrá de ahí.

–¿Y si es muy tarde? –Gustavo alzó la cabeza.

Todos voltearon a verlo, ya habían olvidado que él seguía ahí.

–Si el inspector, el ejército o su madre... lo detiene cuando ya nos haya matado, ¿entonces qué?

–Seremos inteligentes. –Teodoro respondió entre dientes.

–Creí que querías esperar al domingo. –Carmen miró a Gustavo confundida.

–¿Qué es lo que quieres hacer realmente? –Carmen caminó hacia Gustavo, –¿entregarnos?

–¿Cómo? –Gustavo sacudió la cabeza. –¿Entregarnos a dónde?

–Tal vez quieras llevarnos tú mismo con Matías, ¿no? –Carmen lo miró con odio.

–¿De qué rayos estás hablando? –Álvaro se puso entre Carmen y Gustavo.

–No, espera... –Teodoro miró a Carmen, y negó con la cabeza.

Carmen asintió, era mejor que el asunto del traidor se quedara entre ellos.

Las gotas golpeaban la ventana desesperadas una tras otra. Un caminito de agua bajaba de la ventana hasta el suelo y se detenía en la jerga que Carmen había extendido. Del otro lado del cuarto, una cubeta roja recibía las intrusas gotas que se negaban a quedarse afuera.

Carmen dio vueltas en la cama. La manta era muy delgada como para hacerla entrar en calor, pero el cansancio y el dolor del cuerpo era más fuerte que las ganas de pararse por otra chaqueta. No fue hasta que escuchó los gritos de ayuda de un niño, que Carmen salió de la cama.

—¡Quédese ahí! —Carmen le dijo a la señora Inés, que estaba asomada desde su puerta, mientras ella salía corriendo a averiguar lo que pasaba.

Afuera, la lluvia sonaba como un público aplaudiendo avivadamente. Carmen miró hacia las ventanas que estaban siendo azotadas por el viento, pero no había rastro de ningún niño en peligro. Sabía que no lo había imaginado porque la señora Inés también lo había escuchado. Recorrió la calle pero no logró ver a nadie, ni escuchar nada más.

—No hay nadie. —Le avisó a la señora Inés, y se metió a su cuarto empapada de pies a cabeza.

El cuartel olía a humedad a la mañana siguiente. El cuarto de Carmen no había sido el único vencido por la tormenta. Las paredes estaban marcadas con líneas por donde había estado pasando el agua y los charcos en el suelo indicaban el lugar de las goteras. Carmen alzó el pie al darse cuenta que había un charco junto a la mesa.

Álvaro frunció el ceño al ver el piso mojado del cuartel. —¡Vaya clima!

—Ni que me lo digas, mi mujer y yo estuvimos sacando agua a cubetazos toda la noche. —Gustavo entró detrás de Álvaro, y colgó su sombrero y su chaqueta en el perchero.

—¿Dormiste aquí o qué? —Álvaro jaló la silla y se sentó a un lado de Carmen, ignorando el charco debajo de ellos.

—Llegué hace unos minutos, pensé que habrían noticias del comandante.

—Es claro que no piensa regresar. —Álvaro miró a Carmen, —estuve pensando. No podemos ir al teatro.

—¿Nos perderemos el truco? —Gustavo fue por el jalador y se lo ofreció a

Carmen.

–Si lo agarro es para darte con él en la cabeza.

Álvaro le arrebató el jalador a Gustavo y lo tiró al suelo. –Dejemos que se encarguen otros. No tiene caso ir a la función, estaremos entrando a su juego.

–¿Cuál juego? –Teodoro se secó los zapatos en la entrada.

–Olvida eso, todo está mojado. –Gustavo sacudió una mano al aire.

Teodoro tomó el jalador y empujó el agua hacia fuera.

–No iremos al teatro. –Álvaro le informó a Teodoro.

–De acuerdo. –Respondió sin alzar la mirada.

–¿De acuerdo? –Carmen repitió confundida. –Pensé que-

–Cambié de opinión. –Teodoro la interrumpió, guardando el jalador. –Estoy de acuerdo con Álvaro, estaremos entrando al juego.

Carmen asintió sorprendida. No era común que todos estuvieran de acuerdo en algo.

–Iré a la Inspección General a avisar que el comandante ha desaparecido. – Álvaro se asomó por última vez a la oficina del comandante.

–Yo voy a poner la cabeza en la almohada. –Gustavo regresó al perchero.

–¿Te irás ahora? –Carmen lo miró acusativa.

–Creo que están todos mal. Faltar a la obra es lo peor que podemos hacer.

Teodoro y Carmen intercambiaron una mirada, en su cabeza, era claro que Gustavo era el traidor que estaba del lado de Matías. Álvaro caminó despacio hacia la entrada y puso una mano en la puerta. –No irás a ningún lado.

Teodoro se enderezó, listo para separarlos en caso de que comenzaran a pelear.

–No iremos al teatro.

Gustavo lo miró desafiante. –¿A qué quieres que me quede? Es viernes. Hace un rato que no veo un día libre.

–Nadie ha descansado.

–Pues seré el primero, entonces.

–Deja que se vaya. –Carmen se levantó y pasó junto a ellos antes de detenerse en la puerta. –Si quiere ir al teatro y enfrentar a Matías, que lo haga.

–¿Y ella a dónde va? –preguntó Gustavo confundido.

Teodoro sacudió la cabeza, y suspiró derritiéndose en su asiento. Álvaro dejó pasar a Gustavo.

–Regresaré más tarde.

Teodoro asintió cruzando los brazos.

Álvaro alcanzó a Carmen en la calle.

–Pensé que irías a la Inspección.

–Sí, iré más tarde. Mira, entiendo que tu novio quiera esperar, pero tú bien sabes que estamos perdiendo el tiempo.

–Pensé que todos estábamos en el mismo canal. –Carmen alzó las cejas cruzando los brazos.

–Sí, respecto a lo que dije allá atrás.

–Entonces, ¿qué quieres hacer?

–Vamos a su casa y le ponemos una bala entre los ojos. Ahorita mismo.

A Carmen le gustaba ese plan, tal vez no había terminado el trabajo sola pero con Álvaro sería difícil que Matías lograra escapar.

–Vamos.

Caminaron en silencio a la casa de Matías. Carmen vio como el señor del puesto de la esquina la miraba negando con la cabeza, no aprobando su comportamiento. Carmen lo ignoró, y asintió indicándole a Álvaro que abriera la puerta. Los dos estaban armados y Matías estaba solo, nada podría salir mal.

Álvaro pateó la puerta de la casa, y entró listo para disparar seguido de Carmen, quien se siguió hacia la habitación al ver la estancia vacía.

–Nada. –Carmen cerró la puerta del cuarto tras revisarlo.

–¿Crees que piense regresar? –Álvaro bajó el arma y pateó los restos del cuadro.

Carmen sacudió la cabeza. –No está su ropa.

–Escondámonos aquí, tal vez regrese.

–No creo que regrese, además rompiste la puerta, –Carmen sacudió la cabeza. –Vámonos.

–Teodoro y tú se vieron extraño cuando Gustavo dijo que debíamos ir al teatro. –Álvaro caminaba con una mano en el cinturón y la otra en el bolsillo del pantalón.

–Matías dijo que había un traidor en el cuartel.

Álvaro escupió, –sí, ¿y?

–¿Tú sabías?

–Me dio una bolsa de dinero, creo que todos lo sabíamos.

–¿Te dio una bolsa de dinero?! –Carmen se detuvo.

–Ya sabías que había hablado con Matías, lo confesé, ¿qué me reclamas

ahora?

Carmen volvió a caminar, esta vez acelerando el paso. –En primer lugar no me refería a ti, sino a otra rata. Y en segundo lugar, no sabía que habías aceptado dinero de ese sujeto.

–¿Qué querías que hiciera? ¿regresárselo? ¡Ni en sueños! –Álvaro la alcanzó irritado.

–Como sea, –Carmen miró hacia las carretas que pasaban, intentando tranquilizarse, –Matías no se refería a ti. Dijo que alguien le había contado sobre nosotros desde hace mucho tiempo. –Carmen miró hacia abajo, dudando de las palabras de Matías.

–¿Estás segura que no se refería a mí?

–Segura.

Álvaro lo pensó durante un momento. –Al menos tú y yo estamos descartados. A ti te lo confesó Matías y a mí no me hubiera ofrecido dinero si fuera el traidor.

Carmen asintió pensativa.

–Esto ha sido una pérdida de tiempo, me voy a la Inspección General.

–¡Ayuda!

Ambos voltearon a la construcción de la que habían salido los gritos.

–¿Escuchaste eso?

–Sí. –Álvaro empujó la manta que tapaba el paso. –¿Vienes? –le gritó a Carmen desde adentro.

Carmen alzó un papel del suelo. Era un anuncio del espectáculo del domingo. Arrugó el papel en su puño y sacó su pistola antes de seguir a Álvaro al interior de la construcción.

–No veo nada. –Álvaro quitó una telaraña contra la que había chocado.

–Aquí no hay nadie. –Carmen arrancó la manta, iluminando los escombros y las cajas apiladas.

El lugar no era grande pero habían tantas cosas que un niño fácilmente encontraría un buen escondite.

–Estoy seguro que había un chamaco gritando.

–Debió ser una broma. –Carmen salió tras echar una última mirada.

La mañana de Carmen había sido extraña. Se preguntaba si para Álvaro había sido tan raro como para ella. Nunca habían tenido una conversación tan larga, mucho menos trabajado juntos. Parecía que Álvaro ya no la despreciaba como antes, y casi se atrevía a pensar que la veía como a su igual. Casi.

–¿Aquí estuviste todo el tiempo? –Carmen le preguntó a Teodoro al verlo recostado sobre la mesa.

Teodoro se levantó, –pensé en ir detrás de ti pero supuse que querías ir sola.

–Buenas tardes. –Un oficial entró al cuartel acompañado de Álvaro. Parecía de la edad de Álvaro pero era más alto y con cejas más pronunciadas. Vestía de traje y las canas que se asomaban lo hacían ver más atractivo.

Teodoro y Carmen inclinaron la cabeza en forma de saludo.

–El señor Flores me ha puesto al tanto de la ausencia del comandante Calles.

Carmen miró a Álvaro preguntándose si en verdad era lo único que le había informado.

–En los últimos diez días no ha habido arrestos ni multas en este cuartel.

–Oficial-

–Zavala. –El oficial asintió mirando a Teodoro, concediéndole la palabra.

–Oficial Zavala, –Teodoro se levantó. –Hemos estado detrás del señor Matías Ramsés. Se entregó al cuartel hace aproximadamente diez días para confesar los crímenes del Sahir Saitám.

El oficial lo miró, –¿me está diciendo que llevan diez días tras un solo hombre y ni siquiera lo tienen preso?

–Descubrimos que se trata del mismo hombre. El señor Ramsés nos distrajo haciéndonos ir tras el mago.

El oficial alzó la mano, deteniéndolo. –El país atraviesa por cambios importantes ahora y no tengo tiempo de involucrarme en estos asuntos. –El oficial miró a Álvaro, –señor Flores, tengo entendido que usted es el de mayor antigüedad en el cuartel.

–Gustavo Díaz, señor. Pero no se encuentra en este momento. –Álvaro respondió.

–Usted está a cargo mientras aparece el comandante Calles. Si regresa, seguirán sus órdenes pero me lo hace saber, necesitamos hacer cambios en este lugar.

Álvaro y Teodoro asintieron.

–El mago asesinó al comandante Urrutia y a uno de los nuestros. –Carmen dio un paso al frente.

–Usted debe ser Carmen Huerta.

Carmen asintió entrecerrando los ojos.

–¿Hay pruebas de lo que me está diciendo?

Carmen exhaló, –no. Pero recibimos invitaciones para el espectáculo-

–He escuchado mucho sobre usted. –El oficial la interrumpió alzando la esquina del labio, como si un hombre con una expresión tan seria fuera incapaz de sonreír. –Habla pronto.

Carmen lo observó mientras se marchaba. Su primer pensamiento había sido que no la permitiría continuar en el cuartel, pero algo en su respuesta le decía que podrían tratarse de buenas noticias.

–¿Qué me perdí? –Gustavo entró unos minutos después de que el oficial se había ido.

–¿En dónde estabas? –Álvaro preguntó asumiendo su nuevo rol de comandante.

–Con el inspector... –Gustavo alzó un hombro, inseguro.

–Pensé que irías a tomarte una siesta. –Carmen alzó las cejas ante el nerviosismo de Gustavo.

–No, claro que no. Eso lo dije nomás pa ver que decían.

–Claro. –Teodoro se rascó una oreja, –bueno pues Álvaro estará a cargo mientras regresa el comandante Calles, y probablemente después de que él regrese.

–¿Te ascendieron? –Gustavo lo miró incrédulo.

–No estuviste aquí para verlo. –Álvaro alzó una ceja.

–El comandante me entretuvo más de lo que esperaba.

–¿El comandante?

–¿Cuál comandante?

Álvaro y Carmen preguntaron al mismo tiempo.

–¿Qué? –Gustavo los miró confundido.

–Dijiste que estabas con el inspector.

–Ah, sí. El inspector me entretuvo más de lo que esperaba. Eso quise decir. –Gustavo rodeó la mesa y fingió ocuparse con los papeles de un cajón.

Álvaro pensó en confrontarlo pero recordó las palabras de Carmen. Matías había dicho que había un traidor. Buscó las miradas de Carmen y Teodoro, parecía que todos estaban pensando lo mismo.

–Parece que lloverá otra vez, –Teodoro se asomó a la puerta. –No puede ser.

–¿Qué? ¿qué viste? –Gustavo corrió a la puerta.

El comandante Calles entró al cuartel pálido y con manos temblorosas.

–Escuchen todos. –Alzó un dedo y se ajustó el cuello de la camisa. –Tengo los lugares asignados para el teatro. Solo quiero asegurarme de que lleguen a tiempo.

Los tres intercambiaron miradas extrañas. `

–¿Averiguó algo? –Carmen fue la primera en preguntar.

–Sí, ha habido un malentendido. El mago no quiere dañarnos como todos pensamos.

–No iremos al teatro. –Álvaro se enderezó retándolo.

–Sí que irán, es una orden. –El comandante estaba nervioso pero no parecía querer contarles lo que realmente pasaba.

–Solo vine a decirles eso. Me voy antes de que caiga el aguacero.

–¿Es en serio? –Carmen lo enfrentó. –Díganos lo que sabe.

–El oficial Zavala dijo que siguiéramos sus órdenes. –Teodoro puso una mano en el hombro de Carmen.

Álvaro inclinó la cabeza. –De acuerdo. Iremos al teatro, si usted nos dice lo que sabe.

–Ya les dije, –el comandante arrugó la frente indignado. –Fue un malentendido, la sociedad nos espera ahí. Será mejor que estén ahí.

–¿Y usted? ¿Estará ahí? –Carmen continuó desafiante.

–Sí Carmela, para tu información, ahí estaré. –El señor Calles dio la vuelta y salió del cuartel.

–Eso fue interesante. –Gustavo dijo tranquilamente, dejándose caer en una de las sillas.

–Iré con el inspector, parece que tiene evidencia. –Teodoro miró a Carmen.

–Eso nos ayudaría bastante. Al menos el oficial tomaría todo esto un poco más en serio, ¿quién sabe? Tal vez nos de respaldo para el domingo.

–Te acompaño. –Gustavo corrió detrás de Teodoro.

Carmen miró a Álvaro.

–¿Alguna orden?

Álvaro se sentó, ignorando si Carmen se burlaba de su nuevo puesto o había decidido apoyarlo.

–¿Qué quería Matías contigo?

Carmen suspiró. –No lo sé. De alguna forma conoce algunos secretos de mi pasado.

–¿Qué fue lo que hiciste?

Carmen recargó su peso en el otro pie, sintiéndose incómoda. No quería hablar de ese tema y mucho menos con Álvaro, aún si podía ser relevante en el caso.

–Fue hace mucho tiempo.

Álvaro la observó, haciéndola sentir aún más incómoda.

Carmen exhaló recargándose en la mesa. –¿Acaso tú no tienes demonios en el cajón?

–Por supuesto que no.

Carmen sopló, –¡bah! No te creo.

Álvaro recargó sus manos en su estómago. –Me juzgas porque no reconoces el lugar del hombre y la mujer. Buscas igualdad y libertad pero son ideales que no son posibles.

–Sí son posibles. No te juzgo a ti, Álvaro. Solo piensas y haces lo que te enseñaron a pensar y hacer. Si pudieras formar tu propia opinión, apuesto a que sería distinta.

Álvaro frunció el ceño pero se quedó callado.

–Una mujer murió al final de una reunión. Su esposo la jaló y se golpeó con una madera. –Carmen encogió los hombros, –una estupidez, ¿no? Un golpe a la cabeza y la mujer cae al suelo inconsciente.

–¿Qué tuviste que ver tú con eso?

–Yo organizaba las reuniones.

Álvaro asintió. –¿Era la mujer de Matías?

Carmen sacudió la cabeza, –no. Esto fue hace más de quince años, no sé que tiene que ver Ma-

–¿Qué piensas? –Álvaro se enderezó al ver que Carmen se levantaba.

–Matías podría tener la edad del hijo de Angélica... –Carmen tomó su chaqueta y salió a la puerta.

–¿A dónde vas?

–¡A conseguir la dirección de Angélica!

16

Carmen había recorrido más de veinte cuadras buscando a las mujeres que acudían a sus reuniones. Había tocado a la puerta de siete casas; dos de ellas estaban vacías, y en las cinco restantes le informaron del fallecimiento de esas mujeres. Las causas eran distintas, pero fue hasta la última casa que se le ocurrió preguntar si había tenido una hermana gemela. El padre de la mujer a la que Carmen buscaba, confirmó sus sospechas. Blanca Magallanes tenía una hermana gemela, y su cuerpo no había sido encontrado tras su desaparición.

–¿A dónde fue Carmen? –Teodoro entró al cuartel con una bolsa de comida.

–He estado pensando. –Álvaro caminó por el cuartel. –Tal vez si Carmen estuviera casada, no sería tan mal vista.

–Dudo mucho que le importe tu opinión al respecto.

Álvaro asintió. –Solo digo que quizá le facilitaría algunas cosas.

–Creo que no has puesto atención todos estos años. Carmen no necesita un hombre.

Álvaro soltó una carcajada, –todas las mujeres necesitan un hombre.

–¿La has visto o no? –Teodoro dejó la bolsa sobre la mesa y extendió una servilleta.

–Salió corriendo a conseguir la dirección de una señora.

–¿De quién?

–Al parecer Matías es el hijo de una señora que Carmen conoció. –Álvaro sacudió la cabeza, –quizá esa sea la evidencia.

Teodoro siguió acomodando la mesa, pero su expresión era tensa.

–Hablando de evidencia... ¿qué dijo el inspector?

–La tiene, consiguió la evidencia, –la mirada de Teodoro estaba ausente.

–¿Pasa algo?

Teodoro exhaló, –me preocupa, eso es todo. Ya es tarde y cada que corre a una nueva dirección termina como prisionera de alguien.

–De hecho es más inteligente que eso.

–¿Qué dijiste? –Teodoro volteó a ver a Álvaro.

–Me escuchaste.

–¿En serio la estás defendiendo? –Teodoro sonrió, –primero hablas de

cómo podrían ser las cosas más fáciles para ella y ahora dices que es inteligente. ¿Me perdí de algo?

—Olvidalo. —Álvaro entró a la oficina del comandante. —Estaré aquí un rato más.

—¿Quieres un mollete?

—Cenaré en mi casa.

La señora Inés tallaba la ropa en el lavadero del patio cuando Carmen llegó apresurada.

—¿Y ora tú? ¿qué haces aquí?

—Lo siento doña Inés, tengo prisa. —Carmen entró a su cuarto y aventó los papeles a la pequeña cómoda.

—Mija, —La señora Inés se secó las manos en su ropa y tocó a la puerta del cuarto.

Carmen abrió sin prestarle atención, y se apresuró a vaciar el cajón, buscando desesperadamente el diario que llevaba en sus días de lucha, ahí tenía la dirección de todas las mujeres que asistían a sus reuniones.

—Hice un plato de-

Carmen tomó la mano de la señora. —Solo vine a recoger algo. Me voy. ¡Gracias doña Inés!

—¡Pero hice chilaquiles! —gritó la señora Inés mientras Carmen se alejaba del vecindario.

Carmen corrió por la calle con el pequeño diario en el bolsillo, provocando miradas y expresiones de rechazo de los demás peatones.

—Buenas tardes. Estoy buscando a la señora Elvira.

—Buenos días. —La señora asomó la cabeza por la puerta. —¿Qué necesitas de ella?

—Hace muchos años ella y la señora Angélica acudían a las reuniones que yo hacía para mujeres.

La señora frunció el ceño y permaneció pensativa. —¿Carmen?! ¡Vaya! ¡Cómo has cambiado! Pasa. No te reconocí el otro día.

Carmen entró incómoda. —¿Señora Elvira?

La señora asintió alegre y la invitó a pasar.

Carmen no quería ser grosera pero tenía prisa. Dio unos pasos al interior, observando la chimenea y una sala llamativa.

—Para que lo sepas. Yo nunca te culpé de su muerte. Aunque haya sido la

única. ¿Quieres un té?

–No, gracias. Em, no quiero ser descortés pero solo vine porque necesito saber la dirección de Angélica.

Elvira la miró confundida.

–Su esposo, la dirección de su esposo.

–Te la anotaré. –Elvira se levantó frunciendo el ceño, no era la conversación que esperaba. –¿Seguiste con tus reuniones? –preguntó mientras cogía un papel y pluma.

Carmen sacudió la cabeza. –Estoy en la fuerza policiaca.

Elvira soltó una carcajada, –¿eres policía?

–Sí. –Carmen alzó las cejas apretando los labios.

–Bien por ti. –Elvira le entregó un papel con la dirección.

Carmen se levantó del sofá. –Muchas gracias.

–Ya debe estar en su casa. –Álvaro salió de la oficina del comandante y vio a Teodoro sentado solo en la mesa frente a un mollete sin tocar. –Deberías hacer lo mismo, ya son más de las nueve.

Teodoro asintió, levantándose. –Supongo que tienes razón. Nos queda un interesante fin de semana.

Álvaro y Teodoro salieron del cuartel.

Carmen se fue a la cama con un nudo en el estómago. No había buscado una relación entre los asesinatos del escenario, no había tenido motivo para hacerlo. El mago estaba loco, su objetivo era arrestarlo y llevar justicia a las familias de las víctimas. Ahora ya no se sentía tan ajena a sus muertes y temía continuar en ese camino. ¿Qué pasaría si la conectaran a todas las víctimas? Carmen sacudió la cabeza, repitiéndose que la muerte de Angélica no había sido su culpa, llevaba años repitiéndose eso en silencio. Al menos tenía la dirección de Angélica, después de tanto intentar alejarse, había llegado el momento de enfrentarse a su pasado. Después de varias vueltas y de levantarse y volverse a acostar, llegó la madrugada del sábado.

Carmen caminó a la estación y pagó seis centavos por subirse al tranvía de mulitas que la acercaría a su destino.

En el trayecto pensó en Elvira. Había cambiado mucho. Recorrió la conversación del día anterior. Le dijo que no la reconoció antes, ¿cuándo la habría visto? A Carmen también le parecía conocida, pero no lograba recordar

de donde. Ignorando la conversación en su cabeza, Carmen bajó en su destino.

Caminó por una lujosa zona en donde las casas tenían fachadas hermosas. Carmen no pudo evitar comparar el tamaño de las casas con su cuarto en la vecindad.

Revisó el papel para asegurarse de que estaba en la dirección correcta, y caminó hasta llegar a la casa número cuatro.

–¿Buenas? –gritó tocando la reja. Esperó unos minutos y volvió a gritar.

Un señor mayor abrió la puerta. –¿Que no se me ofrece nada! –Exclamó el malhumorado caballero.

–¡No cierre! –Carmen exclamó, –¿usted conoció a la señora Angélica? – Carmen apresuró las palabras antes de que el señor desapareciera, aunque sentía un malestar, como un mal presentimiento.

El señor volteó a verla con una expresión fría. Carmen supo que estaba en el lugar correcto. –¿Eres policía?

–Sí. ¿Puedo pasar?

El señor la observó cuidadosamente desde los escalones de la entrada, desde ahí negó con la cabeza y se metió a la casa.

–¡Señor no me iré a ninguna parte! –Carmen gritó desesperada. –¡Solo quiero hacerle una pregunta!

La puerta se abrió y el señor cruzó los brazos en la puerta.

–Su pregunta. Hágala.

–¿Cuál es su relación con Matías Ramsés?

El señor sonrió y caminó hacia la calle en donde abrió la reja.

Carmen dudó en ir contra sus instintos que le pedían que se quedara afuera, pero entró antes de que el señor cambiara de opinión, quizá no tendría otra oportunidad de hacerlo.

–¿Quién es Matías Ramsés? –el señor le hizo un gesto a Carmen para que tomara asiento en la sala.

–Señor, sé que reconoció el nombre. Es por eso que me ha dejado pasar, ¿no es así?

–Mi pregunta es, ¿qué sabes tú de él?

Carmen arrugó la frente, sintiendo que la ponían a prueba. –Se hace llamar el Gran Sahir Saitám. ¿Es su hijo?

El señor tosió con la deducción de Carmen. –Disculpa. –Se levantó y caminó hacia la cocina aún tosiendo.

–¿Se encuentra bien?

–Sí. –Respondió una vez que el ataque terminó, regresando a la estancia con un vaso de agua en las manos. –Es que me habéis dejado sin habla. Creer que yo soy el padre de ese sujeto. –El señor sacudió la cabeza.

–¿Sabe si conocía a la señora Angélica? –Carmen abrió el cuadernito en la página que había doblado. –Ella tenía un hijo-

–¿La conocías tú? –el señor miró a Carmen de una manera extraña, y mientras se miraban, llegó el reconocimiento.

Ambos se habían visto bien el día que Angélica murió. Debajo de las canas y el bigote, Carmen reconoció al hombre que había asesinado a su mujer y supo que él la reconocía a ella.

Carmen se levantó del sofá. –Tengo que irme. –Dijo tocándose la cabeza.

El señor no intentó detenerla. Permaneció sentado mientras Carmen salía apresurada hacia la puerta.

Carmen caminó unas cuerdas y se recargó en una pared para recuperar el aliento.

¿Qué esperabas? ¡Por supuesto que te iba a reconocer! Carmen se reprochó con el corazón acelerado. Al menos sé que conoce a Matías, quizá no sea su hijo pero sin duda tiene una conexión con él.

Carmen llegó al cuartel a las tres de la tarde. Colgó su chaqueta y entró a la oficina del comandante, ahora ocupada por Álvaro.

–Está en su casa. Está vivo.

Álvaro bajó el papel que tenía en las manos. –¿El esposo?

–Sí. –Carmen jaló la silla y se sentó frente a Álvaro. –Matías no es su hijo pero lo conoce. Creo que él está detrás de todo esto.

–¿Hablaste con él? –Álvaro se inclinó hacia delante, escuchando atentamente.

–Sí. Aunque no por mucho tiempo. Sabe quién soy, y no se sorprendió de verme después de todos estos años. –Carmen miró hacia un lado mientras hablaba, le parecía extraño ahora que lo decía en voz alta.

–Dame la dirección, iré a investigar.

–Mañana es la función.

–Iré hoy mismo.

Carmen asintió y puso sobre la mesa el papel en donde Elvira le escribió la dirección.

–Umm... deberías esperar a Teodoro.

–¿Por qué?

–Estaba un poco preocupado.

Carmen se levantó arrugando la frente. Álvaro había cambiado mucho en los últimos días. Se preguntó si algún día podría llegarle a caer bien ese hombre. Después de un momento sacudió la cabeza, respondiendo su pregunta. No. Solo se había vuelto menos intolerable.

Álvaro se levantó y tomó su sombrero, echando el papel con la dirección a la bolsa de su chaleco.

–¡Álvaro! –Carmen lo alcanzó en la puerta. –Hay algo más.

Álvaro inclinó la cabeza, esperando a que Carmen hablara.

–Fui a buscar a las mujeres que acudían a mis reuniones, –Carmen alzó la vista. –Creo que todas fueron blanco de Matías en el teatro.

–¿Todas están muertas?

–No visité a todas. Pero de las seis que visité, cinco habían muerto. En la última casa pregunté y la mujer tenía una hermana gemela, y su cuerpo no fue encontrado.

Álvaro se tocó la barbilla pensando. –Solo tienes la información de una. ¿Estás segura de que no se trata de una coincidencia?

Carmen frunció el ceño. *¿Podría tratarse de una coincidencia?*

–Averigua con las demás, –Álvaro dio la vuelta, –aunque Carmen.

Carmen lo miró.

–No es bueno que todo termine conectándose a ti. –Álvaro salió a la calle.

–¡Álvaro! –Gustavo se apresuró en la calle al ver a Álvaro salir del cuartel.

Con dedos temblorosos le mostró una página del periódico el Siglo Diez y Nueve.

Álvaro lo desdobló intrigado. Gustavo señaló un recuadro en la parte de abajo.

Fallece Gustavo Guzmán tras veinticuatro horas de haber sido reportado desaparecido.

–Es otro Gustavo. –Álvaro lo miró con cara de pocos amigos.

–Soy yo. Te digo que soy yo. –Gustavo se quitó el sombrero y buscó a su asesino alrededor.

–¡Cálmate! –Álvaro exclamó al ver que Gustavo estaba por perder la cabeza. –Se trata de un error.

–Si estás tan seguro ayúdame a aclararlo.

–De acuerdo. –Álvaro se ajustó el pantalón. –Vayamos al periódico.

Matías se paró frente al espejo, poniéndose un antifaz negro.

–Damas y caballeros, –dijo amarrándolo en la parte de atrás de su cabeza. Les presento... el acto final. –Sonrió mirando el reloj. Faltaba solo un día para el evento.

Todos los preparativos estaban listos y todo iba de acuerdo al plan. Se había confirmado la asistencia del comandante y los integrantes del cuartel. Matías había tenido reuniones las noches anteriores, era la primera vez que involucraba a más gente para su espectáculo y aunque no le complacía del todo, tenía la seguridad de que actuarían como se les habría indicado.

Carmen estaba parada frente a la Inspección General de Policía, decidiendo si entrar sería lo correcto o no. El oficial Zavala había sido claro al decir que tenían otras prioridades de momento. Carmen no dudaba de eso, estaba al tanto de los problemas del país, sin embargo sentía que debía informarle sobre su reciente averiguación. En la inspección contaban con más recursos, quizá eso era lo único que faltaba para terminar el caso. Abrir un par de archivos, hacer algunas entrevistas, y con eso quedarían Matías y su socio tras las rejas.

Decidida, caminó hacia la puerta en donde un señor la detuvo.

–Disculpe, usted no puede entrar aquí.

–Vengo con el oficial Zavala. Soy policía. –Carmen se quitó lentamente la mano que la había detenido.

El señor se quedó serio unos segundos, y después estalló en carcajadas. – ¡Policía!

Carmen exhaló impaciente. –Con permiso.

–Alto, alto. ¡Ey Pérez! ¡Es policía! ¿Cómo ves?

Carmen ni siquiera volteó a ver al tal Pérez. –No tengo tiempo para esto panzón.

El señor entrecerró los ojos, ofendido. –Lárgate de aquí antes de que te saque a patadas.

El otro hombre se paró frente a Carmen.

–Tú debes ser Pérez. –Carmen lo miró de pies a cabeza. –Escucha, trabajo en el cuartel de-

–Fuera de aquí, –el primer hombre la empujó hacia la puerta antes de que Carmen pudiera terminar de hablar.

Carmen cerró los puños controlándose. Había pasado por muchas experiencias similares en el pasado, y había aprendido que aunque ganara el pleito físico, jamás terminaba consiguiendo su objetivo.

Asintió dando un paso hacia atrás. –Entiendo. No entraré, pero ¿podrían decirle que estoy aquí?

–¡Esta mujer se volvió loca! –exclamó Pérez.

–¿No me oíste? ¡Largo!

Carmen apretó los labios con una sonrisa forzada. Miró hacia el interior del lugar, esperando que el oficial Zavala saliera con los gritos, pero no habían señales de nadie más. Si se quedaba y peleaba con ellos, lograría entrar a ver al oficial, después de todo era solo un panzón y un chaparro que claramente no tenían entrenamiento; pero después de haber herido a sus dos hombres, quizá el oficial Zavala no le daría el apoyo y no habría servido de nada. *Elije tus batallas Carmen*. Con una última mirada a los dos sujetos, Carmen se dio la vuelta.

Eran las dos de la tarde. Carmen no quería regresar al cuartel, al día siguiente, Matías mostraría su último truco y según él, Carmen terminaría de entender todo. ¿Qué más podría hacer a unas pocas horas del final?

–Si no encuentras hombre, puedes meterte de monja. –Juan encendió un cigarro, y le dio un trago a su bebida.

Carmen alzó la mirada al escuchar al hijo de la señora Inés. –Buenas tardes Juan, ¿cómo está Dolores? ¿no se ha cansado de ti todavía? –dijo caminando hasta su cuarto.

Juan soltó una risa y aventó su cigarro al suelo. –Aléjate de mi madre, no tiene que estar haciendo nada por ti, con que me atienda a mí es suficiente.

–¡Juan, por favor! ¿No te basta con la atención de tu mujer y tus hermanas? ¡Vaya que eres un consentidito!

Carmen se agachó por reflejo, y el vaso se rompió en la puerta de su cuarto, encima de ella.

–Vi pasar a Dolores con una marca en el cuello. Si me entero de que la volviste a tocar te arrestaré. –Dijo Carmen alzando las cejas, y se encerró en su cuarto.

–A mí y a todos los hombres del barrio, ¿no?

Carmen se sentó a los pies de la cama cuando alguien tocó a la puerta. Con un suspiro se levantó a abrir, esperando ver a Juan para continuar el pleito, en su lugar estaba la señora Inés con una bolsa en las manos.

–Doña Inés, lo siento, usted sabe que su hijo es-

—No vengo por él. —La señora Inés sacudió una mano. —Te llegó esto. No vine antes porque quería esperar a que se fuera Juan.

—¿Quién lo trajo? —Carmen sacó de la bolsa un vestido azul y unos zapatos.

—¡Órale pues! Está bien bonito. —La señora Inés sonrió, —¿ya te nos casas Carmencita?

Carmen no respondió, estaba ocupada leyendo la nota:

¿Cuál es el peor crimen? ¿Dejar sin vida el cuerpo de una persona o dejar a una persona viva tras matar su espíritu?

Pd. Estoy seguro de que te verás hermosa en este vestido.

Sahir Saitám

—¿Y? ¿quién es el afortunado? —la señora Inés juntó las palmas emocionada, sin percibir el semblante perturbado de Carmen.

—Ahora regreso. —Carmen tiró la bolsa al suelo y salió apresurada.

Recorrió la calle intentando poner su mente en blanco. No quería pensar en Matías, en el cuartel, ni en las mujeres que la habían apoyado en esos días y que ahora parecían estar muertas.

En la calle la gente paseaba sumergida en su mundo. Algunos vendedores quitaban sus puestos mientras otros aprovechaban el atardecer para poner los suyos. Carmen se tocó los bolsillos, estaban vacíos. Había gastado lo que le quedaba en el tranvía.

Con el estómago vacío, decidió regresar a casa y olvidarse de todo con un platillo de la señora Inés. Estaba a unas casas cuando escuchó gritos de auxilio. Esta vez no se sorprendió. Sin sacar las manos de los bolsillos, se acercó al portón de donde habían gritado.

En el suelo había un quinqué encima de una nota. Carmen miró a su alrededor, preguntándose si estaba ahí antes, quizá apagado, cuando pasó.

La nota tenía solo números. Dos veces el uno, tachados ambos, y un diez y un once separados por una coma. Tomó el quinqué y entró por la fachada de la vieja casa.

—¿Buenas? —preguntó alzando la lámpara.

–¡Carmen! –la voz del niño sonaba como si hubiera un segundo piso.

Carmen entró pero la casa no estaba habitada. Era angosta y la puerta que alguna vez la separó del patio, había sido cortada a la mitad. En el patio, Carmen vio una escalera que daba a la azotea.

–¿Quién eres? –preguntó desde abajo, esperando que el niño saliera.

Al no encontrar respuesta, Carmen aceleró el paso, subiendo por los peldaños de la incómoda escalera de madera.

En la azotea no había nadie, pero habían tres velas rojas encendidas.

–¡Sé que estás aquí! Solo sal. –Carmen caminó alrededor de la azotea y alcanzó a ver la silueta de un niño brincando hacia la calle de atrás.

En lugar de seguirlo, Carmen regresó a las veladoras. Dos de ellas tenían nombres: Carmen y Álvaro, la tercera tenía una mancha de tinta en donde habían comenzado a escribir pero se habían detenido.

Carmen se asomó para ver si el niño seguía cerca, pero había oscurecido y le costaba trabajo ver inclusive la calle de atrás.

El domingo llegó sin que Carmen pudiera haber dormido. Ni el cansancio acumulado de la noche anterior le había facilitado dormir.

Pasó la mañana leyendo su diario, recordando las reuniones y su infancia en el orfanato. Se preguntaba en qué momento había ardido tanto su pasión por luchar por sus ideales, si las demás niñas parecían haber aceptado que eran inferiores. Carmen no se imaginaba cediendo ante tal destino, ella soportaría el rechazo de afuera, pero nunca se vería a ella misma como un ser inferior.

El carruaje llegó a las cuatro en punto. Carmen vio desde la ventana como la señora Inés charlaba con el joven que llevaba las riendas.

Tras un suspiro, Carmen se puso el vestido y los zapatos, e intentó acomodar su cabello de forma presentable.

–¡Ay no Carmen! –la señora Inés no aprobó el peinado de Carmen. –¡Pilar ven aquí!

Una de las hijas de la señora Inés bajó la escalera deprisa.

–¿Qué son esos gritos madrecita?

–Ayúdala hija, con ese vestido tan bonito, ¿qué va a estar saliendo con esos pelos?

Carmen hubiera sonreído si no estuviera pensando en Matías y en todo lo que podría pasar en el teatro.

Pilar le sonrió a Carmen, apenada por su madre, y le acomodó el cabello

con pasadores.

–Ya estás.

–Gracias. –Carmen sonrió apretando los labios.

–Ahora sí, ¿nos llevas a la boda! ¿eh? –la señora Inés exclamó emocionada mientras Carmen se subía al carruaje.

Álvaro, Gustavo y Teodoro estaban vestidos de traje en la entrada cuando llegó Carmen.

Gustavo chifló al verla llegar. –¡Qué bien estás! ¿con esa pinta por qué chingados te gusta vestirse como hombre?

Carmen le mostró el dedo de en medio, haciendo a Teodoro y Álvaro reír en respuesta.

–Te ves muy bien. –Teodoro sonrió discretamente.

–¡Híjole! ¿de él si aceptas cumplidos?

–¿Por qué no entramos de una vez? –Carmen miró hacia la multitud. –¿A ustedes también les regalaron ropa y un carruaje?

–A todos. –Teodoro respondió y se inclinó hacia el oído de Carmen. –Pero yo sí usé uno mío. –Le dijo guiñando un ojo.

Un caballero los llevó a la cuarta fila. Ahí se sentaron Gustavo, Álvaro, Carmen y al final Teodoro. Todos mirando cautelosos a las personas que los rodeaban.

–¿Hablaste con él? –Carmen preguntó impaciente.

Álvaro negó con la cabeza. –Gustavo me distrajo con otro asunto, pero iré mañana.

–Si hay un mañana. –Carmen miró a su alrededor preocupada.

–Esta lleno de gente esto, ¿qué puede pasar?

–Se te olvida que así fue como asesinaron a más de ciento sesenta personas.

–Carmen respondió en voz baja, analizando al público, mientras el escenario comenzaba a iluminarse.

Quince antorchas se encendieron frente al telón, una por una. El murmullo del teatro fue silenciado cuando las cortinas se abrieron y revelaron a un hombre parado en el centro. Su complexión y postura no encajaban con la elegancia de su atuendo.

–Buenas noches damas y caballeros, esta noche es especial por muchos motivos. –El comandante Calles bajó la mirada al papel para leer el resto del mensaje. Las gotas de sudor caían de su frente, y sus dedos temblaban. –El Gran Sahir Saitám hará su última presentación, después de haber sido injustamente, INJUSTAMENTE, –repitió alzando la voz y con un dedo al aire, –acusado de cometer ciertos crímenes.

–¿Qué carajos está haciendo ahí el comandante? –Álvaro se inclinó hacia delante con las manos en los descansabrazos, como si algo le impidiera levantarse.

–No, esto no me gusta para nada. –Gustavo miró de un lado a otro, y de pronto se levantó. –Con permiso, disculpe, con permiso.

–¡Gustavo! –Carmen se levantó para seguirlo.

–Iré yo. –Teodoro también se levantó. Pero una mano lo detuvo del brazo.

–Déjalo. –Álvaro lo miró seriamente.

Teodoro echó una última mirada por donde había salido Gustavo y se sentó.

–Entonces, –continuó el comandante, –para demostrar que el Gran Saitám no tiene problemas con la ley y para proveerles de una noche de magia, los miembros de la fuerza policiaca serán las estrellas esta noche. Por favor, recíbanlos con un gran aplauso.

El caballero que los había llevado a sus asientos, los esperó al final de la fila para que se levantaran. Álvaro, Teodoro y Carmen intercambiaron una mirada. Los señores que estaban en la fila de enfrente y detrás de ellos, se inclinaron mostrándoles los cuchillos que guardaban debajo de sus sacos. No podrían salir de ahí sin hacer una escena y poner en peligro a las personas de

alrededor.

Se levantaron de mala gana, y fueron escoltados por el caballero de la antorcha a los escalones del escenario.

El comandante Calles miró hacia una esquina del escenario y asintió nerviosamente, después se tambaleó deprisa hacia los escalones donde los policías estaban subiendo.

–¡Me amenazaron! ¡amenazaron a mi familia! ¿qué querían que hiciera? – susurró al pasar entre ellos, dándose paso hacia el auditorio, con la mirada puesta en la salida.

Ruidos de truenos retumbaron por todo el teatro. Del suelo del escenario se alzó una nube de humo, y apareció un hombre con un antifaz y una delgada capa negra

–¡Bienvenidos! –Matías le sonrió a su público, y después a los tres policías.

Algunas mujeres del público exclamaron, y hombres y mujeres aplaudieron al verlo.

Matías se veía muy distinto. Su postura lo hacía verse más alto, y sus movimientos fluían con un toque de arrogancia. Era la primera vez que Carmen lo veía en su actuación de mago.

–Damas y caballeros, hemos recorrido un largo camino en donde la vida y la muerte se envuelven con lazos de magia. –Matías caminó por el escenario, buscando la mirada de sus espectadores, quienes seguían todos sus movimientos como si hubieran sido encantados.

La sonrisa de Matías se engrandeció con el efecto que causaba en la gente. – Hasta ahora, han presenciado cómo lo imposible se vuelve real frente a sus propios ojos. ¿No es así?

Un fuerte estallido exaltó al público, seguido de una nube de humo en un extremo del escenario. Al dispersarse el humo, apareció una mesa con un frasco de un líquido rojo y una flor negra. La gente aplaudió y algunos murmuraron.

Teodoro miró hacia la esquina del escenario y le echó una mirada a Carmen para que salieran aprovechando la distracción.

Carmen dio un paso hacia él, pero Matías se interpuso al mismo tiempo que cuatro hombres se pararon en cada extremo del escenario, ocultos ante el público.

–Han visto actos como la resurrección...

El público aplaudió nuevamente y algunos hombres arrojaron sus sombreros.

–¡Queremos ver la resurrección! –exclamó un hombre de las filas del centro.

Matías sonrió, –el día de hoy no retamos a la muerte. El día de hoy retamos a la vida... y rompemos maldiciones.

Un segundo estallido provocó risas nerviosas entre la gente, y en el suelo apareció una capa que escondía algo debajo.

–En esta función de despedida, quiero hacer tributo a una leyenda. Una historia que inspiró este espectáculo, y que causará escalofríos entre algunos de ustedes. –Matías alzó una ceja con su sonrisa provocadora y se acercó a los peldaños del escenario.

–Cuenta la historia que un niño esperaba a una mujer en una calle desierta, cuando dos policías lo atacaron brutalmente hasta dejarlo sin aliento. –Detrás de Matías se iluminó la sombra de un niño en una manta negra. –Los que se enteraron no hicieron nada ante el suceso. La sociedad le había dado la espalda a ese niño... Pero la justicia llegó. Dieciocho años después, con una diferencia de unos días, se encontraron sin vida a los policías causantes de su muerte. Irónicamente, ambos habían fallecido a la una de la tarde. La misma hora en la que cometieron el asesinato. –Matías caminó hacia el otro lado del escenario. –La mujer que el niño estaba esperando, había sido manipulada por un grupo de rebeldes que la llevaron a su muerte ese mismo día a las diez de la mañana, y una hora después fue arrestado el hombre culpado de ese crimen.

–¡Las horas! –exclamó Teodoro en voz baja.

Carmen volteó a verlo.

–Los números que vi, son las horas que acaba de decir, uno, uno, diez, once. –Dijo exaltado.

Carmen supo lo que eso significaba. Si era culpada por la muerte de Angélica, ella moriría a las diez y Álvaro a las once, la misma hora que fue arrestado el esposo.

El público escuchaba estremecido, la mayoría con expresiones de consternación.

–En un ataúd nunca se entierra solo a una persona. Esta noche hacemos tributo a los que murieron en cuerpo o espíritu ese día, ¡e invitamos a otros que buscan justicia!

La capa que estaba en el suelo se movió, y un brazo salió de ella. Un niño salió por debajo, hizo la capa a un lado y se paró frente a todos.

–¿Max? –Carmen lo miró boquiabierta mientras el público murmuraba.

El semblante de Maximiliano era pálido y completamente serio. Tenía líneas bajo los ojos y su camisa tenía un agujero en el pecho.

–Imposible. –Teodoro retrocedió con una expresión horrorizada.

Álvaro los miró confundido, irritado con la reacción de Teodoro.

–¿Quién eres? ¿quieres decirnos lo que pasó? –Matías se hincó frente al niño.

–Él me disparó. –Max señaló a Teodoro con una mano.

Un murmullo se convirtió en chiflidos y quejidos que llenaron el teatro.

Matías se puso de pie, alzando las manos calmando al público. –¡Más tarde todos observarán como el caballero probará que él también puede regresar de la muerte!

Caminó hacia la mesa y se quitó la capa, enseñando una camisa negra abierta del pecho, dejando su tatuaje a la vista. Decenas de arañas salieron corriendo por el piso, debajo de la capa y hacia la mesa donde estaba el frasco.

–Por favor, –Matías le extendió una mano a Teodoro invitándolo a acercarse.

Quitó la tapa del frasco y le ofreció la bebida. –Oficial, ¿tiene usted algún cargo de conciencia?

–No. –Teodoro lo miró fríamente.

–Maravilloso. –Matías alzó el frasco hacia el público. –Este líquido es sanador para los que actúan con bien, y veneno para los infames. ¿Qué dicen ustedes? ¿deberíamos ponerlo a prueba?

–¡Sí!

–¡Que lo haga!

Teodoro ignoró al público, pero no podía apartar la mirada de Max.

–No lo hagas. –Carmen susurró sintiendo un nudo en la garganta.

Álvaro se movió incómodo, intentando pensar en un plan que los sacara de ese escenario sin ser atacados por los hombres que tenía Matías rodeándolos.

El público comenzó a presionar a Teodoro, abucheándolo y alzando las manos.

Teodoro miró al público por primera vez y después a Matías, quien seguía

sosteniendo la bebida.

–¿Acaso te asusta? –Matías lo retó, y mientras lo miraba fijamente a los ojos, bebió la mitad del frasco.

Álvaro y Carmen se sorprendieron de verlo tomar el líquido. Estaban seguros de que era veneno.

–¡Gallina! –gritaron algunas personas.

Matías les había dado el pretexto para atacar a Teodoro, después de haberlo acusado del asesinato del niño.

Teodoro exhaló, secándose el sudor de las palmas en su pantalón, y tomó el frasco del que había bebido el mago.

Matías alzó las manos, calmando nuevamente al público.

Teodoro bebió el líquido de un trago, apretando los ojos por el fuerte sabor.

Antes de que Carmen pudiera acercarse a él, Teodoro cayó al suelo con los ojos cerrados.

Matías se volteó y sin que el público lo viera, escupió el líquido. Álvaro y Carmen lo miraron alarmados.

–Por favor señores y señoras, nuestras estrellas no nos defraudarán esta noche. Más tarde regresaremos con él.

Una manta negra cayó del techo, meciéndose por el aire y aterrizó donde estaba Teodoro. Matías quitó la manta y Teodoro había desaparecido, en su lugar, volaron seis palomas en dirección a la audiencia.

El público se levantó asombrado aplaudiendo con fuerza.

Álvaro miró la puerta secreta en el suelo y automáticamente buscó otras puertas en el escenario, quizá esa sería la única forma de escapar.

–Para nuestro segundo acto ustedes serán los jueces. Nuestros policías han prometido hacer que esto parezca real, pero ustedes serán quienes lo decidan. –Matías caminó por el frente del escenario y conforme pasaba, las antorchas se iban apagando, dejándolo en completa oscuridad.

Carmen escuchó a Álvaro carraspear, y en la oscuridad intentó salir por la esquina, forcejeando con los brazos que la detuvieron detrás de una cortina.

El público miró en completo silencio como unas veladoras se encendían en forma de rectángulo, alumbrando una tabla de madera. Los dos policías habían desaparecido del escenario.

La tabla tenía un hacha en la punta, atada a una rueda de madera y cuerdas que iban en dirección al techo del escenario. Matías lanzó su capa hacia arriba

de la tabla, haciendo aparecer una cuerda de ahorcamiento justo encima de ella.

El mago caminó hacia los peldaños del escenario. –Antes de invitar a nuestras estrellas, haremos una pequeña demostración. –Matías sonrió de la forma que enloquecía a las mujeres, –no se preocupen, no pienso dejarlos fuera.

Un hombre con chaleco rojo se acercó a la primera fila y le ofreció un sombrero a una señora de mayor edad.

–Como es costumbre, un caballero les pedirá que saquen un papel para elegir a nuestro primer voluntario. –Continuó Matías, guiñándole un ojo a la señora.

La señora se sonrojó, y sacó un boleto con la fila E. El señor de al lado sacó un boleto con el número siete.

El hombre del chaleco le entregó los papeles a Matías, mientras el público murmuraba emocionado.

–¡Nuestro voluntario es la persona sentada en la fila E, en el asiento número siete!

Un joven se levantó entusiasmado mientras el público le aplaudía animándolo.

Una vez que estaba en el escenario, Matías y él intercambiaron una mirada de espaldas al público.

–¿Cuál es tu nombre?

–Ramón.

–Ramón, ¿estás asustado?

–No. –Ramón soltó una risa y se secó la frente como si estuviera sudando, haciendo que el público riera en respuesta.

–¡Bien! Te pediré que te recuestes aquí, –Matías señaló la mesa, –y pongas tu cabeza debajo del hacha.

Ramón se aflojó la corbata, y alzó una mano temblorosa, contagiándole sus nervios a la gente que observaba cuidadosamente.

Ramón se recostó, pero se enderezó enseguida. –¿Debajo del hacha?

Matías escuchó las risas del público mientras asentía.

–Muy bien. –Ramón se recostó.

Matías volteó al público. –Ahora necesito un segundo voluntario. ¿Quién será el afortunado?

Centenas de manos se alzaron en el público, y el hombre del chaleco rojo se

acercó a las filas del centro.

Una joven sacó el papel con la fila R y la señora de la fila de atrás sacó el papel del asiento diecinueve. Se los dio al mago para que anunciara al segundo voluntario.

El nuevo participante se levantó de su asiento, sorprendido de haber sido llamado. A diferencia del joven, él caminó seriamente y mirando al frente sin voltear. Era alto y delgado, y tenía el cabello amarrado con un listón negro. Algunas parejas murmuraron al ver al extravagante hombre acercarse al escenario.

–Pase por aquí. ¿Está nervioso?

–Un poco, –admitió el hombre, pasando una mano por su cabello.

–¿Cuál es su nombre?

–Octavio.

–Octavio, no tiene nada de qué preocuparse, le regresaré su cuerpo en cuanto hayamos terminado. –Matías le sonrió haciéndolo sentir cómodo al instante, aunque sus palabras fueran perturbadoras. –Pase de este lado, le explicaré lo que haremos.

Matías lo llevó hasta donde estaba el joven recostado. –Ataré esa soga a su cuello y lo elevaré del suelo, justo encima de Ramón. Al alzarse, esta rueda hará que la cuerda jale la palanca que dejará caer el hacha sobre el cuello de nuestro buen amigo. –Matías caminó hacia el otro lado. –No les diré lo que pasa después, porque no quiero arruinar el espectáculo, pero les aseguro que lo recordarán perfectamente.

Ramón soltó una risa nerviosa.

–¿Me permite su saco?

Octavio se quitó el saco y se lo entregó a Matías.

–¿Están listos? –Matías alzó las manos hacia el público, quienes exclamaron entusiasmados en respuesta. Después se dirigió a sus dos voluntarios, ¿están listos?

Ambos asintieron acomodándose en sus lugares.

Matías miró a Carmen mientras colocaba la soga alrededor del voluntario. Carmen lo miró con furia, intentando liberarse de los hombres que la detenían. En el otro extremo estaba Álvaro. Carmen lo notó relajado, sin advertir la mancha de sangre que tenía en la parte de atrás de la cabeza.

Matías extendió los brazos y la cuerda se levantó con un fuerte rechinido cerca de la cabeza de Ramón. Octavio permaneció suspendido en el aire, colgado de la soga durante unos segundos, hasta que el hacha bajó con un fuerte golpe, apagando las velas alrededor.

El público permaneció en silencio.

—¿Ramón? —Matías caminó por el escenario, y las antorchas se encendieron junto a él. —¿Podrías levantarte?

El cuerpo de Ramón se levantó, aunque su cabeza seguía en la tabla.

El público se levantó de sus asientos, algunos llevándose las manos a la boca y otros llevándolas a sus cabezas, incrédulos.

—¿Me escuchas? —Matías preguntó desde los escalones.

—Sí.

—¿Cómo te sientes?

Ramón soltó una carcajada. —¡Me siento perfecto!

El público rio también aunque seguían desconcertados ante lo que tenían en frente.

—Camina hacia mi voz por favor.

El cuerpo de Ramón se movió hacia el frente del escenario, acercándose al mago. El público inhaló aún más sorprendido.

—¿Octavio?

El público llevó su atención a la soga, en donde Octavio colgaba en una extraña posición. Su cuerpo estaba arqueado hacia atrás, con la mano y el pie derecho en la soga, y la cabeza en medio de ellos. Su brazo y su pierna izquierda colgaban libres en el aire.

—Ohhhhh... —se escuchó al público maravillado.

—¿Sí? —respondió Octavio calmado.

—¿Cómo llegaste a esa posición?

—No lo sé, pero no estoy incómodo.

El público rio aplaudiendo.

—Ramón, regresa a la tabla. —Matías ordenó.

El cuerpo de Ramón regresó a la tabla y se acostó, acomodándose debajo de su cabeza.

Matías lanzó el saco de Octavio al aire. Dos antorchas se encendieron a los costados del escenario, y cuando la gente regresó la atención al centro, Ramón y Octavio estaban de pie como cuando llegaron al escenario.

El estallido de aplausos hizo eco en las paredes del teatro. La gente se

levantó atónita, ante la locura que acababan de presenciar.

En lugar de bajar por los escalones, Ramón y Octavio caminaron hacia la esquina del escenario.

Uno de los hombres que detenía a Carmen, la soltó y sacó dos bolsitas de su pantalón. Le entregó una a cada uno. Ramón y Octavio asintieron y siguieron caminando.

–Ey, –Ramón se regresó con el hombre que le había pagado. –¿Me puedo quedar con la cabeza?

El hombre negó con la cabeza. Ramón encogió los hombros y siguió caminando.

A Carmen no le sorprendió que Matías usara actores para sus trucos, para ella era todo una gran pérdida de tiempo y jamás habría dado un peso para asistir, pero admitía que ver a Max la había sacudido, aunque era lógico que el disparo de Teodoro no lo había matado y Matías lo había ayudado a sanar. Al menos eso explicaba los gritos de ayuda en la calle. Matías lo había preparado todo, y las tres veladoras que había encontrado eran de Álvaro, la suya, y la de Teodoro.

Matías asintió en la dirección de Carmen, y los hombres la empujaron suavemente hacia el escenario.

–Sabía que te quedaría bien ese vestido. Te ves espectacular.–Matías susurró al oído de Carmen.

Carmen asintió, contemplando el hilo que tenía Matías enredado en los dedos, –el vestido es lo único espectacular de esta noche.

Matías apretó los labios reprimiendo una sonrisa.

Carmen miró los hoyuelos de sus mejillas, sabiendo que le había pegado a su orgullo.

Matías volteó hacia el público.

–Ahora es el turno de nuestras estrellas. Aunque haremos algo distinto. –Matías alzó una mano señalando la parte de atrás del escenario y dibujó un círculo en el aire. Detrás de él, se encendió una llama que avanzó en forma de círculo y se apagó al cerrarse.

Carmen miró hacia arriba, frente al círculo había una plataforma en donde estaban parados dos hombres sosteniendo a Álvaro.

–¡Álvaro! –Carmen exclamó en voz baja. –¡Álvaro!

Uno de los hombres alzó la cabeza de Álvaro y puso la soga alrededor de su

cuello. Carmen se dio cuenta de que estaba inconsciente.

Una mano la distrajo, Matías la guió hacia la tabla.

Carmen miró al público, compartiendo risas y murmurando. ¿Era posible que Álvaro y Teodoro estuvieran muertos?

Miró al público de nuevo, decidiendo qué palabras utilizar para hacer que la gente descubriera la farsa de Matías.

—Álvaro se negó a cooperar. —Matías le mostró una jeringa adivinando sus pensamientos. —Si te resistes la gente solo pensará que es parte del acto, y con esto caerás en un sueño profundo... Te perderás de las respuestas que tanto has buscado.

Carmen desvió la mirada.

—Si me permites, —Matías extendió una pequeña soga, esperando las manos de Carmen.

Carmen las extendió con un gruñido. —No saldrás de esta.

Una sonrisa fue la única respuesta de Matías.

Carmen se recostó en la tabla como Matías le indicó, y él pasó una cuerda por su abdomen y alrededor de la tabla, haciendo un nudo en la parte de atrás. Después alzó un puño y la tabla se enderezó, haciendo a Carmen quedar de pie.

Matías dio un paso atrás y extendió las palmas a los costados. Se encendieron dos estrellas, una a cada lado de Carmen, haciéndola entrar en calor rápidamente.

—Les conté que la señora que murió ese día formaba parte de un grupo rebelde. Lo que no les conté, es que de los miembros del grupo que acudieron ese día, hoy todos están muertos. Se dice que ese día despertó una maldición y que la única forma de terminar con ella, es a través de un sacrificio.

El cuerpo de Álvaro bajó despacio al escenario con la soga al cuello, estaba inmóvil y el lugar tan oscuro que podría tratarse de un muñeco.

Damas y caballeros, esta noche les prometí dos cosas, que retaríamos a la vida, y romperíamos una maldición. A la cuenta de tres, aquél hombre y esta mujer sacrificarán sus vidas para romper la maldición, y revivirán segundos después frente a sus propios ojos, para demostrarles que la magia y las maldiciones son reales.

Frente a los pies de Carmen se abrió una pequeña puerta y alcanzó a ver a una mujer usando el mismo vestido que ella, con el mismo peinado y facciones similares.

—¡Uno!

El círculo de fuego que antes se había encendido comenzó a prenderse nuevamente. Esta vez el fuego se mantuvo, iluminando desde atrás de Álvaro.

Desesperada, Carmen intentó quitarse la cuerda de las manos.

—¡Dos!

Movió la cabeza sabiendo que el hacha iría directo a su cuello. Al alzar la vista vio a un hombre alto parado en el centro del teatro, con una fila de hombres detrás de él.

—¡Tres!

El tiempo se detuvo. Lo único que Carmen escuchaba era su propia respiración agitada y su pulso acelerado, los demás sonidos se convirtieron en un fondo borroso y lejano. Sus ojos pasaron rápidamente por el público deteniéndose en una mujer con una risa escandalosa al igual que su peinado. El cerebro de Carmen no lo registró, ya estaba mirando a Álvaro colgando de la soga, detectando un ligero movimiento en sus dedos. Apartó la mirada nuevamente, esta vez sus ojos encontraron a Matías, su verdugo. Sus labios se movían, y por unos segundos sus miradas se cruzaron. Matías ya no era el hombre que se había entregado en la estación, y tampoco era el seductor mago en una presentación; el hombre que la miraba ahora era el resentido humano que quería hacerla pagar. Su mirada no era de odio, más bien vacía.

Un movimiento brusco la hizo apartar su vista de Matías. La rueda se había movido y la palanca bajaría en cualquier momento. Sus ojos seguían buscando, pero un calor intenso la hizo mirar a su izquierda. Las llamas que envolvían la estrella estaban muy cerca.

Carmen tomó la decisión al mismo tiempo que levantó ambos pies y los arrojó con fuerza a la estrella. El impacto hizo que la tabla en la que Carmen estaba recostada, cayera al suelo, rompiendo el mecanismo y liberando el hacha.

Carmen alzó la mirada, la estrella había caído en el telón como ella esperaba, extendiendo las llamas hacia el resto de la cortina. Matías dio un salto intentando detener la estrella pero era muy tarde. La gente sentada en las primeras filas se levantó, corriendo en pánico hacia la salida.

Carmen se liberó de la tabla y con el hacha cortó la cuerda que sostenía a Álvaro, dejándolo caer al suelo.

—¡No corran!

Carmen volteó al escuchar la voz del oficial Zavala. La fila de hombres se había dispersado, ahora Carmen podía distinguir que eran policías.

—¡Ayuda! —exclamó al ver que Álvaro no reaccionaba. Esperó a que un policía se acercara, y corrió en la dirección en la que vio salir a Matías.

—¡Carmen! —el oficial Zavala la alcanzó en las puertas del teatro.

Carmen estaba en la acera mirando a su alrededor. –Perdí el rastro. –Dijo acelerada. –No sé por dónde se fue.

Álvaro salió apoyado por un policía.

Carmen exhaló al verlo, –estás bien.

–Sí. –Álvaro se llevó una mano a la nuca. –Es la segunda vez que me envenena ese cabrón.

La gente se empezó a acumular afuera del teatro. Habían personas asustadas y otras gritando enfurecidas, mientras los bomberos comenzaban a llegar.

–Necesita descansar, señor Flores. –El oficial Zavala lo miró consternado, después miró a Carmen. –El comandante Calles está bajo custodia, en cuanto tengamos su confesión daremos la orden de arresto contra el señor Matías Ramsés.

–¿No la tenemos aún? –Carmen preguntó incrédula.

–En este momento lo único que tenemos es un público-

–¡Ella lo hizo! –exclamó un señor señalando a Carmen.

El oficial Zavala alzó las cejas como si aquél señor hubiera terminado su frase.

–¿Yo? ¿va a arrestarme a mí? –Carmen dio un paso atrás con los ojos bien abiertos.

–Por supuesto que no, señorita Huerta. Pero esos son los hechos, y la gente del teatro podría levantar cargos.

–Sí provocaste un incendio arriesgando la vida de mucha gente. –Álvaro la miró, con los ojos aún pesados.

Carmen lo miró boquiabierta, y Álvaro sonrió débilmente.

El oficial Zavala también sonrió, para sorpresa de Carmen.

–Vayan a descansar, esas carretas los llevarán a casa. Tengo mucho que hacer aquí. –El oficial miró al teatro y después a la multitud que sus hombres intentaban controlar.

–¿Puede caminar? –preguntó el policía que ayudaba a Álvaro.

–Sí. –Álvaro se soltó y miró a Carmen, –te veré mañana en el cuartel.

Carmen asintió y forzó sus pies a moverse hacia la segunda carreta. No quería ir a ningún lado, no con Matías por ahí suelto, pero el oficial Zavala estaba ahí, y sabía que podía confiar en él.

El vecindario estaba extrañamente silencioso cuando Carmen se bajó del carruaje.

Agradeció al chofer y se llevó las manos a los brazos, intentando entrar en

calor. En el segundo piso alcanzó a ver la sombra de la flama de una vela, pero no parecía haber nadie. No era tan tarde, no podrían estar dormidos todos. Se asomó hacia las otras puertas y se paró en el patio intentando forzar su oído. Seguro escucharía a los niños, o algún hombre enfiestado. Nada. Quizá a doña Inés se le habría olvidado contarle de alguna boda o celebración. Conforme con esa explicación, Carmen cedió a su agotamiento y se dirigió a su cuarto. Se quitó el vestido y lo hizo bolita tirándolo al rincón, pensando que quizá lo usaría después para limpiar. Se puso una camiseta blanca y encima un camisón, y se recostó envolviéndose en la manta, sin poder dejar de pensar en Teodoro.

No pasó mucho tiempo antes de que se quedara dormida, hasta que un ruido la despertó.

Carmen se dio la vuelta cubriendo sus oídos, pensando en que sus vecinos habían llegado y entrarían escandalosos al vecindario, pero no escuchó nada más. Se enderezó, preguntándose si había imaginado el ruido después de todo, y sobre la pequeña cómoda encontró un reloj de bolsillo. Se levantó buscando a la persona que lo habría dejado ahí y miró la hora, eran las nueve cincuenta y cinco. La paranoia hizo nido en su estómago mientras volteaba el reloj. En la parte de atrás tenía un diez grabado con números grandes.

Se vistió de prisa, tomó su quinqué, y salió corriendo al cuarto de la señora Inés. Por alguna razón quería asegurarse de que ella estuviera bien. Tocó a la puerta con fuerza y tras no recibir respuesta la pateó hasta abrirla.

—¿Doña Inés? ¿Pilar? —Carmen caminó por el cuarto. Habían trencitos de madera tirados, algunos platos de barro con restos de comida, y ropa extendida sobre muebles viejos y descuidados.

Carmen abrió la cortina del área donde dormían. Los cuatro catres estaban pegados y no había espacio entre ellos y las paredes. Carmen nunca había entrado, se preguntaba como dormían cinco personas y tres niños ahí.

Bajó la escalera con cierto alivio de no haber encontrado manchas de sangre ni rastros de un conflicto. Pasó por la puerta de Juan y Dolores pero no se atrevió a romperla. No tenía caso hacerlo, la persona que se había metido esa noche a su cuarto no quería lastimar a sus vecinos, Matías la quería lastimar solo a ella.

Caminó de regreso a su cuarto, pensando en tomar el cuchillo y salir a enfrentar al asesino, pero al llegar a la puerta, un fuerte estallido la hizo volar hacia atrás.

Su cabeza azotó contra el suelo mientras volaban pedazos de vidrio y

madera en todas direcciones. Con un fuerte zumbido en sus oídos, Carmen alzó un brazo cubriéndose del pedazo de cómoda que volaba en su dirección.

Carmen se levantó lentamente, con sus ojos en los restos que quedaban del cuarto. En el lugar de la cama, no había más que un hoyo lleno de ceniza, indicando donde estalló la bomba.

No tenía tiempo de sufrir ni lamentar pérdidas, tenía que advertir a Álvaro. Salió tambaleándose del vecindario. Escuchó ladridos de perros y llantos de niños. Algunas personas ya estaban con sus velas en la calle, averiguando lo que había sucedido. Carmen sabía que ese estallido se habría escuchado en varias cuadras, sin duda alguien traería a los bomberos y a la policía.

Carmen nunca había ido a casa de Álvaro pero sabía en dónde vivía. Se detuvo en un árbol, recuperándose del mareo, tenía que correr, de otra forma no llegaría a Álvaro a tiempo.

Con un último respiro, obligó a su cuerpo a moverse a una velocidad que no había necesitado nunca, y aún cuando sus pulmones le pedían detenerse, Carmen siguió hasta encontrar la casa número siete.

—¡Álvaro! —exclamó casi sin aliento. No tenía idea de la hora, pero podría jurar que ya había pasado una hora. —¡Álvaro! —gritó nuevamente.

Sabiendo que no tenía tiempo que perder, trepó los barrotes y brincó al patio de la casa que alguna vez perteneció a los padres de Laura, la esposa de Álvaro.

—¿Qué está pasando? —Laura amarró la cinta de la bata y abrió la puerta de la casa.

—¡Tienen que salir de aquí! ¡Ve por tus hijos! —Carmen le ordenó, apresurándose al interior. —¿En dónde está Álvaro?

Laura corrió pálida a la habitación de sus hijos. —¡No lo sé! ¡Desperté y no estaba!

Carmen se detuvo, pensando. Quizá se lo habían llevado, tal vez la casa no corría ningún riesgo. Alzó la vista y vio a Laura con una niña en brazos y un niño de no más de cinco años, tallándose los ojos junto a ella. No, no se arriesgaría.

—Tenemos que salir. —Alzó al niño y siguió a Laura hacia la calle. —Un hombre que perseguimos hizo estallar mi vivienda. No sé si tu casa corra el mismo riesgo.

Laura asintió nerviosa y con ojos llorosos. Eso explicaba el polvo en la

cara de Carmen y sus ropas.

–Perdón por alarmarte. ¿Tienes a dónde ir? –Carmen bajó al niño.

Laura asintió, –mi hermana vive al fondo. Iré con ella.

–Bien. Yo buscaré a Álvaro.

Carmen miró hacia el patio de la casa, mientras Laura se alejaba con los niños.

–¿Carmen? –la voz de Álvaro venía del patio.

–¡Álvaro!

Álvaro salió antes de que Carmen entrara.

–Escuché un ruido, ¿qué haces aquí?

–Matías puso una bomba en mi cuarto. Vine a advertirte.

Álvaro dio la vuelta con pánico en su rostro.

–Tu esposa y tus hijos fueron a casa de su hermana. –Carmen exclamó antes de que Álvaro entrara por ellos. –Tenemos que alejarnos.

Una luz iluminó el segundo piso de la casa. Carmen y Álvaro retrocedieron cubriéndose el rostro frente a la explosión.

Álvaro maldijo caminando furioso de un lado a otro. A Carmen le sorprendió escuchar el nombre de Gustavo en repetidas ocasiones.

–¿Crees que él le esté ayudando?

–Si su casa no está hecha pedazos, ¡no me quedará la menor duda de que él era la maldita rata!

Carmen suspiró. Al menos nadie había muerto en las explosiones.

–Te veré mañana.

–¿A dónde vas?

–A hacer un inventario de lo que tengo. –Carmen apretó los labios en forma de sonrisa, y alzó ligeramente las manos desde adentro de las bolsas de su chaqueta.

Álvaro no parecía estar relajado de que su familia se hubiera salvado. La furia era justificada, aunque el mal humor le duraría un buen tiempo, quizá años. Carmen sintió lástima por Laura.

En lugar de regresar a su casa. Carmen caminó en dirección al cuartel. De por sí tenía poco, estaba segura de que ya no quedaba nada. Se imaginó a la señora Inés al llegar al vecindario. Los bomberos le informarían que no habían cuerpos en los escombros.

Caminó pateando piedras por la Alameda, la luna se reflejaba en la copa de los árboles y los jardines. Escuchó risas que venían de un árbol, y no pudo evitar sonreír pensando en la joven pareja que se escondía del mundo.

Llegó al cuartel y se sentó frente a la mesa, frotándose las palmas para entrar en calor. Después de un momento, el silencio inundó sus ojos y dejó caer su cara sobre sus brazos en la mesa. El llanto no dolía por su casa, por la bomba... esa agonía solo tenía un nombre, Teodoro.

Álvaro llegó al cuartel a media mañana y le informó a Carmen que el oficial Zavala llegaría en cualquier momento.

–Este... ¿comiste algo? –Álvaro preguntó incómodo, colgando su chaqueta.

Carmen suspiró, sin quitar la vista de sus manos. –Estoy bien. ¿Tu esposa?

Álvaro se sentó. –Ocupada. Tiene mucho que limpiar.

Carmen sacudió la cabeza sin querer pensar en sus modales ahora.

–Buenos días. –El oficial Zavala entró al cuartel, vistiendo tan formal como siempre.

Carmen y Álvaro se levantaron, pero el oficial hizo una señal para que permanecieran sentados y jaló una silla para sentarse frente a ellos.

–Matías Ramsés está desaparecido, pero el comandante Calles habló y ya se emitió la orden de arresto, pese a los encabezados.

Álvaro alzó las cejas recordando algo desagradable pero Carmen frunció el ceño, no había visto el periódico.

–Te culpan por arruinar el espectáculo y la gente no solo quiere su dinero, exigen que hables por Matías. –Le informó el oficial Zavala.

–¿Que hable por él?

–Excusarlo, –el oficial sacudió la mano en el aire, –defenderlo. Da igual, no pasará nada de eso.

Carmen asintió, considerando las palabras del oficial.

–Por ahora me encargaré de localizar a Matías. –El oficial se levantó y miró fijamente a Carmen. –Hiciste un buen trabajo con la investigación. Mis hombres encontraron los demás cuerpos en Chimalistac y no tardaremos en conectarlos al señor Ramsés.

Álvaro y Carmen se levantaron también.

–Les dejé dos carrozas afuera. Álvaro, estás a cargo. Hagan lo que consideren oportuno. –El oficial dio la vuelta y se detuvo en la puerta. –Les seguiré informando.

–¿Qué quieres hacer? –Carmen rompió un largo silencio tras la partida

del oficial.

–Comenzaremos la búsqueda de Gustavo.

Carmen carraspeó, –¿no habían bombas en su casa?

Álvaro negó con la cabeza. –Voy a matar a ese desgraciado.

Carmen asintió mientras Álvaro extendía un mapa sobre la mesa.

Álvaro tomó un lápiz y marcó con una cruz algunos puntos en el mapa.

–Tú irás a su casa y la casa de sus hermanos. Yo iré a los lugares que visitaba y en donde creo que podría estar escondido. Por aquí comenzaremos.

Carmen analizó el mapa y memorizó los puntos que recorrería. Después tomó su pistola y esposas, y fue por su chaqueta a la puerta.

–Carmen. –Álvaro la llamó. –Vivo o muerto.

Carmen asintió y salió del cuartel.

Carmen tiró de las cuerdas avanzando hacia la calle. El movimiento la hacía bostezar. Ya no recordaba la última noche que había descansado.

Se detuvo en un bebedero y mientras las mulas tomaban agua, se preguntó cuál sería la reacción de Gustavo. La última vez que lo vio, salió corriendo del teatro. Cualquiera hubiera creído su cobardía. Ella lo hizo después de todo.

El día pasó rápido. Después de pasar más de una hora esquivando preguntas de la esposa de Gustavo, recorrió los otros puntos que le correspondían. Nadie lo había visto. Era como si la tierra se lo hubiera tragado.

Aún le faltaba visitar un lugar, pero estaba cerca del vecindario y decidió pasar a ver a la señora Inés. Quizá no lo hubiera hecho si su estómago no hubiera estado exigiéndole comida hasta al punto de sentir náuseas.

La señora Inés lloraba en el patio cuando Carmen se bajó del carruaje. Carmen empalideció al verla. ¿Habría pasado algo grave? Un sentimiento de culpa la invadió por no haber regresado antes.

–¡Estás bien! –La señora corrió al verla, con una gran sonrisa en el rostro.

–¿Qué pasó doña Inés? ¿está bien?

–¡Ay me moría del susto! ¡pensé que ya te habías petateado mi hijita! –la señora Inés la abrazó.

Carmen le dio una palmada en la espalda. –Estoy bien, estoy bien. –No tenía idea de que la señora se pusiera tan mal si algo le pasara, tras la muerte

de Teodoro, no sabía que quedaba alguien en el mundo que lamentara su pérdida.

–Ven, hija. Te preparo algo.

Carmen siguió a la señora al segundo piso, observando los escombros de lo que había quedado de su cuarto y del cuarto de arriba que afortunadamente no estaba habitado. Los nietos de doña Inés jugaban en los escombros, simulando explosiones y aventando piedras, pese a los intentos de su madre de que se detuvieran.

–¡Tú!

Juan salió de su cuarto envuelto en cólera. –¡Tú provocaste esto!

–¡Déjala!

Carmen nunca había visto a la señora Inés gritarle a su hijo. De hecho, era la primera vez que la veía de otra forma que no fuera la viejita comprensiva que se escondía para ayudar a Carmen.

–¡Sácate de aquí y llévate tus gritos a otra parte! –la señora Inés agitó un dedo parándose en el escalón, entre Carmen y Juan.

Carmen lo miró, lista para pelear si al sujeto se le ocurría hacer un movimiento contra su madre, pero Juan solo la miró con furia apretando los labios, y después se regresó a su cuarto, dejando a Carmen boquiabierta.

Me gustaría ver esto más seguido. Pensó Carmen.

Carmen se despidió de la señora Inés, agradeciéndole por la deliciosa comida y el espacio que le había hecho en su cuarto. Mintió diciendo que se quedaría con un pariente, con tal de no incomodar a la ya apretada familia.

Tras recorrer sin éxito la casa del último hermano de Gustavo, Carmen regresó al cuartel. Eran las diez de la noche, temía que Álvaro ya se hubiera ido a su casa, pero lo encontró sentado frente al mapa.

–Nada. –Le informó a Álvaro. –Guadalupe está desesperada. Está con toda la familia y temen que le haya pasado algo.

–¿Qué les dijiste?

–Nada. Solo que estaba desaparecido.

–¿Les dijiste que es sospechoso?

–No.

–Bien. –Álvaro se levantó, –no queremos que lo escondan.

–Vendrán a avisarme si tienen noticias de él. –Carmen caminó por el cuartel, y su mirada se detuvo en el periódico que estaba en el cesto de basura.

–¿Es el de hoy?

–No, es del sábado. –Álvaro se quedó pensativo. –Fui al periódico con Gustavo a aclarar el tema de su muerte pero no encontramos a nadie.

–¿El tema de su muerte? –Carmen alzó una ceja.

–Hasta abajo en la segunda plana. –Indicó Álvaro.

Carmen sacó el periódico y buscó lo que decía Álvaro. Sus ojos encontraron el cuadro en donde se anunciaba la muerte de Gustavo Guzmán tras veinticuatro horas de su desaparición.

–Abajo viene la dirección en dónde se supone que fue encontrado. ¿Crees que esté en peligro?

–No. Creo que solo me tomó el pelo. –Álvaro seguía claramente enfurecido.

–¿El periódico forma parte de esto?

–Gente influyente.

Carmen alzó las cejas, –jamás pensaría que Gustavo se codeara con gente influyente.

–No, yo tampoco. –Álvaro respondió con la mirada ausente.

–Deberías ir a descansar.

Álvaro la miró y asintió, poniéndose de pie. –Tú deberías hacer lo mismo. Mañana continuaremos la búsqueda. Quizá la dirección del periódico nos sirva de algo.

Carmen esperó a que Álvaro saliera del cuartel para jalar las sillas. Se acomodó en una y subió los pies a la otra. Cruzó los brazos y cerró los ojos.

Carmen despertó cuando alguien tocó a la puerta del cuartel. Tomó su pistola y abrió la puerta cautelosa.

–Disculpe que venga a esta hora. –Una señora que vestía con abrigo caro estaba parada en la puerta.

–¿Qué se le ofrece? –Carmen preguntó mirando hacia la calle, ya estaba amaneciendo.

–El señor Flores me pidió que viniera si sabía algo de Gustavo Guzmán.

–Sí, sí, adelante. –Carmen dejó pasar a la señora.

–Un conocido mío lo vio anoche. Era muy tarde para venir, pero le aseguré que a primera hora les diría.

–¿En dónde lo vio?

–En la Alameda.

Carmen asintió, –¿le dijo si estaba solo?

–Sí. Lo vio caminar apresurado, dice que lo llamó, pero Gustavo miró sobre su hombro y salió corriendo.

–¿Hacia dónde?

–No lo sé, hacia los árboles.

–De acuerdo. ¿Alguna otra información?

–Me temo que es todo. –La señora dijo apenada. –Pero vine en cuanto abrí los ojos.

–Le agradezco mucho. –Carmen la acompañó a la puerta.

Álvaro llegó faltando cinco para las siete.

–Sabía que tus días también se habían vuelto más largos. –Dijo entrando por la puerta.

–Sí, llegue hace un momento. –Carmen mintió.

–Bueno, pos a seguir con esto.

–Vino una señora hace unos minutos. Dice que un conocido de ella vio a Gustavo en la Alameda ayer por la noche. No vio para donde fue, pero le aseguró que estaba solo.

El rostro de Álvaro se iluminó. –De acuerdo. Yo iré a la Alameda, tú ve a la dirección del periódico.

–¿No crees que deberíamos ir los dos a la Alameda?

–No, puede tratarse de un engaño. –Álvaro cargó la pistola y se la puso en la cintura.

Carmen exhaló al ver salir a Álvaro. Le parecía absurdo seguir una pista falsa cuando sabían que Gustavo estaba cerca. Tomó el periódico y partió en esa dirección.

En menos de cincuenta minutos, Carmen ya estaba frente al café en donde supuestamente había sido encontrado Gustavo. Esperaba encontrar una casa, o un local en construcción, pero la dirección daba con un café lleno de gente.

Miró en ambas direcciones buscando a Gustavo, aunque sabía que era una pérdida de tiempo.

Entró al café aunque no tenía un solo quinto. Observó las mesas y sus ojos se detuvieron en la del fondo. El esposo de Angélica estaba sentado con un periódico en las manos.

Carmen ignoró al trabajador que le pedía que tomara asiento y salió del café a esperarlo. Aunque no tenía pruebas, sabía que estaba detrás de todo el asunto del mago. Quizá él la llevaría a Matías.

Pasaron más de dos horas y el señor aún no se movía de la mesa. Carmen se limpió el sudor de la frente, pensando en regresar al cuartel, cuando un hombre entró al café y se sentó en su mesa. El esposo de Angélica movió los labios señalándole el reloj de bolsillo.

Debía ser alguien importante, pensó Carmen, segura de que el esposo de Angélica no esperaría a nadie que no lo fuera, más de cinco minutos.

Carmen sacó el periódico y lo extendió frente a su cara, acercándose hacia la esquina para observar mejor los movimientos del señor y su acompañante.

El esposo de Angélica sacó un sobre y miró hacia las mesas de al lado antes de ponerlo sobre su mesa y empujarlo hacia el otro señor. El hombre tomó el sobre y lo metió a su saco.

Carmen sacudió la cabeza, *sin tanto drama se verían menos sospechosos.*

El acompañante señaló hacia fuera con un dedo y ambos se levantaron. Carmen regresó el periódico a su nariz mientras los dos señores se subían a un elegante carruaje afuera del café.

Ella pensó que tendría más tiempo, ni siquiera los vio pagar. Se llevó una mano a la cara para no ser descubierta mientras caminaba a su carreta. Estaba esperando a que avanzaran, pero el acompañante se bajó del carruaje y caminó por la acera. Carmen se asomó, pensando que el esposo de Angélica también se bajaría, pero el carruaje comenzó a avanzar.

Carmen jaló las riendas, avanzando también. Si iba para su casa no tendría que seguirlo, sabía bien en dónde era, pero no sabría con certeza si ese era su destino, así que se limitó a seguirlo de lejos.

Álvaro recorrió la Alameda tres veces. Nadie había visto nada extraño y no habían rastros de Gustavo. Desesperado, comenzó a tocar en las casas que habían cerca, asegurándose de que no lo hubieran ocultado.

Regresó al cuartel al medio día, esperando encontrar a Carmen con mejores noticias, pero el cuartel estaba vacío.

Caminó de un lado a otro desesperado, decidiendo si debía ir al lugar al que había enviado a Carmen. Se levantó y se sentó indeciso durante un par de horas. Mientras más tiempo pasaba, más seguro estaba de que Carmen estaría por llegar, pero llegó el atardecer y aún no sabía nada de ella.

Harto de estar en el cuartel, tomó su chaqueta y se detuvo en la puerta. No había entrado a su oficina de comandante en los últimos días. Sin un motivo

claro para hacerlo, entró y echó una mirada alrededor, pateando accidentalmente un papel en el suelo. Se agachó a recogerlo y vio que era la dirección que le había dejado Carmen. Su rostro empalideció al leer la dirección del esposo de Angélica.

–No. No puede ser. –Murmuró apretando las manos, con el papel hecho un puño, sabiendo que Gustavo era inocente.

Subió a la carreta deprisa, tirando con fuerza y esperando que no fuera demasiado tarde.

20

Álvaro llevaba diez minutos esperando a que saliera de su oficina el oficial Zavala. Después de contarle todo, el oficial había llamado a su encargado para darle instrucciones.

–El oficial lo espera. –El encargado esperó a que Álvaro entrara y después se marchó.

–El señor Doroteo Díaz es un hombre importante. Será mejor que seamos precavidos. –El oficial cruzó las manos en la mesa.

–Lo sé. Por eso estoy aquí.

El oficial asintió, –dos de mis hombres están en camino. Si el señor Díaz se rehúsa a cooperar, iremos mañana con más hombres y registraremos la casa.

Álvaro tenía prisa. Quería hacerlo él, y en ese momento, pero el oficial le había mostrado apoyo y estaba tomando acción. No podía pedir más que eso.

–Entiendo tu sentido de urgencia. –El oficial lo miró. –También quiero que esto termine, pero tenemos que hacerlo bien y de una forma segura. Si tu teoría es cierta y ese hombre tiene a Carmen y Gustavo, no podemos acelerarnos porque ellos serán las primeras víctimas de un error.

Álvaro asintió. –Iré con sus hombres.

–Será mejor que no te vea llegar. Pero en el caso de que regresen con las manos vacías, puedes venir mañana conmigo y con los demás. Iré al cuartel a avisarte, mientras busca todos los registros de ese sujeto, si alguno de ellos aparece antes, me lo haces saber.

Carmen tenía al esposo de Angélica en la mira. Tras seguirlo a un callejón de construcciones a medio terminar, él se había bajado del lujoso carruaje y esperaba frente a un portón, mirando en ambas direcciones. Carmen se había acercado lo más posible sin levantar sospechas. Se había bajado de la carreta, utilizándola como protección, y ahora esperaba a que Matías o Gustavo salieran por esa puerta.

Desde la periferia de su ojo, alcanzó a ver a un grupo de hombres entrando al callejón, cuando parecía que la puerta se estaba abriendo.

–Sal, sal, sal. –Carmen murmuró, con el dedo sobre el gatillo.

Los hombres se acercaban y pronto Carmen sería descubierta.

¡Maldición!

Carmen se movió hacia el otro lado de la carreta, perdiendo visibilidad de la persona que salió, y ahora hablaba con el esposo de Angélica.

Miró de reojo la parte de debajo de la carreta, por donde planeaba pasar, pero otro grupo de hombres salió de la construcción de al lado y supo que la encontrarían.

Sin tiempo de hacer nada más, metió la pistola en su pantorrilla, y las esposas en su camisa. Tendría que improvisar.

–¿Qué tenemos aquí? –preguntó un hombre entretenido, mientras Carmen alzaba las manos.

–No estoy armada. –Se levantó quedando a la vista del esposo de Angélica y Matías. Sacudió la cabeza apretando los labios. Si hubiera tenido un segundo más, Matías ya estaría muerto.

Matías y el esposo de Angélica la miraron sin ninguna reacción. Carmen se preguntó si la habrían descubierto desde el café.

–Súbanla. –El esposo de Angélica alzó un dedo.

Contó los hombres de los dos grupos que los rodeaban, catorce, quince, dieciséis...

–Después de todo teníais razón. –Le dijo el señor a Matías.

Matías puso una mano sobre su hombro, –cualquiera hubiera pensado que sería Álvaro el que vendría.

Un hombre intentó tomar a Carmen del brazo. Carmen se lo quitó instintivamente, echándole una mirada retadora.

–No se te ocurra.

Matías sonrió, acercándose. Los dos grupos lo vieron esperando instrucciones. Matías se paró junto a Carmen y miró a la entrada del callejón.

–Sus servicios no serán necesarios después de todo. –Les dijo y después miró a Carmen. –Pensé que traerías al batallón contigo. El oficial Zavala se ha mostrado interesado en tu causa.

Carmen dudó, ahora que tenía a Matías de cerca. Le tomaría unos segundos agacharse para sacar su arma y dispararle. En esos segundos ya estarían encima de ella, no tendría oportunidad de disparar o fallaría.

–¿Te importa si te acompaño? –Matías extendió la mano, indicándole que subiera a la carroza.

–Adelante. – Carmen miró al esposo de Angélica antes de subir. Las cosas se le estaban facilitando. Matías moriría en el trayecto.

Matías subió detrás de ella y se sentó a un lado. Dos hombres más entraron,

y se sentaron frente a ellos, ambos con una pistola en la mano, y uno de ellos sosteniendo una caja.

Carmen suspiró, –pensé que tendríamos privacidad.

Matías sonrió. –Ignóralos.

El esposo de Angélica dio instrucciones a los hombres que se quedaron, y después subió a la carreta de enfrente. La carreta de Matías y Carmen avanzó un minuto después.

–No debiste haber venido. –Matías miró hacia la calle.

Carmen alzó un hombro. –Sabía que me traería hasta ti.

–Sí. Está eso. –Matías asintió, –pero supongo que te imaginaste que la escena sería al revés. Yo atado, y tú en control de la situación.

Carmen suspiró y echó la cabeza hacia atrás. –Tienes razón. Tú ganas. Supiste las reglas del juego desde el inicio. Aún sin la ayuda de Gustavo lo habrías logrado. Cualquier policía se habría dejado sobornar por un patrocinador como el tuyo.

Matías sonrió complacido. –Carmen, yo inventé el juego, yo puse las reglas. –Matías se volteó para verla, –no hubieron sobornos.

–¿No fue eso lo que le ofreciste a Álvaro?

–Esa era una recompensa. –Matías se recargó nuevamente en el asiento.

Carmen se movió incómoda con la mirada fija de los dos hombres frente a ella.

–Alguien me contó que encontraste a una vieja amiga, y no la reconociste. ¿Quién era ella?

Carmen recordó las palabras de Elvira, pero se le hizo muy extraño que Matías supiera.

–¿Quién te dijo eso?

–Si contestas mis preguntas, prometo responder las tuyas.

Carmen lo miró, –ya jugamos este juego antes, ¿estás seguro de que quieres hacerlo ahora?

Matías recordaba bien esa escena en la casa. –Te pude haber matado. –La miró alzando una ceja y con una discreta sonrisa.

–Huíste. –Carmen respondió.

–Es cierto. Tenía asuntos pendientes.

–Parece que aún los tienes. –Carmen alzó las cejas, –¿quién diría que tras asesinar cientos de personas, te costara tanto trabajo terminar con cuatro de un cuartel?

Carmen tragó la amargura al pensar en Teodoro, y que esa muerte sí la había

conseguido.

Matías se movió incómodo. –¿Tres preguntas? Yo empiezo.

Carmen dobló una pierna encima el asiento, recargándose en la esquina y viendo de frente a Matías.

Él sonrió e hizo lo mismo. –Te propongo algo para que sea más interesante. Hagamos tres adivinanzas, nos turnaremos para hacerlas. Si tú ganas, podrás sacar la pistola que tienes en la pierna y dispararme. Pero si yo gano-

Carmen apretó una mano al saber que había perdido el elemento sorpresa.

–Tus hombres me dispararán antes de que pueda intentarlo.

–No, te prometo que te dejarán hacerlo. –Matías los miró como si se estuviera asegurando. –Quizá te disparen después, –Matías la miró a ella. – Pero eres de las que se sacrifican por la causa, así que quizá no te importe tras haber logrado tu cometido.

Carmen entrecerró los ojos, –y si ganas...

–Serás la estrella del espectáculo al llegar. ¿Qué dices?

–¿A dónde vamos?

–¿Es tu primera adivinanza? –Matías inclinó la cabeza jugando.

Carmen miró hacia la calle y después a los sujetos. Mientras pudiera asesinarlo, daba igual si ella seguía con vida. Matías tenía razón, era de las que se sacrificaban por sus causas. Asintió. –De acuerdo.

Álvaro acudió a la dirección del periódico antes de regresar al cuartel. Pasó al café, en el que unas horas antes había estado el esposo de Angélica, y le describió su imagen a los trabajadores.

Uno de ellos le dijo que había ido un señor así en la mañana y que había estado hablando con un inspector, pero no estaba seguro de que fuera el mismo, y no tenía idea de a dónde habría ido después.

Álvaro anotó la nueva información y regresó al cuartel. Sacó todos los papeles, verificando los registros que guardaba el comandante Urrutia de los policías. No le quedaba duda del culpable de todo, pero el oficial Zavala necesitaría toda la información posible.

Álvaro tenía el cuartel cubierto de papeles cuando el oficial entró por la puerta.

–Mis hombres regresaron. Solo estaba un niño en la casa, el hijo de Doroteo. Dijo que su padre regresaría mañana.

–Estuvo en el café esta mañana, con el inspector.

–¿Qué inspector? –preguntó el oficial con el ceño fruncido.

Álvaro sacudió una mano, –hubo un inspector en el caso. El comandante Urrutia mandó a Teodoro a ponerlo al corriente del caso del mago y al parecer estuvo protegiendo a Matías.

–Ningún inspector ha sido asignado al caso, mucho menos para proteger a un criminal.

El sol comenzó a descender y Carmen se preguntaba si llegarían a su destino antes del anochecer.

–Primera adivinanza. Maté a mi esposa y me casé con su amiga, tengo dos hijos, y uno de ellos te espía. ¿Quién soy?

Carmen alzó una ceja, –el esposo de Angélica.

–¿Doroteo?

Carmen sacudió la cabeza mirando hacia la calle, suspiró y miró a Matías. No sé quien es Doroteo.

Matías alzó las cejas, –¿el español que querías matar allá atrás?

Carmen asintió.

–¿Esa es tu respuesta final?

Carmen miró a los dos hombres de enfrente, preguntándose si Matías les molestaba tanto como a ella.

–Sí, él.

Matías aplaudió dos veces. –Uno de ellos es Max. ¿Quién es el otro?

–¿Es la segunda adivinanza? –Carmen alzó la vista.

Matías sacudió la cabeza, negando.

–Entonces es mi turno. ¿En dónde está Gustavo?

–No eres muy buena en este juego. –Matías extendió las palmas, pidiendo la caja que sostenía el hombre de enfrente.

Carmen miró hacia fuera, sintiendo las manos frías y el sudor formándose en su frente. Lo que hubiera en esa caja, no era algo que quería saber.

Matías abrió la caja, despidiendo un olor a podrido por toda la carroza.

Carmen volteó con el corazón acelerado, y sintió sorpresa y alivio al ver la cabeza de Gustavo en la caja. Alzó la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

–Oh, vamos. –Matías sonrió, –no estarás así por un policía de quinta que te hizo la vida imposible durante tus primeros años en el cuartel. ¿o acaso creíste que era alguien más? –Matías cerró la caja y la puso en el suelo. –Mi turno.

Carmen dejó de escuchar a Matías. Su mente estaba en el cuartel. Si

Gustavo no había sido el traidor, solo quedaba Álvaro. ¿Sería posible que la hubiera engañado todo ese tiempo? Carmen sacudió la cabeza, habían puesto una bomba en su casa. Lo querían muerto a él también.

–Se acaba el tiempo, Carmen.

–No escuché.

–Fui a tus reuniones y me viste en la tormenta, no me reconociste y no soy de las muertas. ¿Quién soy?

La carreta se detuvo y Carmen vio a un hombre abriendo una reja frente a ellos. La primera carroza entró, y la suya comenzaba a moverse.

–¿Tu respuesta?

Carmen vio a la mujer que estaba parada en el patio. ¿Elvira? –¿Qué hace ella aquí?

Matías se acercó a Carmen, asomando su cabeza para ver a quien Carmen había visto. –Creí que no la habías reconocido. –Le dijo con los ojos entrecerrados. –Bueno, adivinaste.

Carmen vio a la mujer de nuevo, cuando la visitó en su casa vestía distinto. Ahora estaba bien peinada y usando un vestido elegante. La mente de Carmen se aclaró con la adivinanza. La había visto el día de la tormenta, cuando Teodoro y ella se quedaron en aquél café. Carmen apretó los ojos intentando recordar las palabras que intercambiaron esa vez.

–¿Cómo la conoces?

–¿Cómo la conozco? –Matías exhaló. –Elvira y Doroteo Díaz se casaron unos años después de que Angélica murió. De hecho, Elvira es la madre de Max. Pero te debes de estar preguntando otras cosas... –Matías se agachó, acercándose a Carmen. –como por ejemplo, ¿no es Doroteo el padre de-

La carreta se detuvo y los hombres se bajaron rápidamente. Matías y Carmen voltearon tras el grito de Elvira.

–Termina la pregunta. –Presionó Carmen, antes de que la hicieran bajarse. –¿El padre de quién? –Carmen llevó su mano a la pistola, y Matías puso su mano encima de la de ella.

–No ha terminado el juego.

Unas manos jalaron a Carmen hacia fuera de la carreta.

–¿De qué han estado hablando? –un hombre le preguntó a Carmen, empujándola hacia Elvira.

Elvira estaba llorando y tenía sangre en la nariz. El esposo de Angélica estaba con los brazos cruzados frente a la escena.

–¡Fue a preguntarme tu dirección! ¡Eso fue todo! –Elvira exclamó.

A Carmen le tomó un momento asimilar lo que estaba pasando.

–Esposa número dos. –Matías le dijo al oído.

–¡Mamá!

Carmen alzó la vista al ver a Max corriendo hacia ellos. El esposo de Angélica lo detuvo.

–La trama se complica. –Susurró Matías.

–¿Qué rayos está pasando? –preguntó Carmen, desesperada.

El esposo de Angélica empujó a Max hacia atrás, y caminó lentamente hacia Carmen. –¿Qué fue lo que te dijo esta mujer?

–No me dijo nada. Llegué a pedirle la dirección de su casa, eso fue todo.

El señor asintió mirando a sus hombres y uno de ellos llevó a Elvira a una carroza.

–¿Qué van a hacerle? –Carmen la vio partir.

–De todos los problemas que tienes, ese no es uno de ellos. –Matías susurró. –Terminaremos el juego más tarde. ¡Llévenla adentro! –ordenó y caminó a la reja. El esposo de Angélica caminó detrás de él.

Carmen caminó entre cuatro hombres, que iluminaban el pasillo con la luz de las velas. Miró las celdas vacías, preguntándose a dónde rayos la habían llevado. La empujaron al interior de una de las celdas y la encerraron. Carmen vio al hombre meterse la llave al pantalón y desaparecer por el pasillo. Al menos nadie había intentado quitarle el arma, le sorprendió que Matías no les dijera que la llevaba.

Se puso lo más cómoda posible y esperó a Matías, pero pasaron las horas y finalmente se quedó dormida.

–¿Hola?

–¿Max? –Carmen levantó al cabeza al escucharlo.

Maximiliano se paró frente a ella.

–No deberías estar aquí.

–Lo sé. –Max respondió serio mientras sacaba algo de su bolsillo. –No pude venir anoche.

Carmen inhaló al ver que Max había sacado una llave y ahora abría la celda.

–Max, vete de aquí.

–¿Por qué te importa? –el niño preguntó sin dejar de darle vuelta a la llave.

–No quiero que te pase nada, ¡vete!

Max empujó los barrotes y la celda se abrió. Se agachó y cortó con un cuchillo la cuerda que ataba las manos de Carmen. –Vi tu cara cuando pensaste que estaba muerto.

–¿Cómo que-

Un ruido al final del túnel los hizo voltear, el pasillo se iluminó a unos metros.

–Vete Max, vete. –Carmen cerró la celda, esperando que no la empujaran.

Max corrió y se escondió en una de las celdas vacías.

Matías se acercó a la celda y se sentó en cuclillas frente a Carmen, mientras otro hombre encendía las antorchas del pasillo.

–¿Pensaste en tus adivinanzas? Hasta ahora parece que serás la estrella del espectáculo.

–Pensé que ya lo era.

Matías soltó una carcajada, –¿en esto? A estas alturas ya deberías de saber que mis presentaciones son a lo grande.

Carmen se mordió el labio. –Un hombre se entrega en un cuartel, y tres de los cinco policías mueren. ¿Cuál de los dos que quedan arresta al hombre?

Matías sonrió. –Buena. –Apretó los labios y fingió concentrarse, –mmm... Álvaro. ¿Adiviné?

–Tal vez.

–De verdad tienes que practicar más este juego. –Matías miró hacia el pasillo.

Carmen se preguntó si su acompañante seguía ahí.

–Me interrogó en el cuartel, y está aquí en las celdas. Huérfano y policía, ¿quién soy, lo adivinas?

Carmen sonrió con el ceño fruncido, –creí que querías ganar... –Alzó las cejas, poniéndose de pie, y discretamente sacando su arma. –¿Seré yo?

Matías negó con la cabeza al mismo tiempo que su acompañante se paraba frente a la celda.

–Hola Carmen.

Eran las siete de la mañana cuando llegó el oficial con Álvaro y la policía a la casa del señor Doroteo.

–El día que seguiste a Teodoro hasta acá. ¿Le viste la cara a ese tal inspector? ¿o sabes si hablaron de él? –El oficial Zavala miró la fachada de la

casa como si la construcción le pudiera dar las respuestas.

–No, me fui cuando salió el padre de Teodoro. Además entraron a la casa, no pude haber escuchado nada aunque me hubiera esperado.

–Y Carmen te dijo que la dirección era del esposo de Angélica.

–Sí.

–De acuerdo, solo quiero asegurarme. –El oficial asintió mirando a sus hombres. –Entren.

–¡Policía! ¡Abra la puerta!

Uno de ellos vio movimiento en el interior. –¡Señor Díaz será mejor que abra!

Tras no recibir respuesta, los hombres forzaron la entrada, moviéndose de prisa al interior.

Había comida sobre la mesa pero la casa estaba vacía. Álvaro corrió las cortinas que se movían con el viento.

–Nada en el segundo ni tercer piso, señor. –Un policía le informó al oficial.

El oficial Zavala miró a Álvaro y asintió. –Será mejor que nos apresuremos. ¡Vázquez! Deje a dos hombres aquí por si el señor Díaz regresa. Los demás que vengan conmigo a la parte de atrás y abran esa reja.

–¿Tú? –Carmen sintió un nudo en la garganta, y casi deja caer su pistola al suelo.

Teodoro se veía muy distinto. Carmen no sabía si era el peinado, un vestuario diferente, o simplemente que su percepción de él había cambiado en un instante. Con un grito de ira, Carmen abrió la reja y empujó a Teodoro contra la pared, presionando la pistola sobre su frente. –No. –Dijo entre lágrimas de furia y decepción. –Tú moriste en el teatro.

Los policías registraban el patio cuando se escuchó un disparo. Álvaro y el oficial Zavala corrieron en dirección del sonido, encontrando un portón que llevaba a un oscuro pasillo.

21

Maximiliano sostenía la pistola con Matías en la mira. –Aléjate de ella.

–¡Ella es la que está apuntando a tu hermano! –Matías exclamó indignado, y se acercó a arrebatarse el arma.

–No va a matarlo. –Max dijo haciendo que Carmen dudara.

Sin duda quería matarlo, pero no frente a ese niño.

–¿Cuál es tu maldito problema? –Matías aún estaba asustado por el disparo que falló Max. –¿En serio intentaste matarme?

La puerta se abrió dejando entrar una luz cegadora por el pasillo. Carmen escuchó la voz de Álvaro.

–Déjame explicar. –Teodoro susurró, aún presionado contra la pared.

–Se nos acabó el tiempo. –Matías apuntó a Carmen con la pistola que tenía Max.

Un grupo se acercó por el corredor, mientras otro entraba, detrás de ellos, dejando entrar la luz nuevamente, solo para quedar en oscuridad un momento después. Era difícil distinguirlos, pero Carmen sabía que habían llegado los refuerzos.

–¡Carmen! ¡Gustavo! –Álvaro exclamó acercándose a la celda.

Antes de que Carmen pudiera responder, cinco destellos alumbraron el pasillo seguidos de fuertes estallidos.

El grupo que había entrado después, abrió fuego contra el oficial Zavala y sus hombres, haciéndolos dar la vuelta y disparar a discreción.

–¡No quiero a ninguno de pie! –Doroteo Díaz exclamó y siguió disparando.

Álvaro se distrajo cuando una bala alcanzó al oficial Zavala, e intentó acercarse a auxiliarlo, pero una bala lo hizo caer antes de que pudiera llegar a él.

–Vámonos, –exclamó Matías.

–¡Tú no irás a ningún lado! –Carmen tomó a Teodoro apuntándole a la sien, esperando que fuera suficiente para que Matías hiciera lo que le ordenaba.

–¡¿Te quieres quedar a morir?! ¡Porque eso es exactamente lo que está a punto de pasar! –Matías gritó mientras los disparos se acercaban a ellos.

–Puedo aclararlo todo. –Teodoro murmuró.

Carmen lo miró con rabia. –Ya todo quedó muy claro.

–Tenemos que irnos, –Max insistió, temiendo por la balacera. –¡Por aquí, Carmen! –Señaló hacia la parte de atrás del túnel.

–Tú sal de aquí, Max.

–¡No sin ustedes! –exclamó el niño. –Yo nunca quise que mi hermano o tú salieran lastimados.

Teodoro aprovechó la distracción de Max y empujó con el hombro a Carmen, haciéndola chocar contra la pared, y dejando caer su arma al suelo. Salió corriendo tomando a Max de la mano, y Matías salió detrás de ellos.

Con un gruñido, Carmen recogió la pistola y salió a perseguirlos.

El oficial Zavala ayudó a Álvaro a levantarse y lo llevó a una de las celdas. La sangre había manchado la manga del brazo donde había recibido el disparo, pero no era tan grave como el hueco que tenía Álvaro en el estómago.

–Quédate aquí. –Le indicó, alzando su arma para regresar al enfrentamiento.

Doroteo había perdido muchos hombres pero el oficial Zavala también. Los hombres de ambos lados caían, dando su vida por protegerlos. El túnel se había convertido en un campo de batalla.

El oficial y Doroteo se tenían en la mira, cuando el último hombre de Doroteo embistió contra el oficial, haciéndolo tirar su arma. El oficial Zavala golpeó a su atacante y le enterró en el pecho la antorcha que tenía a un lado, pero estaba a merced de Doroteo, quien lo miraba entretenido, sabiendo que estaba a punto de concluir su victoria.

Doroteo Díaz disparó su arma cuando una bala atravesó su rodilla, haciéndolo retroceder con un alarido.

El oficial miró a Álvaro, apoyado en la reja de la celda, con una mano en el estómago y otra en el arma que le acababa de salvar la vida. Ninguno puso atención a los movimientos de Doroteo, hasta que lo vieron cojear hacia la puerta. El oficial Zavala corrió hacia él pero Doroteo ya estaba cerrando la puerta desde afuera, dejándolos atrapados en el interior.

El otro lado del túnel había llevado a Carmen a la caballeriza del señor Díaz. Se asomó a la calle, y vio alejarse dos caballos, uno con Teodoro y Max, y detrás de ellos iba Matías en otro caballo.

La puerta de la caballeriza estaba abierta y algunos caballos caminaban sueltos, Carmen encontró a uno atado junto a un bebedero, y se subió a él sin

pensarlo; tiró de las riendas y montó hacia la dirección en la que partieron.

Se inclinó sobre el fiel animal haciéndolo ir más rápido de lo que consideraría seguro, y pasando por charcos de la tormenta de la noche anterior. Los truenos se habían escuchado en aquella celda durante toda la noche. El corazón de Carmen palpitaba al ritmo del trote del caballo.

No fue hasta cinco cuadras después, que logró ver a Matías dando vuelta en una esquina. La gente se apartaba del camino escandalizada, arrojando lo que tenía en las manos o quitando a menores del camino. Teodoro parecía ya estar muy adelante o se habría desviado.

Carmen jaló las riendas al cruzar con una carroza, haciendo al caballo relinchar y casi tirarla. Perdió de vista a Matías, pero seguía el polvo que se había levantado por su paso, y pronto se dio cuenta a dónde se dirigía. *Recurrimos a un lugar familiar cuando estamos desesperados.* Pensó.

Con una sensación de alivio encontró el caballo en la acera. Se bajó y sacó su pistola, adentrándose en la penumbra del teatro.

–Cómo odio este lugar. –Carmen susurró sintiendo el estómago en un nudo.

–¡Parece que tenemos una voluntaria!

Carmen apuntó hacia la voz de Matías. Parecía venir de un palco. –Ya terminó todo Matías. Lo sabes, viste al oficial en la casa de Doroteo. –Carmen caminó cautelosa.

Un arco se encendió en el centro del escenario. Las flamas iluminaban las primeras filas. Carmen se detuvo a la mitad del pasillo.

–Si crees que vas a salir de este teatro con un final feliz, piénsalo otra vez. Los refuerzos vienen en camino, será más fácil si no te resistes.

–No seas tímida, sube.

Carmen volteó al palco del otro extremo, preguntándose como había encendido el escenario y llegado ahí tan rápido.

–¿En dónde está? –preguntó al recordar que Matías no estaba solo.

–¿Teodoro? Pensé que no querías volver a verlo.

Carmen vio una sombra pasar en el escenario y disparó su arma.

–¿Cómo lograste convencer a Angélica de apoyarte? –Matías respondió sin inmutarse ante el balazo. Su voz venía sin duda del escenario.

Sigue hablando, pensó. –Le hice ver la verdad a muchas mujeres pero no creo haber convencido a nadie de nada. –Respondió caminando lentamente hacia los escalones.

–¿Con qué fin? ¿pensabas en algún momento levantar armas contra todos los

hombres?

Carmen siguió la voz y sacó las esposas. Las cortinas no estaban, y había una gran mancha negra en el suelo, evidencia del incendio.

–No quería levantar armas contra nadie, solo quería que dejaran de vernos como débiles y seres inferiores. –En lugar de acercarse a las flamas, Carmen caminó por detrás, en la misma oscuridad por la que se movía Matías.

–¿Cómo pensabas lograrlo? Notaste que estabas creando caos en las familias. ¿O fingirás que no lo notabas? –La voz venía por detrás.

Carmen sintió una manta y la quitó bruscamente. No había nadie detrás de ella, pero en el suelo había una rendija. –Se necesitaba caos. Primero se tenía que sacudir a la sociedad, y después estabilizarse con nuevas políticas, nuevas formas de existir.

–¿Y qué falló?

Te encontré. Carmen levantó la rejilla y se puso de rodillas para asomarse.

Una luz amarillenta iluminaba los escalones que llevaban al túnel. Carmen se puso de pie y caminó hacia la esquina del escenario.

–Después de lo que pasó con Angélica decidí esperar un tiempo. Mientras decidía el futuro de las reuniones me dediqué a buscar asesinos. No asesinos cualquiera, esposos que hubieran provocado la muerte de sus esposas, así fue como llegué hasta Urrutia, comencé a resolver casos que ni él ni su gente habían logrado. Después de llevarle a decenas de hombres, me dio la oportunidad de ser parte del cuartel.

Carmen esperó en silencio a que Matías hiciera alguna señal. Los segundos pasaron y Carmen comenzaba a pensar que Matías había escapado.

El oficial Zavala encontró una puerta en el otro extremo del corredor. Álvaro perdía mucha sangre y necesitaba atención médica inmediata.

Al salir a la calle, encontraron todas las carretas encendidas, y caballos y mulas dispersas en la calle.

–¡Ey! ¡Alto! –El oficial se paró a la mitad de la calle, haciendo que un señor se detuviera en su carreta.

–¡Señor! ¿pero qué está haciendo? –el señor de la carreta se bajó molesto.

–Oficial Zavala de la Inspección General de Policía, necesito que lleve a este señor al centro médico.

El señor miró a Álvaro y asintió dos veces, ayudándolo a subir a la carreta. –Usted también parece necesitar ayuda. –El señor miró el brazo del oficial.

–Asegúrese de que este hombre llegue a tiempo. –El oficial se limpió el

sudor de la frente, pensando en los diez hombres que había perdido y los daños que había ocasionado Doroteo Díaz. –No te saldrás con la tuya, –dijo entre dientes.

–¿Quieres saber la verdad sobre Teodoro? Te lo diré.

Carmen exhaló aliviada, y bajó por los escalones que ocultaba la rejilla, con pistola en mano, lista para arrestar a Matías o dispararle. No quería saber nada más, solo quería ponerle fin a la vida de ese maldito traidor. Aún no sentía tristeza, ni decepción, solo ira, y la ira era lo único que necesitaba para terminar con él.

–No todo el mundo me dio la espalda el día que Leopoldo murió. Hubo un niño que estuvo de mi lado. Un niño que también perdió lo que más valoraba ese día. –Matías hizo una pausa, pero su voz hacía eco por las paredes de los túneles.

Carmen aceleró el paso, intentando ignorar sus palabras. Era muy tarde para una explicación. En el momento en el que vio a Teodoro en la celda entendió lo único que había que entender.

–Teodoro y yo juramos vengarnos. No sabíamos cómo, ni cuándo. Pero sin importar lo que tomara, o el tiempo que tomara, te haríamos pagar. Pero claro, no lo pudimos haber hecho sin Doroteo. Usó sus contactos para ponerlos en el mismo cuartel, Urrutia, Joaquín, Gustavo y tú, y para que lo dejaran entrar con ustedes.

Carmen recordó a las víctimas de la resurrección, imaginándose cuántas habrían intentando huir por esos mismos túneles.

–Te debes sentir fatal. Pero la traición y el amor son dos caras de la misma moneda, sin una no existiría la otra, y no puedes ver las dos al mismo tiempo. Pero pronto no importará. No importará absolutamente nada.

Carmen se detuvo. Pensó que lo había alcanzado, pero el túnel se extendía en ambas direcciones.

Una puerta se abrió detrás de ella y Matías aventó un polvo en su dirección.

–Esta vez nada nos interrumpirá, te lo prometo.

Carmen sintió el polvo quemando su piel, y se lo quitó de encima sin soltar el arma, apresurándose a Matías, quien había corrido hacia el interior de la habitación, subiendo por una inestable escalera de madera .

Corrió detrás de él, entrando a una especie de ático en donde había una mecedora con un periódico encima y una ventana. Carmen estaba completamente desorientada. Matías estaba al frente de ella, junto a la

ventana.

–Ya no tienes a dónde escapar. –Carmen dijo sin aliento, con las esposas en una mano y el arma en la otra.

Matías sonrió alzando las manos. –Me atrapaste. –Después alzó la mirada por encima de Carmen.

Alguien golpeó el codo de Carmen desde atrás, y ella volteó en el momento en el que Doroteo desenvainaba una espada.

–Esto es por Angélica.

Carmen dio un salto hacia atrás. La espada rasgó su camisa, pasando a unos milímetros de su abdomen. Matías la detuvo de los hombros, y pateó la mano que aún sujetaba débilmente la pistola.

–De todas las formas que planeamos para tu muerte... –Matías la jaló hacia un armario. –El fuego fue el elegido.

Carmen vio el aserrín que cubría el piso del armario, ella se resistía pero Matías estaba demasiado fuerte y cada vez la acercaba más a la puerta del armario.

Doroteo tomó un candado y lo colocó en una de las puertas, esperando a que Carmen estuviera dentro para poder cerrarlo. Cojeó hasta la silla y con su encendedor le prendió fuego al periódico.

–¡Pensé que habías aprendido algo la última vez! –Carmen exclamó, pensando en cómo utilizar el fuego a su favor.

–Íbamos a incendiar el lugar de todas formas. –Doroteo arrojó el periódico encendido al armario. El aserrín hizo que la flama creciera rápidamente.

–Imagínate sentir como tu cuerpo se cocina, alzando una capa de piel y dejando ver el rojo de tu sangre hasta que tu corazón finalmente se detiene.

Carmen se detuvo de la puerta con ambas manos, pateando a Matías con toda su fuerza. Doroteo tenía una venda en la rodilla que no lograba contener la sangre. Sería fácil atacarlo a él si pudiera derribar a Matías.

–Olvídalo, no tienes que imaginarlo, estás a punto de averiguar lo que se siente. Además podría ser peor... Podrías morir dejando a un hijo y dos niños que dependen de ti. Eso debe ser inimaginable.

–Matías golpeó su mandíbula con el codo y la arrojó al fuego.

En lugar de seguir luchando, Carmen sacó las esposas de su blusa y le puso una a Matías y con la otra se esposó ella.

–Bien, ¿quieres quemarme? Lo haremos juntos.

Matías la detuvo en la puerta, y apretó los labios con un intento de sonrisa. –Ábrelas.

Ambos comenzaban a sudar por el calor de las llamas. –Tú eres el mago, ¿por qué no lo haces tú?

Doroteo presionó el pecho de Carmen con la punta de la espada. –Entra ahí. –Después miró a Matías. –No tengo tiempo para esto, si has de morir con ella que así sea.

–Solo presiona la espada y termina con esto. –Matías contestó entre dientes.

Doroteo gruñó exasperado y retrocedió tomando impulso con la espada. Carmen intentó usar a Matías de escudo pero él ya le había ganado impulsándola hacia delante, hacia donde el filo aterrizaría en un instante.

Un disparo dejó a Matías y Carmen inmóviles. La mirada de Doroteo cambió de exasperación y furia, a un terror paralizante. La espada cayó al suelo mientras un humo gris salía de su pecho.

Doroteo cayó al suelo dejando a Teodoro al descubierto con un revolver en la mano.

Carmen bajó la vista hacia las esposas. Discretamente asombrada, notó que Matías se había liberado. Teodoro alzó el arma nuevamente, Carmen solía reaccionar rápido, pero en ese momento su mente estaba en blanco. No estaba armada y ellos sí. Álvaro y el oficial no llegarían a tiempo y su cuerpo estaba exhausto y adolorido tras su forcejeo con Matías. No quedaba un músculo que pudiera seguir luchando. Cerró los ojos, sabiendo que Teodoro la mataría.

–Dile la verdad. Dile toda la verdad.

Carmen abrió los ojos confundida. No sentía el mismo calor en su espalda, alguien había cerrado el armario. Teodoro seguía apuntando, pero no a ella.

Matías estaba detrás de la silla, miró de reojo hacia la ventana y regresó su mirada a Teodoro. A Carmen le tomó un momento asimilar que Teodoro le apuntaba a él.

Mientras ellos intercambiaban miradas, Carmen dio un paso alejándose del armario y acercándose a su arma. Teodoro la vio moverse pero no la detuvo.

–¿Ahora juegas a ser bueno? ¿De qué lado estás?

–¿Ves? –Matías alzó una ceja sin quitar la vista de Teodoro, –esto tampoco acaba bien para ti.

–Del tuyo, siempre he estado del tuyo. –Teodoro dijo en voz baja.

–Me atacaste en esa celda.

–Tenía que sacar a Max de ahí, y habían unos papeles que necesitaba.

–¿Papeles? –Carmen no ocultó su escepticismo.

–Las cartas que se escribieron. –Teodoro miró a su padre en el suelo.

Carmen acercó su pistola con el pie y la tomó rápidamente, apuntando a Teodoro. –Baja el arma.

Teodoro la miró sin dejar de apuntarle a Matías.

–Yo no soy el malo aquí.

–Está mintiendo, Carmen, –Matías dijo en un tono tranquilo, –¿crees que toda su familia estaba involucrada y él no tenía idea?

–Es una mentira. –Teodoro respondió entre dientes.

–¿No era tu padre el responsable de todo? –Carmen preguntó con un nudo

en la garganta.

–Sí, ¡y lo asesiné para salvarte!

Carmen apretó los labios, queriendo jalar el gatillo. Teodoro no podía ser inocente, y sin embargo quería creerlo.

–Quieres terminar con esto, ¡hazlo antes de que pierdas tu oportunidad! ¿es que no te atreves a jalar el gatillo?

Carmen vio a Matías, –¿tanta prisa tienes en quitarle la vida a tu socio?

–¡Ese hombre y yo no somos nada! –Teodoro señaló a Matías.

–Dirá cualquier cosa para que lo dejes salir vivo. –Matías respondió.

–¡Guarda silencio! –Carmen le gritó a Matías, y después miró a Teodoro. – Teodoro Díaz, estás bajo arresto por asesinato y complicidad. –Carmen extendió las esposas ignorando la humedad en sus mejillas.

Teodoro bajó el arma frustrado mientras se dejaba arrestar por Carmen. – Jamás te traicionaría.

–Si eres inocente lo probaremos. –Después Carmen volteó hacia Matías, – desgraciadamente no puedo decir lo mismo de ti.

El disparo hizo eco en los túneles del teatro.

Teodoro tenía los codos en la mesa y las manos entrelazadas en su cara. Se preguntaba en qué momento regresaría el hombre que había enviado el oficial Zavala a recuperar los papeles que probarían su inocencia.

Carmen estaba recargada en la pared de afuera del cuarto de interrogatorio, observándolo, no se movió del cuartel, a pesar de los intentos del oficial por que tomara el día libre.

La puerta del cuartel se abrió, y Carmen se enderezó, al mismo tiempo que el oficial Zavala se acercó al hombre que entró con los papeles bajo el brazo.

–Aquí está todo, oficial.

El oficial asintió y puso los papeles en la mesa. Miró a Carmen antes de comenzar a leer. Carmen empujó la silla y se paró junto al oficial para leer el contenido de los papeles.

Las cartas eran de Doroteo a Matías y viceversa. Carmen y el oficial buscaron el nombre de Teodoro o algún tercer participante pero no había nada que lo relacionara, excepto en una.

En la última carta, Doroteo le informaba a Matías que Teodoro ya estaba al tanto, y que no lo había tomado bien, como era de esperarse. También decía

que Teodoro accedería a hacer el espectáculo y fingir beber el líquido, con la condición de que no lastimaran a sus compañeros. Doroteo agregó que había aceptado sus condiciones, y le decía a Matías que no se preocupara, ya que ese mismo día colocaría explosivos en las casas de Carmen y Álvaro.

Carmen y el oficial intercambiaron una mirada.

–Parece que es inocente. –El oficial Zavala dejó los papeles en la mesa. – De cualquier manera me llevaré esto para leerlo con calma. No le hará daño pasar un día más ahí dentro.

Álvaro estaba en casa recuperándose lentamente. Su esposa había permanecido a su lado durante dos días. Álvaro no soportaba la voz de Carmen en su cabeza, sintiendo una extraña sensación de culpa al ver que su esposa no estaba ahí por obligación, sino que estaba verdaderamente preocupada por él.

–Gracias. –Dijo en voz baja y ronca.

Laura frunció el ceño, confundida. –¿Qué dijiste?

Álvaro refunfuñó, y sintió un calambre en la herida al hacerlo. Laura sonrió, haciéndole ver que le había entendido, y puso su mano sobre las vendas, intentando calmar su dolor.

–Mañana regresaré al cuartel, –le informó Álvaro.

Laura abrió los labios para decir algo pero Álvaro puso un dedo sobre ellos.

–No te preocupes por mí.

Laura asintió, –¿quién eres y qué le hiciste a mi esposo?

–No sé, vieja. No te acostumbres.

Carmen entró al segundo cuarto de interrogación.

–Estás de buen humor. –Observó Carmen.

La sonrisa de Matías se hizo más grande. –Solo recordaba la primera vez que estuve aquí. Por cierto, el médico dice que estaré bien.

–Qué lástima. –Carmen se sentó frente a él. Mirando la pierna en donde le había disparado. –Entenderás que no podía dejarte escapar.

Matías miró la quijada de Carmen, tenía una mancha morada, cortesía suya en el forcejeo.

–Perdón por eso, si te sirve de algo saberlo, me pareció horrible golpear a una mujer.

–Claro. Prefieres matarlas.

Matías sonrió. –¿Puedo saber con qué cargos piensan acusarme?

–Homicidio..

Matías la interrumpió. –Los restos de las víctimas ya no están.

–Intento de asesinato de dos policías.

–De hecho ese fue Doroteo.

–Tenemos las cartas que intercambiaron Doroteo y tú. Con eso es suficiente para meterte tras las rejas. El oficial está leyéndolas ahora mismo, estoy segura de que ahí encontrará algo sobre el comandante Urrutia, Gustavo y Joaquín.

–Fui muy cuidadoso, Carmen. Quizá me puedan culpar de complicidad pero yo no confesé nada en esas cartas, y podría decir que lo que escribió Doroteo nunca lo recibí, o no tenía idea.

–El oficial te vio.

–Sí, en la función, en donde tú quemaste el teatro, arriesgando la vida de muchas personas. En la casa de Doroteo no me vio, ¿qué evidencia hay contra mi?

–Será mi palabra contra la tuya.

–Quizá sea suficiente. –Matías alzó una ceja entretenido.

Carmen sacudió la cabeza, odiaba que Matías sembrara dudas en su mente. –Irás a la cárcel o a una tumba. –Dijo levantándose, –por tu bien, espero que mi palabra sea suficiente.

Carmen salió del cuartel preguntándose qué hacer. Con tanto movimiento no podría quedarse ahí otra noche. Además sus ropas estaban manchadas de sangre, tierra y con un ligero olor a caballo. Quizá le tomaría la palabra a la señora Inés, al menos en lo que buscaba otro cuarto.

–¡Aquí!

Carmen alzó la mirada y vio a Max del otro lado de la calle. Suspiró y caminó hacia él.

–Tu hermano se quedará un rato más-

–No vengo por él.

–¿Ah no? –Carmen alzó una ceja entretenida.

–Bueno sí y no. Me enteré de que no tienes dónde vivir.

–¿Te enteraste? –Carmen alzó una ceja, Max era solo un niño, pero había sido cómplice de muchas cosas y probablemente sabía más que cualquier persona sobre todo el caso.

–Teodoro me dijo. –Sacó una llave. –También me dijo que si él iba a

prisión quizá querrías hacerme compañía. –Le ofreció la llave a Carmen.

–¿Qué es esto?

–La llave de la casa de Teodoro. Ahí me estoy quedando ahora que la policía se quedó la casa de mi papá. Teodoro dijo que no era seguro ir a Chimalistac tampoco.

Carmen sonrió y se agachó para estar a la altura de Max. –No lo sabemos, pero es probable que Teodoro no vaya a prisión. Te agradezco la oferta Max, pero ya encontraré un lugar para mi. –Carmen se enderezó y dio la vuelta.

–Al menos puedes ir a darte un baño y comer algo... No- no quiero estar solo.

Carmen se detuvo conmovida. Asintió con los ojos entrecerrados y extendió una mano que tomó Max con una gran sonrisa.

La casa de Teodoro no era como Carmen se la imaginaba. Antes de saber sobre sus verdaderos padres, ella pensaba que su familia le habría dejado una mansión, pero era una casa pequeña para ser adinerado. Tenía algunos cuadros, pero no había arte extravagante como el que había encontrado en la casa de Matías en Chimalistac.

Maximiliano y Carmen comieron juntos y después de lavar su ropa, Carmen durmió en la habitación de al lado de Max.

A la mañana siguiente, Carmen y Álvaro llegaron al cuartel a la misma hora. El oficial Zavala los miró y solo sacudió la cabeza.

–Cualquiera diría que les pagan bien.

Carmen y Álvaro sonrieron en respuesta. Ninguno de los dos estaba ahí por deber, pero tenían un gran interés en la resolución del caso.

–Me alegra que estés bien. –Carmen le dijo a Álvaro.

Álvaro asintió, cortésmente. –Felicidades por tu arresto.

El oficial entró a la oficina, dándole su lugar a Álvaro en la parte de atrás del escritorio. Él se sentó junto a Carmen.

–Las cartas coinciden con la letra del señor Díaz y la información es explícita. Intentaron chantajearlo y planeaban matarlo después.

Álvaro y Carmen se asombraron de la maldad de Doroteo hacia su propio hijo.

–Sin embargo, existe la posibilidad de que hayan hecho las cartas en caso de que lo aprehendieran.

–¿Una trampa?

–No se ha descartado. –Confesó el oficial.

–¿Qué más necesitan?

–Están buscando más evidencia en la casa de Doroteo y de Matías. En caso de que no haya nada que pruebe lo contrario podríamos dejarlo en libertad.

Carmen asintió. –¿Qué pasará con Matías?

El oficial silbó. –Ese es otro caso, lo dejaremos aquí mientras recopilamos evidencia que nos sirva. Hasta ahora no tenemos suficiente para encarcelarlo más de unos meses. Seguiremos trabajando en ello. –El oficial la miró. –Es un hombre inteligente. Hasta ahora habrían más posibilidades de encarcelar a Teodoro que a él.

–¿Cómo es posible?

–Su padre era culpable después de todo. Ahí hay un vínculo evidente.

Carmen desvió la mirada incrédula. Después de todo lo que había pasado, no podía creer que Matías se saliera con la suya.

–¿Hay algo más?

–No, es todo por ahora. –El oficial se levantó. –Los mantendré al tanto, por ahora pueden regresar a lo que hacían antes de todo este incidente.

–Oficial, –Álvaro permaneció sentado. –Me gustaría hablar con usted.

El oficial asintió y se sentó nuevamente. Carmen le echó una mirada a Álvaro y salió de la oficina dándoles privacidad.

Álvaro apretó los labios y suspiró dos veces antes de hablar. El oficial no sabía si estaba sintiendo dolor por la herida o si debía preocuparse por lo que iba a decir.

–Creo que Carmen debería ser comandante.

El oficial parpadeó extrañado. –¿Por qué lo dices?

–Todos en el cuartel habíamos descartado a Matías desde el día que se entregó. Si no fuera por ella, quizá estaríamos todos muertos.

El oficial asintió despacio, –actuó bien. No lo negaré.

–Además siempre ha sido la más adecuada para la posición. Tiene todo lo que se necesita y- bueno, este... creo que lo merece.

El oficial sonrió. –Gracias Álvaro, pero no es posible.

–Si es porque es mujer-

–Gracias Álvaro. Mejórate pronto. –El oficial se levantó sin dejar terminar a Álvaro.

Álvaro decidió tomarse el resto de la semana libre. Después de haber escuchado al oficial Zavala, sabía que no quedaba mucho por hacer. Ya los hombres de la Inspección General se encargarían de registrar los lugares, y Álvaro no hacía nada en el cuartel esperando noticias.

El oficial accedió enviar un hombre a su casa para informarle en caso de que hubiera alguna novedad respecto a Matías o Teodoro.

Carmen por su parte, acompañó a los hombres del oficial a Chimalistac y a la casa de Doroteo Díaz. La última vez que vio a Álvaro, había estado actuando extraño, pero podría ser parte de todo lo que habían vivido juntos durante los últimos días.

En Chimalistac, Carmen les mostró donde estaban los restos la primera vez que fue, pero solo quedaban cenizas. Matías se había desecho de todo. No habían cartas ni papeles que lo incriminaran, pero sí encontró algo contra él. El diario de Maximiliano.

El oficial Zavala la recibió el fin de semana, y la felicitó por haberlo encontrado. En las páginas del diario, Maximiliano detallaba todas las acciones de Matías, incluyendo conversaciones que había tenido con Doroteo y el secuestro de Carmen, al que le puso especial emoción, ya que al verla sintió tanta lástima que su relación con Matías se dañó drásticamente.

El comandante le pidió que se retirara y esperara noticias el lunes. Para ese día ya habrían tomado una decisión respecto a Teodoro y Matías.

Cuando Carmen llegó el lunes al cuartel, Álvaro la esperaba con una bolsa en la mesa.

–Traje tamales.

Carmen rodeó la mesa, y se sentó junto a él.

–Te veo distinto. ¿Hiciste algo con tu cabello?

Álvaro soltó una pequeña risa. –No. Escucha, necesito hablarte de algo.

–¿Sí?

–Cuando llegue el oficial le presentaré mi renuncia.

Carmen alzó las cejas. –¿Hablas en serio?

–Te mataré si repites lo que voy a decir. Quiero hacer algo por Laura... –

Álvaro le echó una mirada amenazante, pero después sonrió. –Siempre ha querido ir a Veracruz, y esta semana que pasé con ella y los niños... pues, creo que tal vez, quizá, sea momento de escucharla.

–No te creo. –Carmen frunció el ceño, sonriendo.

Al darse cuenta de que Álvaro hablaba en serio, sacudió la cabeza sorprendida.

–Me da... me da mucho gusto. –Tartamudeó.

–Buenos días. –El oficial Zavala entró al cuartel interrumpiendo la plática.

Álvaro le hizo una seña a Carmen para que aún no dijera nada. Carmen asintió.

–Teodoro puede quedar en libertad. Se ha probado su inocencia.

–Ya decía yo que ese cabrón no era tan inteligente para salirse con una de esas. –Álvaro asintió.

Carmen suspiró complacida.

–Por ahora todo indica que Matías irá a prisión, gracias al diario del niño, que ya se encuentra en evidencias. Una vez que autoricen se los haremos saber y trasladaremos a Matías a prisión.

–Iré a preparar la liberación de Teodoro. –Carmen se levantó deprisa.

Una vez más, Álvaro le pidió al oficial un momento a solas, para informarle de su renuncia, por motivos de salud y porque necesitaba tiempo tras la muerte de sus compañeros Gustavo y Joaquín. El oficial entendió su posición y le agradeció por el tiempo que había servido. Álvaro se quedó satisfecho con la respuesta del oficial, aunque no logró hacerlo cambiar de opinión respecto a Carmen.

Carmen redactó los papeles y se los presentó a Álvaro y al oficial para su firma, después de todo, ese día era el último de Álvaro como comandante.

–Parece que decías la verdad. –Carmen entró al cuarto donde estaba Teodoro, y le quitó las esposas.

–¿Ahora me crees? –Teodoro sonrió débilmente.

Carmen asintió. –Perdón por haber dudado de ti. Todo pasó tan rápido y-

–Oye. –Teodoro la interrumpió, –no tienes que explicarte, era lógico que sospecharas de mí. Dudo mucho que Álvaro esté apenado por eso.

Carmen rió, en efecto, Álvaro no se sentía mal por haber desconfiado de él.

–Vamos, el oficial te espera allá afuera.

Teodoro se levantó y siguió a Carmen a la puerta.

Álvaro estrechó la mano de Teodoro y asintió en una señal de cortesía. Teodoro apretó los labios, insinuando que también a él le daba gusto verlo.

–Teodoro Díaz, nos complace tenerte de vuelta en el cuartel.

–El placer es todo mío, señor. –Teodoro respondió sobando sus muñecas.

–Si gustas ve a asearte y comer algo. A las cuatro haremos tu nombramiento.

–Oh, ¿tan rápido dejé de ser policía?

–No, –el oficial miró a Teodoro, –te nombraremos comandante.

Carmen y Álvaro alzaron las cejas sorprendidos. Hace un momento se dudaba si iría a prisión y ahora lo hacían comandante.

Álvaro miró a Carmen como si le preocupara su reacción, pero a Carmen le hacía sentido. Después de todo, Álvaro había renunciado y Teodoro era el único que quedaba en el cuartel, todos los demás habían muerto.

–Oficial, si me permite-

–No es necesario Álvaro. Nos veremos por la tarde. –El oficial asintió en despedida y salió del cuartel.

Teodoro, Carmen y Álvaro intercambiaron una mirada, Teodoro era el más sorprendido de todos.

–Alguien me puede explicar, ¿de qué me perdí?

Álvaro suspiró y se dejó caer en la silla. –Presenté mi renuncia, hoy será mi último día como comandante de este cuartel.

–¿Y así nada más me hacen comandante? Por muy loco que suene, deberías ser tú.

–Créeme, no eres el único que no se la esperaba. –Álvaro respondió, sin decir que él mismo se lo había sugerido al oficial.

Carmen se aclaró la garganta, caminando hacia la puerta. –¿Perdiste la cabeza? –soltó una risa fingida, –está bien, así debe de ser... Felicidades Teodoro.

–Oye, vamos a comer algo, –Teodoro se levantó para alcanzarla.

–Ahora no puedo. Tengo que ver a alguien. –Carmen lo miró apenada.

–¿Vendrás en la tarde?

–Si llego a tiempo, por supuesto. –Carmen sonrió y salió apresurada.

Álvaro la vio marcharse sintiendo que no era justo. Probablemente ella también esperaría el puesto antes que Teodoro. Álvaro se odió por sentir esas cosas, ¿qué rayos le había hecho Carmen?

Bruja. Murmuró.

–¿Qué dices?

–Nada, nada. –Álvaro sacudió la cabeza, –¿a dónde nos ibas a invitar a comer? –Álvaro se puso de pie.

Teodoro se rio y ambos caminaron juntos a la puerta.

–Hay un restaurante a dos cuadras, ¿puedes caminar?

–¡Por favor! Esto no fue nada. –Álvaro tocó su herida y sacudió la otra mano.

Carmen llegó al lugar en donde harían la reunión para nombrar a Teodoro. Era un patio grande junto a una iglesia, habían algunas bancas y un pequeño escenario en donde Teodoro recibiría su insignia. No era común que alguien de la Inspección General nombrara a un comandante, por lo que se debía hacer una celebración.

Teodoro llegó acompañado del oficial, y las bancas se llenaron rápidamente. Carmen permaneció hasta atrás, recargada en la reja, viendo con orgullo como Teodoro asumía su nueva posición.

–A mi no me hicieron tanta chingada fiesta.

Carmen sonrió al escuchar a Álvaro. –¿No tienes que estar ahí adelante entre los importantes?

–Estoy entre los importantes.

Carmen lo miró extrañada. –¿Quién eres y qué le hiciste al cerdo machista que conocí?

Álvaro soltó una carcajada, hacía mucho tiempo que Carmen no lo escuchaba reírse así. Solo lo hacía con Gustavo y Joaquín.

–Lo mismo dijo mi esposa. ¡Bueno, bueno! Con otras palabras.

Carmen sonrió. –Gracias por todo, Álvaro. Aunque me hayas vendido y después raptado... eres una buena persona.

Álvaro asintió apretando los labios. –Realmente espero que algún día logres hacer que te vean como lo que realmente eres. Lo lograste conmigo, y quién sabe, tal vez el resto de la sociedad siga. –Álvaro encogió los hombros y metió las manos a los bolsillos del pantalón.

El oficial Zavala le hizo una seña para que se acercara. Álvaro le hizo una mueca de aburrimiento a Carmen, y caminó en la dirección del oficial.

Teodoro miró a su alrededor, claramente buscando a Carmen. Al terminar el evento, en lugar de retirarse como era su plan, Carmen se sintió mal por

ocultarse de él y finalmente alzó una mano para que la viera. Teodoro trotó hacia ella.

–Creí que no habías venido.

–No me lo habría perdido por nada. Felicidades.

Teodoro la abrazó, tomándola por sorpresa. –Sabes que si el mundo fuera un mejor lugar, tú estarías aquí parada y no yo.

Carmen sacudió la cabeza, –disfrútalo Teodoro. No pienses que no lo mereces, fuiste muy valiente al enfrentarte a tu padre y lo que hiciste no lo habría hecho cualquiera.

–Cualquiera con un padre así, créeme que sí. –Teodoro alzó las cejas.

–Solo tengo una duda.

Teodoro la miró esperando.

–¿A dónde ibas cuando fingías ver al inspector?

Teodoro se quedó en silencio y Carmen se movió incómoda.

–Teodoro necesito que me acompañes, te presentaré a unas personas. –El oficial Zavala se paró junto a ellos.

Teodoro miró a Carmen. Carmen asintió apretando los labios.

–Nos veremos mañana en el cuartel.

Teodoro asintió y siguió al oficial.

Carmen caminó por la alameda y regresó al cuartel. Ahora que Teodoro había salido, no podía quedarse con Max.

Miró las paredes del cuartel, odiando la sensación que le había dejado su último encuentro con Teodoro. Quizá estaba siendo paranoica, si el oficial Zavala no hubiera llegado, Teodoro le hubiera respondido. Acomodó las sillas y se sentó sobre una, subiendo las piernas a la otra. No había extrañado dormir de esa forma, pero era mejor que estar en la calle.

Un ruido despertó a Carmen. Todo estaba oscuro, se levantó buscando el reloj, y tropezó con alguien en el camino.

Alarmada, sacó su arma.

–¡Soy yo! –Teodoro exclamó alzando las manos.

–¿Qué haces aquí? ¿cómo entraste? –Carmen encendió el quinqué.

–La puerta estaba abierta, acabo de entrar.

–¿Qué haces aquí?

Teodoro tomó la mano en la que cargaba el arma, y la bajó suavemente. – Sabía que te encontraría aquí. Sé que aquí has estado durmiendo.

–¿Me espiaste?

–Carmen. –Teodoro la miró seriamente. –Tienes que confiar en mí y dejar de verme como un sospechoso. El cuarto donde vivías explotó, y yo sé que no querías incomodar a la señora Inés, aunque no tengas a dónde ir. –Teodoro se sentó y Carmen hizo lo mismo, –también sé que con todo lo que tienes en la cabeza no has buscado un lugar. Por eso le pedí a Max que te convenciera de ir con él a mi casa.

–Explícame lo del inspector.

–Pensé que estaba viendo a un inspector. No fingí ir a ningún lado. Muy tarde me di cuenta de que no era realmente un inspector, solo era un hombre al que mi padre le pagaba. Creo que lo viste. Estuvieron juntos en el café cuando estabas espiándolos.

Carmen asintió lentamente.

–Jamás te habría traicionado, ya deberías saberlo.

–Provoqué la muerte de tu madre.

–Mi padre la asesinó. No tú.

–¿Nunca me culpaste? ¿Matías nunca te convenció de nada?

–Yo no conocía a Matías. Sé que te contó una historia de que yo lo ayudé y juré venganza, pero no fue así. La primera vez que lo vi fue cuando vino a entregarse. Mi padre fue el que lo encontró con Leopoldo afuera de la casa.

–¿Y te contaron todos sus planes?

–Me dijeron todo. Si no cooperaba ustedes morían, y estoy casi seguro de que aunque hubiera hecho lo que ellos querían, de cualquier forma me habrían matado.

–Vaya familia. –Carmen sonrió discretamente.

–Mi familia es Max.... Y tú.

Carmen alzó la vista.

–Sé que no necesitas a un hombre, me queda perfectamente claro, y quizá si quisieras tener a uno, no sería precisamente uno como yo, porque-

Los labios de Carmen lo silenciaron.

Teodoro sonrió mientras la besaba.

–Entonces... ¿me crees? –dijo con una gran sonrisa.

Carmen asintió. –Te creo.

24

El oficial Zavala los miró extraño al entrar al cuartel.

–Llegaron temprano. –Dijo alzando una ceja.

Carmen se aclaró la garganta, y Teodoro se sonrojó, haciendo obvio que habían pasado la noche ahí.

El oficial reprimió una sonrisa. –Bueno, les traigo buenas noticias. El día de hoy trasladarán a Matías Ramsés a la prisión. Comandante Díaz, usted supervisará ese traslado.

Teodoro asintió.

–En cuanto a usted. –El oficial miró a Carmen. –Me temo que necesitamos hablar en privado.

Carmen frunció el ceño, y lo siguió a la calle.

Teodoro los miró salir, preguntándose si debía ir con ellos. El oficial parecía querer darle malas noticias a Carmen.

–No debe estar muy de acuerdo con la decisión sobre Teodoro.

–No, no. Lo entiendo. –Carmen respondió.

El oficial soltó una carcajada, –¡por supuesto que no!

Carmen sonrió, –de acuerdo. Me pareció algo injusto, pero Teodoro es un buen hombre. Merece ser comandante.

El oficial asintió. –Álvaro abogó por ti. Para que fueras comandante.

Carmen rio incrédula.

–La razón por la que no te hice comandante, es porque te quiero en la Inspección General. Creo que necesitamos a un elemento como tú y francamente me parece que te queda corto el puesto de comandante.

Carmen lo miró boquiabierta. –¿Es una broma?

–En lo absoluto. –El oficial negó con la cabeza, sonriendo.

–¿Entraré a la Inspección General de Policía? –preguntó seriamente.

El oficial asintió, –estoy contando con que aceptes el puesto.

Las cejas de Carmen se alzaron y se llevó las manos a la boca. –No lo puedo creer.

–Felicidades oficial, será un orgullo trabajar a su lado. –El oficial apretó los labios con una sonrisa, asintiendo.

Teodoro reunió al equipo que escoltaría a Matías Ramsés a la cárcel de Belém. Matías no puso resistencia, de hecho asintió complacido al escuchar a la cárcel a la que lo llevarían.

–Pidió verte antes de partir. –Teodoro llamó a Carmen en el cuartel.

–¿Y?

Teodoro suspiró frustrado, –insistió demasiado.

Carmen alzó la mirada pero caminó hacia el cuarto en donde estaba Matías.

–¿Se te ofrece algo?

Matías sonrió, –¿me regalas un momento?

Carmen exhaló y se sentó frente a él.

–Escuché que ya eres oficial.

Carmen frunció el ceño. ¿Cómo se habría enterado? –Aún no.

–Bueno, pero es cuestión de horas que te den el título oficial.

Carmen permaneció en silencio, esperando a que Matías hablara.

–¿No te parece irónico que me lleven al barrio de Belem? ¿al lugar en donde tu creciste?

Carmen suspiró, no podía negarlo. Dos años atrás habían clausurado el colegio de San Miguel de Belem, en donde ella había crecido con otras niñas en situación de pobreza, y en Enero, un año más tarde, el lugar ya albergaba a los presos de la cárcel de La Acordada.

–¿Es todo? –Carmen alzó las cejas.

–No. Te llamé porque quiero que sepas que esta no es la última vez que nos veremos.

Carmen soltó una discreta risa mientras sacudía la cabeza. –Irás a prisión Matías. En unos minutos.

–Sí, sí... pero de todas formas. Quizá no tuviste la culpa de la muerte de Angélica, me da lo mismo. Los hombres que mataron a mi hermano están muertos, y es todo lo que necesitaba.

Carmen lo miró escéptica.

–Necesitarás ayuda para cambiar la sociedad, y una persona con mis talentos te será útil en el futuro.

–Claro, –Carmen se levantó. –Cuando quiera comenzar a asesinar gente, te buscaré.

Matías sonrió, –la veré luego, oficial.

Carmen salía del cuartel cuando Álvaro detuvo su carreta.

–¿Qué haces aquí? –Carmen sonrió al verlo.

–Solo pasé a despedirme.

Laura agitó una mano saludando a Carmen, quien agitó una de regreso. Carmen vio las maletas y a los dos niños en la parte de atrás.

–De verdad te vas...

–Sí. Ya era hora. –Álvaro se quitó el sombrero y miró hacia el cuartel.

Carmen se aclaró la garganta, –no hay nadie. Teodoro está en el traslado de Matías y el oficial regresó a la Inspección General.

Álvaro asintió, –dales mis buenos deseos.

–De tu parte.

Álvaro dio la vuelta para regresar a la carreta , pero se detuvo antes de subir. –¿Carmen?

–¿Sí?

–Gracias. –Dijo en su voz varonil.

Carmen frunció el ceño, –¿de qué?

La respuesta de Álvaro fue inclinar la cabeza hacia su esposa e hijos.

Carmen sonrió y agitó una mano en despedida a la familia, mientras Álvaro subía y partía hacia su nuevo destino.

En la calle habían algunas carretas, hombres y mujeres con semblantes tristes y preocupados, y hasta los pocos árboles estaban flacos y secos frente al antiguo convento.

Matías bajó de la carreta observando con atención.

–Es una pena que hayan más visitas ahora que es una cárcel. Me pregunto cuántas niñas no desearon que alguien aclamara con tantas ansias su regreso a casa.

Teodoro lo tomó del brazo, ignorando el malestar que sintió al escucharlo, y lo escoltó junto con otros seis hombres al interior de la prisión.

Caminaron hacia las oficinas, en donde Teodoro firmó unos papeles y una vez que terminó el procedimiento, removió las esposas de las manos de Matías.

–Ha sido un placer. –Dijo Matías y asintió en despedida.

Teodoro lo miró extrañado, no podía creer que aún bajo esas condiciones Matías siguiera tan tranquilo y sereno como siempre. Quizá no sabía lo que realmente le esperaba en esa prisión. Sacudió la cabeza, y se apresuró a la salida, seguido por sus hombres.

Matías caminó por el lugar una vez que terminó el proceso de entrada. En el patio se amontonaba una multitud, el espacio no era pequeño, y aún así su insuficiencia era sofocante. Matías caminó hacia los corredores del primer nivel. Habían puertas en ambos lados.

Sintiendo curiosidad, Matías se adentró en una de las galeras en donde dormían los presos. Fue recibido por un fétido olor que provenía de un barril en el centro, Matías pudo imaginar la función del barril. Indiferente ante la humedad y oscuridad de la galera, Matías giró su atención a los reos tirados en el suelo con ataques de tos, y sudores que revelaban enfermedades y aflicciones.

Se asomó al corredor de arriba, siendo testigo de un pleito entre algunos reos, que terminó en un desafortunado hombre siendo arrojado de cabeza al primer nivel. Matías siguió caminando, indiferente al altercado. Los reos se apartaban de su camino, como si inconscientemente supieran que no era uno de ellos. Su porte, su figura, y su manera de moverse, despertaba una gran intriga en los reos comunes.

Matías observó algunos niños pero ninguna mujer. Atribuyó a la obvia desorganización que dejaran que niños y hombres se mezclaran en el basurero que habían creado. Quizá no habría sido tan malo al principio cuando se respetaba la capacidad del lugar, pero a tan solo un año de su apertura, ya excedía todos los límites, quién sabe qué le depararía en unos años más, al menos Matías no estaría ahí para verlo.

Tras haber analizado los puntos de acceso, Matías se agachó junto a un hombre que yacía en el suelo.

—¿Cómo te llamas?

—Domingo. —Respondió entre un ataque de tos. —Domingo Pérez.

Matías asintió. —¿Puedo tomar esto? —Matías señaló el zarape sobre el que estaba recostado. —Te lo devolveré.

El señor tosió levantándose y Matías tomó el zarape. —Esto también. —Dijo tomando el sombrero.

El viejo lo miró con una mirada triste, no queriendo despedirse de sus únicos objetos personales.

—Mejor que se lo lleve usted a que me lo arribate uno de esos malandros.

Matías sacó de su camisa dos monedas y las puso en la mano del viejo. El señor abrió los ojos entusiasmado, hasta que un ataque de tos lo hizo perder la sonrisa.

Matías enrolló el zarape y lo puso bajo su brazo, cuando un hombre chocó

contra su espalda.

–¡Ora tú! ¡hazte pa' allá! –un reo buscando pleito empujó a un hombre flaco hasta los huesos, que rebotó con el hombro de Matías.

El flaco alzó los brazos temblorosos, cubriéndose del golpe que aún no llegaba.

Matías lo quitó del camino, acercándose al reo agresivo. –Sigue caminando. –Susurró con una intensa mirada.

El provocador lo miró listo para pelear, pero al ver su expresión cambió de parecer. Analizó a Matías, pensando que podría ser del gobierno, o aún más importante, meterse con alguien así resultaría en su muerte al día siguiente. El hombre lo miró de arriba a abajo pero siguió caminando, dejando al flaco y a Matías en paz.

Matías siguió al hombre sin que él se diera cuenta, *damas y caballeros, tenemos a nuestro voluntario.*

El provocador le arrebató un sombrero a otro hombre, y se metió a la mitad de una larga fila en donde se servía un caldo maloliente. Matías permaneció en la parte de atrás, observando como un hombre de escasa higiene, arrojaba bruscamente el caldo en los sombreros de los reos, esperando su momento para actuar.

Carmen invitó a Teodoro y Maximiliano a cenar para contarles de su nombramiento. Teodoro ya estaba al tanto de la noticia, pero fingió no saber nada al aceptar la invitación.

–¡No puedo creer que entres a la Inspección General! –Maximiliano exclamó maravillado. –¡Ya ni tú!

Teodoro inclinó la cabeza, desaprobando su mal chiste. –Ya era hora. Quizá otras mujeres sigan tus pasos.

–¿Vendrás a vivir con nosotros? –Max le preguntó a Carmen.

–No lo creo, Max. –Carmen respondió riendo. –Un hombre y una mujer no pueden vivir juntos así nada más, quizá hasta me quitarían la oportunidad de entrar a la Inspección.

–No, pero un esposo y una esposa sí.

Carmen miró a Teodoro con una expresión seria. –Sí. Acepto. –Carmen tomó su mano, –en unos cinco años.

Teodoro apretó los labios y soltó una pequeña risa.

Max había aguantado la respiración, –¡Ay, Carmen!

Carmen rió, –déjenme comer, ¿sí?

Teodoro sacudió la cabeza. –Entonces mañana te acompañaré a buscar un lugar, mientras tanto quédate el cuarto de Max, él y yo compartiremos el mío.

Carmen sonrió. –De acuerdo.

No recordaba la última vez que se había sentido tan feliz. Miró a Max, y a Teodoro. Sí, podría pasar muchos días junto a ellos.

Al doblar en la calle donde vivía Teodoro, alcanzaron a ver a un hombre parado en la puerta sosteniendo un sombrero.

–¿Qué hace ahí el oficial Zavala? –Teodoro preguntó al mismo tiempo que Carmen y él aceleraban el paso.

–Les tengo malas noticias. Matías Ramsés escapó de prisión.

Teodoro apretó los labios y se llevó las manos a la cabeza.

–¿Qué? –Carmen exclamó atónita. –Pero si no lleva más que unas cuantas horas.

–Lo vieron por última vez recorriendo las galeras. Parece que hubo un pleito antes y un hombre cayó del corredor, los policías se llevaron el cuerpo y no le dieron importancia, pero dos horas más tarde encontraron a otro hombre degollado en el mismo lugar. Eso despertó la curiosidad de los policías, estaban en la escena averiguando lo que había pasado, cuando escucharon el estallido.

–¿Estallido? –preguntó Teodoro.

–Sí, –el oficial suspiró, –debió encontrar material ahí dentro para hacer explotar una pared de la parte de atrás.

–¿Escaparon más reos?

–No. El estallido fue una distracción. –El oficial alzó la vista apenado, mientras respondía la pregunta de Carmen. –No sé como, pero parece que salió por la puerta principal.

Ante la mirada de asombro de ambos policías, el oficial se aclaró la garganta.

–Suponen que se hizo pasar por un visitante. Encontraron un zarape y sombrero en la esquina, con un papel que decía favor de regresar a Domingo Pérez. –El oficial alzó las cejas como si él mismo no lo creyera.

–Siempre tiene un truco bajo la manga. –Carmen negó con la cabeza.

–Ya comenzó la búsqueda, solo estén alertas, y si saben de él, díganmelo de inmediato.

Carmen y Teodoro asintieron.

Teodoro abrió la puerta mirando hacia ambos lados, temeroso de que Matías estuviera cerca.

Maximiliano fue el primero en entrar a la casa. –Matías estuvo aquí.

Los labios de Carmen se tensaron en una sonrisa de desprecio al leer la nota.

–¿Qué dice? –Teodoro le quitó el papel para leerlo.

5 años es demasiado tiempo para la boda.

Carmen no podía creer que lo hubiera logrado. Odiaba a Matías, y sin embargo no podía ocultar su admiración por el hombre.

Teodoro la miró desconcertado. –¿Estuvo en el restaurante?

Carmen no sentía miedo. Leer la nota solo había sido una confirmación de que estaba afuera. No solo afuera, sino cerca de ellos. Había logrado su gran acto de escape que seguro planeó desde el momento que supo a dónde lo llevarían.

Teodoro se dejó caer sobre el sofá, y Maximiliano se sentó junto a él.

–¿Estás bien? –le preguntó Max.

–Sí. –Teodoro suspiró, y miró a Carmen. –¿Crees que lo atrapan?

Carmen negó con la cabeza revelando una sonrisa, –creo que la función apenas comienza.

ACERCA DEL AUTOR

Visita www.fcarod.com para más títulos.